



Rafel

Nadal La señora  
Stendhal

DESTINO

# Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Cita

Girona, 1990

Primera parte. La casa de la carretera de

# los árboles

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Segunda parte. El internado

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Tercera parte. Las montañas

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

## Capítulo 44

Cuarta parte. 1965, el regreso al pueblo

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Girona, 1990

Capítulo 49

Nota del autor

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir  
este eBook**

Visita **Planetadelibros.com**  
nueva forma de disfru

---

**¡Regístrate y acced  
exclusiv**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas novelas  
Clubs de lectura con recomendaciones  
Concursos, sorteos y regalos  
Participa en presentaciones

PlanetadeLil

---

Comparte tu opinión en  
nuestro blog  
y en nuestras redes





**Explora**

**Descubre**

# Sinopsis

Cuando el último día de la guerra una bala se lleva la vida de una joven madre en un tiroteo en la plaza de Sant Pere de Girona, el destino de Lluc queda para siempre atado al de la señora Stendhal, que lo criará cómo si fuera hijo suyo. La fuerza de la madre adoptiva, la rebeldía del joven Dani y la sabiduría del abuelo

Dídac acompañarán la mirada inocente del niño por un paisaje cargado de emociones y promesas. Hasta que choque con el ansia de venganza de los ganadores, decididos a saldar cuentas. Después del éxito internacional de *La maldición de los Palmisano*, Rafel Nadal vuelve a la posguerra con su obra más madura; una novela, entre realidad y ficción, que cierra el ciclo del autor sobre los bandos, el destino y la libertad individual.

*A Jordi, Rubèn y Raquel*

¿Lo hice quizá para legar a los hombres unas palabras, unos recuerdos como un medio para que tuvieran más oportunidades de evitar que la Historia se repita con su implacable atracción por la violencia? ¿O quizá fue simplemente para dejar una huella de la prueba que tuve que pasar a una edad en la

que el adolescente sólo  
conoce la muerte y el mal a  
través de lo que descubre en  
los libros?

ELIE WIESEL, prefacio a *La noche*

Girona, 1990

Entré en la librería de viejo sólo para resguardarme de la lluvia, y salí de allí con un tesoro.

Se había desatado un diluvio sobre el barrio antiguo de Girona. El agua de los tejados desbordaba los canalones, caía a chorro sobre la calle de la Força, y bajaba como un torrente desde la



plazuela del viejo instituto. Tenía la gabardina y los zapatos empapados. Miré desesperado a derecha e izquierda, pero no encontré ningún portal donde guarecerme: cuando por fin me decidí a continuar calle arriba, metí los pies en un charco y el agua me caló hasta los tobillos.

Un rayo iluminó la catedral y, acto seguido, todo el barrio se estremeció con el sonido de los truenos. La lluvia continuaba arreciando. Apreté el paso hasta alcanzar el punto más alto de la calle de la Força, y de repente me topé con la entrada de la librería de viejo de Cortés. Sacudí la cabeza y el cuerpo,

como un perro recién salido de agua, y empujé la puerta.

En el interior me recibió un gran alboroto. Dos japonesas, una anciana y otra mujer mucho más joven, saltaban y aplaudían sin parar de reír, rodeadas de libros y de periódicos viejos. Saltaban, bailaban, se ahogaban de la risa, se abrazaban y volvían a empezar, presas de la emoción. El librero ni siquiera reparó en mi llegada; también él se reía y aplaudía cómplice de las japonesas, que para entonces estaban tan congestionadas que parecían a punto de sufrir un ataque.

Como nadie me hizo caso, me

deslicé discretamente hacia el rincón de las postales antiguas. Me hice invisible tras las cajas que estaban ordenadas por temas y poblaciones. Con los dedos iba pasando fotos y postales como un autómata, absorto en la contemplación de aquellas mujeres. La escena aún se alargó un buen rato. Cuando se calmaron, el librero les hizo entrega de un sobre y acompañó el trámite de grandes reverencias para dar solemnidad al acto. Las mujeres abonaron su compra y, antes de salir al encuentro de la lluvia, le dieron un abrazo. No salía de mi asombro: nunca antes había visto a un japonés abrazar

con tanta naturalidad a un desconocido. Cortés las acompañó hasta el umbral y las despidió con la mano hasta que se perdieron calle abajo, protegidas por sendos paraguas de color rojo.

Cuando regresó al interior de la tienda, el hombre se reía y movía la cabeza como si todavía no pudiese dar crédito a lo que acababa de ocurrir. Se sentó y empezó a ordenar las postales que habían quedado sobre el mostrador. De repente, dio un respingo y a punto estuvo de caerse del taburete: acababa de descubrirme detrás de las cajas de postales.

—Joder, Lluç, ¿cuánto hace que

estás aquí? No te he visto entrar.

—El tiempo suficiente para ver el numerito de las japonesas. Ya me contarás de qué iba...

Las dos turistas, abuela y nieta, habían entrado a curiosear entre las postales antiguas. Era un ritual que practicaban desde hacía ya muchos años: en cada uno de sus viajes, dedicaban gran parte de su tiempo a buscar postales antiguas de Japón con la esperanza de encontrar una vista concreta de su ciudad, Nagasaki, que fue arrasada por una de las dos bombas atómicas lanzadas por los norteamericanos al final de la Segunda

Guerra Mundial. Habían recorrido sin éxito las librerías de viejo de medio mundo, hasta que aquella tarde, en el rincón más insospechado del planeta, acababan de localizar la postal soñada. ¡No podían creérselo!

Lo cierto es que habían encontrado no una, sino un lote increíble de cinco postales en blanco y negro: todas iguales, sin escribir, que estaban como nuevas. En ellas se podía ver una gran avenida de Nagasaki y las fachadas de dos edificios de viviendas, tal y como eran en los años veinte, mucho antes de la guerra. En el ángulo inferior de la imagen, a la derecha del primer edificio,

se distinguía perfectamente un porche para la entrada de mercancías y un gran toldo de lona que protegía del sol y de la lluvia las cajas de frutas y verduras de una gran tienda de comestibles: se trataba del negocio familiar de las mujeres que acababan de abandonar la librería. Justo delante de ella se distinguían dos figuras que posaban cogidas de la mano, mirando a cámara: una señora de mediana edad y una niña pequeña, que debía de ser su hija, y que no era otra que la abuela japonesa que apenas unos minutos antes había estallado de alegría en aquella librería de la judería de Girona. El toldo y la

tienda se extendían hasta más allá de los límites del primer bloque de pisos y ocupaban los bajos del edificio contiguo. El 9 de agosto de 1945 la explosión de la bomba atómica no había dejado ningún resto de la estructura de los dos edificios, y el rastro de la prolongación lateral de la tienda había desaparecido para siempre. Sin planos ni fotos del local, la familia no había podido acreditar después de la guerra que ellos eran los propietarios y, en consecuencia, habían perdido todos sus derechos sobre el inmueble. La postal que acababan de descubrir les devolvía la esperanza: cuarenta y cinco años



después de aquella terrible explosión, ésta sería la primera prueba que la familia de comerciantes podría aportar para reclamar la propiedad que unos vecinos poderosos les habían arrebatado cuando se inició la reconstrucción de la ciudad.

Cómo habían llegado a Cataluña aquellas cinco postales de la ciudad japonesa, era un misterio. Como también lo era el hecho de que aquellas dos mujeres hubieran entrado precisamente en la librería de Cortés, quien, unos meses antes, había encontrado aquel lote, por casualidad, en el desalojo de un piso señorial de una familia francesa

que vivía en el Eixample de Barcelona.

La emoción con la que el librero me relató lo sucedido me animó a revolver con una atención renovada en las cajas de postales antiguas. Elegí para mi colección un par de imágenes de pueblos de la costa, de principios del siglo XX, ambas con una pita florida en primer término y matas de diente de dragón por todas partes. A continuación, seleccioné una serie de fotos en blanco y negro de mujeres que clasificaban tapones de corcho en la calle, a las puertas de algunas de las fábricas del Baix Empordà y de la Selva. Descubrí también una postal con una vista de mi

pueblo, en la falda de las Guillerries, con las cumbres nevadas del Pirineo al fondo. Por último, abrí una caja llena de postales de carreteras y ante mis ojos desfilaron imágenes de carreteras de montaña y de la costa: rutas que serpenteaban como ríos entre los valles y otras que atravesaban en línea recta las grandes planicies del país; carreteras asfaltadas y caminos de tierra sembrados con guijarros y grava volcánica; rectas larguísimas entre campos de maíz, y curvas cerradas entre bosques que trepaban por los puertos de alta montaña.

Y de repente descubrí la carretera de

los árboles. Era una foto muy nítida, en blanco y negro. La carretera era inconfundible. En primer plano se podía ver la recta de los plátanos que atravesaba las arboledas. Más allá, el desvío del pueblo, la acequia, las veredas de la poza y las primeras curvas que se perdían entre robles y encinas, camino de las montañas. Di un grito de alegría y Cortés se sobresaltó.

—Y ahora ¿qué pasa?

—Esta librería está tocada por la mano de Dios —exclamé muy serio.

Aboné las postales y salí a la calle. Había entrado en la tienda sólo para cobijarme, y salía de allí impaciente por

mostrarle a la señora Stendhal el tesoro que acababa de descubrir. Decidí que antes de volver a casa pasaría por el piso de la plaza de Sant Agustí.

El diluvio no cesaba. Guardé el sobre con las postales en el bolsillo interior de la gabardina y me precipité calle abajo, sin importarme el aguacero. No se veía un alma. Los turistas habían desaparecido y los gerundenses, acostumbrados a las inundaciones, se habían encerrado en casa y miraban con recelo la lluvia a través de las ventanas. El torrente de agua que bajaba por la calle de la Força formaba una cascada en la escalera del viejo edificio de

Correos; volví a sentir la humedad en los pies. Pasé los Quatre Cantons sin detenerme y crucé el río Onyar por el puente de Sant Agustí. La lluvia me golpeaba de costado. El nivel del agua había subido hasta alcanzar las galerías de las casas. Cuando por fin estuve a cubierto bajo los soportales de la plaza, al fondo, más allá del último arco, descubrí dos paraguas rojos que se cerraban entre un grupo de turistas a punto de subir a un autobús.

El restaurante Stendhal estaba a media luz y un camarero, que secaba vasos tras el mostrador, me informó de que la señora Stendhal había ido a

visitar a Maria a su casa de la plaza de Sant Pere. Subí a toda prisa la escalera y entré en la casa. La señora Stendhal había dejado las cortinas descorridas y todas las persianas levantadas: desde allí, contemplar la lluvia sobre el barrio antiguo, al otro lado del río, era un espectáculo extraordinario. Impaciente por estudiar la postal con más detenimiento, busqué en el escritorio las gafas de leer y me senté de espaldas a la ventana, mientras el agua golpeaba con furia las azoteas y los tejados de la ciudad medieval. Saqué la postal de la carretera de los árboles y la coloqué bajo la lámpara que la señora Stendhal

utilizaba para leer. Observé con detenimiento la imagen de la carretera y, cuando descubrí la casita blanca, me sentí atrapado por la nostalgia. Era tal y como la recordaba, rodeada de árboles, a la derecha de la recta de los plátanos que llevaba al pie de las montañas, más allá del cruce del pueblo. Se podían distinguir con claridad los rosales de la entrada, divididos en dos por el camino de grava que conducía hasta la carretera. Detrás de la casa estaba el pozo y el enorme cerezo que presidía el huerto. Debían de haber tomado la foto un día de septiembre, porque los árboles ya deshojaban y, a ambos lados de la



carretera, había un manto de hojas secas.

Primera parte

La casa de la  
carretera de los  
árboles

# 1

En el pueblo, los mandamientos de la ley de Dios eran dos: Sabater y Ros. Antonio Sabater y Pere Ros, los dos grandes terratenientes de la comarca, eran propietarios de la mitad de las tierras, se alternaban en la alcaldía, aplicaban las leyes a su conveniencia y se aseguraban el control del pueblo.

Únicamente ellos regaban los campos y las arboledas gracias a un derecho de uso sobre el agua del canal que alimentaba la hidroeléctrica de los Ribot. Isidre Ribot era el único que los superaba en fortuna, pero vivía en la capital y apenas se interesaba por los asuntos del pueblo. De manera que Sabater y Ros hacían lo que les daba la gana, y de haber sabido que el abuelo les robaba el agua, le hubieran arrancado los árboles y lo hubieran metido en la cárcel. Pero él no les tenía miedo. Cuando veía que a los chopos se les caían las hojas por culpa de la sequía, se deslizaba de noche hasta el

canal y desviaba el agua hacia su pequeña arboleda.

Aquel verano del 42 había sido seco y caluroso como ningún otro. Cada tarde contemplábamos el cielo implorando las tormentas de finales de agosto, que no llegaban nunca. Todas las plegarias eran en vano.

—Si no llueve ahora, ya no veremos ni una seta hasta después de fiestas — había sentenciado el abuelo con aquel carácter definitivo que daba a todas las cosas. Después, por la noche, salió y no regresó a casa hasta el alba.

Llevaba tres noches haciendo lo mismo. Como compartíamos habitación, yo me hacía el dormido hasta que oía cómo cerraba la puerta de la cocina, la que daba al huerto. Entonces, me asomaba por la ventana y le veía caminar hacia los árboles hasta perderse en dirección al canal.

Como siempre, el abuelo tenía razón. El domingo celebramos la fiesta mayor sin una triste seta para acompañar el asado, que aquel año llegó a la cazuela con muchas cabezas de ajo, muchas cebolletas, muchas zanahorias, muchos tomates y un solo pollo, comprado a última hora a los de Can

Xapo, para mantener la ilusión de que teníamos algo que celebrar. Era el segundo domingo de octubre, hacía más de veinte días que habíamos empezado las clases y yo disfrutaba de aquel verano que parecía no tener fin.

Era el primer año, desde la muerte de mi madre, que no iba al internado, pero en la escuela del pueblo no me sentía un extraño. Al contrario. Dani me acompañaba cada mañana en la moto que había reconstruido pieza a pieza cuando no había trabajo en el taller. Cuando llegábamos, atravesaba el patio pavoneándome, consciente de que todos me estaban mirando.

El recibimiento en la escuela no podía haber sido mejor. Aún no había terminado el mes de octubre y yo ya era el jefe de la pandilla. Pero no me engañaba, era muy consciente de que, si me habían cedido el honor del liderazgo, era porque llegaba en moto y porque él me acompañaba. El recuerdo de Dani permanecía intacto en la memoria de la escuela y su fama no había dejado de crecer desde que, para sorpresa de todos, decidió dejar los estudios y trabajar de mecánico en el taller del pueblo. La verdad era que el nuevo amo de la escuela no era otro que «el chico que llegaba montado en la moto con



Dani».

Cada mañana seguíamos la misma rutina y yo volvía a sentirme feliz por primera vez desde que mi madre había muerto, aquel maldito último día de la guerra.

Sentado en el banco de la cocina, esperaba hasta que lo veía bajar con la chaqueta de piel negra y el casco de motorista alemán que había comprado un sábado en el mercado de la capital. Entonces desayunábamos juntos: él, un vaso de vino y pan con tomate y tocino; yo, leche caliente y pan tostado con mermelada. Aquel septiembre habíamos hecho mermeladas de mora y de melón

con sandía, mientras esperábamos una lluvia que no llegaba. La señora Stendhal, la madre de Dani, se movía con soltura en la cocina. Cada vez que los hombres iban a comer a su casa le repetían lo mismo:

—Annie, cualquier día te vemos detrás de los fogones de una fonda de la capital.

—Yo le pondré una fonda antes de que os deis cuenta —respondía Dani.

Siempre hablaba con aquella seguridad que me hacía olvidar la falta de mi madre.

Otra cosa que hacía que me sintiera como en casa era aquel perfume tan

agradable de la madre de Dani que yo sentía cada mañana cuando nos subíamos a la moto y ella salía a despedirnos a la puerta de la casita blanca, junto a la carretera de los árboles. Antes de que nos marcháramos, me abrazaba muy fuerte a su cintura con mi cabeza contra su pecho, mientras me atusaba el pelo y me acariciaba la mejilla. Después me cogía de la barbilla y levantándome la cabeza me besaba en la frente. Para cuando la moto arrancaba, yo seguía medio mareado, hasta que el aire que soplaba con fuerza entre los árboles de la carretera me espabilaba. Entonces me aferraba con

fuerza a la cazadora negra de Dani, echaba la cabeza hacia atrás para sentir el aire en la cara y veía cómo dejábamos atrás los árboles que recortaban los campos, como en las películas antiguas que proyectaban los domingos en el local de la parroquia. Aquellas películas mudas que nos hacían reír tanto.

Iba con la cabeza hacia atrás y el aire en la cara a lo largo de toda la recta de los plátanos, hasta que tres kilómetros después llegábamos al cruce y tomábamos el desvío de la derecha en dirección al pueblo. En la entrada, en la esquina de la calle de la iglesia, que

llevaba directamente a la plaza, Dani reducía la marcha para levantar la mano y dirigir una sonrisa en dirección a la panadería de la chica de las trenzas largas. Después, volvía a acelerar y ya no paraba hasta dejarme en la entrada de la escuela, casi en la otra punta del pueblo.

## 2

El calor había deshojado prematuramente los plátanos de la carretera y los álamos de las arboledas. A primera hora, camino de la escuela, la moto se deslizaba sobre una alfombra de colores tostados, y la calma que se respiraba en el llano era tal que parecía que la vida se hubiera detenido.

Pero a veces, el viento soplababa fuerte y hacía que las hojas se elevasen formando remolinos que iban de un lado a otro. Entonces, me agarraba más fuerte aún a la cintura de Dani, chafando la nariz contra su cazadora negra. Pero todo esto tenía lugar más tarde, cuando el mes de noviembre ya estaba avanzado, cuando llegaban las lluvias y el viento del norte hacía que las temperaturas bajasen de golpe. En días fríos como aquéllos, la señora Stendhal me vestía con un jersey de lana y una bufanda que me había tejido durante algunas noches en las que el abuelo y Dani habían salido, y ella se quedaba

haciendo calceta hasta que regresaban. Cuando me daba el beso de despedida, hubiera deseado permanecer horas plantado junto a la carretera sin importarme si me perdía el partido de la escuela o las caladas que dábamos a los cigarrillos que el hijo del administrador de Sabater le robaba a su padre y que nosotros fumábamos encerrados en los lavabos al fondo del patio.

En días como aquéllos, cuando el viento bajaba con furia por las faldas de las montañas, ni siquiera me hubiera importado perderme la llegada en moto a la escuela. En realidad, hubiera deseado que el tiempo se detuviera para



quedarme allí, en la puerta de la casita blanca, abrazado a la señora Stendhal y respirando ese perfume tan dulce que mareaba. Y tampoco me hubiera importado no enfilear la carretera que atravesaba el llano, flanqueada por dos hileras de plátanos muy altos que llegaban hasta el final de la recta, mucho más allá del desvío del pueblo, casi tan lejos como alcanzaba la vista. Sólo al llegar a ese punto, donde yo no había estado nunca, la carretera abandonaba las arboledas y empezaba a ascender entre bosques de robles y encinas para perderse camino de la montaña.

# 3

Dentro de la casa, el abuelo había aprendido a pasar desapercibido. Era como uno de aquellos animales de las láminas de la escuela: como aquellos peces de color tostado que se entierran y se confunden con la arena o como aquellos insectos verdes que se abrazan a las plantas para camuflarse con ellas.

Así era el abuelo los días en que venían los hombres de la capital a comer: se sentaba en la cocina con la espalda muy erguida, apoyado en el banco, permanecía inmóvil y trataba de pasar desapercibido, como una pieza más del mobiliario. La ropa que vestía estaba tan descolorida que se confundía con las cortinas y con el hule rozado de la mesa.

En aquellas ocasiones, no se permitía siquiera parpadear. Parecía incluso que no respirase. Podía permanecer de este modo durante horas, tantas como tardasen los hombres en irse. Tenía la mirada perdida y, si le hablabas, no te respondía. Me recordaba

a esos chicos que no oyen, ni hablan, ni entienden nada de lo que ocurre a su alrededor.

Había uno así en la escuela, Ton, el del molino de Can Feixes, que durante la guerra había visto cómo los soldados mataban a su hermano mayor y cómo se abalanzaban sobre su hermana, que se resistía como un animal salvaje, hasta que uno de los hombres le golpeó en la cabeza y la dejó inconsciente, en el suelo del establo. Uno tras otro, los soldados se fueron turnando, mientras su madre imploraba, chillaba y se arrastraba por el suelo como una loca. Después, cuando la muchacha dejó de

respirar, su madre se ató al cuello la cuerda de sujetar a la yegua y se colgó de una viga. Ton estuvo un rato hablándole, pidiéndole que bajase y que le dijese algo, pero ella tenía la boca abierta y la mirada perdida, y ya no le respondió. Entonces, él lanzó un grito estremecedor y no volvió a hablar nunca más, ni cuando lo llevaron al médico de la capital. En clase, sólo contestaba al maestro por escrito, cuando había algún examen; a la hora del recreo, se pasaba el rato sentado en un rincón, y nadie sabía en qué pensaba ni se atrevía tampoco a molestarlo. Yo creo que siempre volvía al establo con su madre,

que seguía con la mirada perdida y se negaba a responderle. Igual que el abuelo, el día que decidió que ya había tenido suficiente y también se ahorcó.

Pero eso pasó más tarde. En aquel entonces, cuando venían los hombres, el abuelo se limitaba a permanecer en silencio como Ton, el del molino de Can Feixes, que no hablaba con nadie desde que su madre no le respondió, colgada de la viga del establo, con la mirada perdida y los pies justo a la altura de los ojos del muchacho.

# 4

Todo esto ocurría cuando estábamos dentro de casa y habían venido Sabater y Ros con aquellos hombres de la capital que se encerraban en el comedor y no se levantaban de la mesa hasta la hora de cenar. Cuando estábamos solos y no se veía a nadie en toda la recta de la carretera de los árboles, el abuelo se

transformaba. Yo le acompañaba fuera, al huerto o a la arboleda, y él hablaba sin parar. Y yo era feliz escuchándole.

—Gracias a Dios. Mañana tendremos agua —dijo un día. Y ni siquiera le hizo falta mirar al cielo. Tenía suficiente con oler el aire, que era más húmedo que otras veces, y escuchar el viento, que movía las pocas hojas que aún quedaban en los árboles.

No se equivocó. No se equivocaba nunca en sus predicciones. Las horas al relente en las montañas, huyendo de un escondite a otro durante más de tres años, le habían enseñado más que toda una vida dando clases en la capital. En



la casa de la carretera de los árboles no se hablaba nunca de los soldados que, al terminar la guerra, se habían emboscado, así que tardé tiempo en descubrir que el abuelo no había podido bajar de las montañas hasta que Annie fue a buscarlo con un permiso oficial en la mano. En el pueblo, a todo el mundo le sorprendió que lo hubiese firmado el gobernador civil en persona, y les pareció aún más extraño cuando se extendió la noticia de que el gobernador lo había tramitado después de recibir una carta de recomendación de Ros. Los del pueblo no podían explicárselo, y yo tampoco, porque Dani siempre decía

que, para nosotros, el mundo sólo merecería la pena cuando no existiese gente como Sabater y Ros.

Al principio, cuando Annie subió con el permiso a la montaña, el abuelo desconfió, pero al cabo de unos días se dejó convencer y acabó bajando al llano. Poco a poco se fue acercando a la casa, pero todavía pasó muchas noches escondido tras el pozo. Un día, a la hora de cenar, entró en la cocina, se echó en el banco y se durmió. Al día siguiente, la señora Stendhal le hizo la cama en la habitación que yo ocupaba desde el mes de junio, desde que habían ido a buscarme al internado.

El abuelo no era mi abuelo. Era el abuelo de Dani y el padre de la señora Stendhal, pero yo también le llamaba «abuelo». Cuando estábamos en el huerto, parecía otro hombre. «Mañana tendremos agua», había dicho aquel día, y al día siguiente llovió por primera vez después de cinco meses de una sequía atroz. Parecía más feliz que nunca. Era el Día de Difuntos y había estado desaparecido toda la mañana; lo recuerdo porque cuando nos sentamos a comer, la señora Stendhal me hizo rezar por mi madre, y el abuelo aún no estaba. Cuando nos levantamos de la mesa, empezó a llover con fuerza y desde la

cocina vi cómo caminaba bajo la lluvia entre hileras de coles y brócolis, deslizando su mano sobre las hojas con suavidad, como si acariciase a una criatura. Cuando entró en casa, estaba chorreando y dejó el suelo de la cocina embarrado. Su hija le riñó, pero me dio la sensación de que él ni siquiera se daba cuenta. Sin embargo, no era como los días que Sabater o Ros venían con los hombres de la capital y él parecía no estar bien de la cabeza. Ese día en la cocina su expresión era totalmente distinta. Se le veía ausente pero feliz.

# 5

Cuando me dejaba en la escuela, Dani no apagaba el motor. Me ayudaba a sujetarme la cartera a la espalda, me daba una palmada en el hombro, que me encantaba, miraba de reojo al edificio donde estaban las aulas, arrancaba la moto y enfilaba hacia el taller sin volver la vista atrás. La operación sólo duraba

unos segundos, el tiempo justo para que los demás niños pudiesen fijarse en la moto, en la cazadora y en el casco de motorista alemán. Todo sucedía tan rápido que hacía crecer aún más la envidia de mis compañeros.

Nunca me atreví a preguntarle a Dani por qué no se quedaba también él en la escuela, como tampoco supe interpretar nunca las palabras de aquel maestro flaco, que siempre tosía y que me trataba con un afecto especial, que yo no comprendía.

—Para recitar poemas no había otro como Dani... —empezó a decir un día en voz baja.

Luego me puso el brazo sobre el hombro y me acompañó hacia las mismas aulas que Dani había abandonado para trabajar en el taller.

A veces, veía a Dani escribir, encerrado en el comedor que la señora Stendhal abría sólo cuando aquellos hombres venían a la casa. Dani cerraba puertas y ventanas, como en verano, cuando intentábamos aislarnos para que no entrase el aire de fuera, recalentado por la solana. Así actuaba Dani cuando escribía: se encerraba como si bloqueara el paso a un mundo que quería

que permaneciera fuera. Tenía una letra de primera, muy trabajada; nadie hubiera dicho que aquélla era la caligrafía de un mecánico. En mi clase no había ninguna que fuese tan clara como la suya. Y quizá tampoco la había en toda la escuela.

Cuando estaba escribiendo, yo era el único que podía entrar en la sala. Lo encontraba sentado junto al aparador, bajo una bombilla de luz mortecina, que no debía de tener más de quince vatios y que a menudo fluctuaba de intensidad, lo que hacía muy difícil concentrarse. Cuando me acercaba, fingía no verme y seguía escribiendo hasta que terminaba



la frase. Sólo entonces se apartaba de la mesa, se recostaba en la silla, dibujaba una sonrisa de satisfacción y se volvía para mostrarme una de aquellas páginas de letra tan perfecta.

—Si pudiese atrapar las palabras que busco y se me escapan... —decía a veces con un deje de tristeza—. Si las pudiese atrapar, veríamos a mi madre tras unos buenos fogones, a ti en un buen colegio de curas y yo... yo quizá tendría una luz más blanca para escribir.

Mientras hablaba, acariciaba el lomo de un libro de poemas viejo con la cubierta medio rota, que siempre que escribía dejaba sobre la mesa. Era el

único libro que había visto en la casa. Con la otra mano, sostenía las hojas que acababa de escribir y me leía algunos párrafos que yo no era capaz de entender.

Y a pesar de que no entendía nada, su voz me tranquilizaba y me hacía sentir más seguro cada día que pasaba. Entonces yo recordaba al maestro flaco que cada mañana tosía en el patio de la escuela, mientras seguía con la mirada a Dani, que se iba con la moto, y después buscaba con ojos inquietos la carretera que llegaba hasta el final de la recta de los plátanos, ascendía entre bosques de robles y encinas y se perdía camino de

la montaña.

—No había nadie como él para recitar poesía —repetía cuando me ponía el brazo sobre el hombro y me acompañaba al aula—. Ninguno en toda la escuela, puedes estar seguro de ello.

Y yo seguía muriéndome de ganas de preguntarle por qué Dani había dejado la escuela.

# 6

Las amigas de mi madre vinieron de visita el día de la Inmaculada. A la hora de comer intercambiaban anécdotas y las risas se podían oír desde el otro lado de la carretera. Siempre parecían estar contentas. Subían al pueblo un par de veces al año, para la Purísima y para Semana Santa, que eran días de

recogimiento y no hubiera estado bien visto que trabajasen. Vestían estampados muy atrevidos, olían muy bien y se reían por cualquier cosa. Llenaban la casita de la carretera de los árboles de canciones, y la señora Stendhal se ponía de muy buen humor. La fiesta se alargaba hasta la noche; cuando llegaba la hora de marcharse se abrazaban, lloraban y se prometían escribirse para contarse cómo les iban las cosas.

Recordaba bien a las tres o cuatro mujeres más mayores, porque tenían la edad de mi madre y, cuando ella aún vivía, muchas tardes venían de visita al piso de la plaza de Sant Pere de Girona.

De las más jóvenes, en cambio, sólo recordaba su olor a agua de rosas, porque siempre iban perfumadas cuando nos las cruzábamos en la escalera y se peleaban entre ellas para cogermé en brazos y besarme. Pero desde el último encuentro habían pasado más de tres años y ya no me gustaba que las mujeres me atusasen el cabello ni que me dijeran cosas. Excepto la señora Stendhal, claro.

Dani, en cambio, no se alejaba de las chicas. Se dejaba hacer carantoñas y hacía bromas con las más jóvenes, que le regalaban piropos todo el tiempo. La señora Stendhal fingía enfadarse:

—Dejad tranquilo a este pinta. Me lo vais a malcriar.

Dani respondía con una gran carcajada y no se movía de la casa hasta que la luz de la tarde empezaba a decaer y las amigas de mi madre iniciaban el camino de vuelta a la capital.

Nosotros las acompañábamos cruzando los campos y las arboledas, hasta más allá de los lavaderos, porque la estación estaba en las afueras, al otro lado de la hidroeléctrica, y a las chicas no les gustaba que las vieran en el pueblo. Caminaban cogidas del brazo y, a medio camino, yo también me cogía del brazo de la señora Stendhal, porque

hacía rato que ya se había hecho de noche.

Cuando llegábamos a la estación, una de las amigas de mi madre, Maria, se nos acercó y le dijo a la señora Stendhal al oído:

—Esta mañana, en el tren, había un hombre que no paraba de mirarnos; no he podido quitármelo de la cabeza en todo el día. He estado intentando recordar dónde lo había visto antes. Ahora estoy segura: era el hombre que disparó a la Rossa.

El corazón me dio un brinco: la Rossa era mi madre. Se llamaba Estrella, pero las amigas que venían a



casa siempre la llamaban la Rossa.[1] Debían de haberle puesto ese apodo en broma, porque era morena de piel y tenía los ojos y el pelo tan negros como la noche más oscura.

Cuando las amigas de mi madre subieron al tren, Dani nos vino a recoger y volvimos los tres en la moto. La señora Stendhal olía a rosas. Después de comer, las chicas la habían perfumado y le habían pintado los labios. Pero ya no volvió a reírse y no dijo ni una palabra en toda la cena. Sólo Dani parecía pasárselo bien recordando las ocurrencias de aquella tarde con las chicas. Yo también callaba y pensaba en

lo que había dicho aquella mujer cuando estábamos llegando a la estación; hacía más de tres años que no oía el apodo de mi madre. Quizá por eso he recordado siempre las palabras de Maria y aún hoy, muchas noches, cuando no puedo dormir, la veo acercarse y decirle a la señora Stendhal al oído: «Ahora estoy segura, era el hombre que disparó a la Rossa».

La señora Stendhal tenía un rosal rojo, de rosas aterciopeladas, enredado en la parra del jardín trasero, sobre la puerta de la cocina. Y tenía otro que se

encaramaba en la estructura del pozo, que daba unas flores amarillas tan cargadas de pétalos que no parecían rosas, sino peonías; el abuelo le había traído un esqueje del rosal de la verja de la hidroeléctrica, y en abril, cuando florecía, parecía una alfombra de Corpus. También tenía otros rosales al otro lado de la casa, a ambos flancos del camino de piedrecitas que llevaba a la carretera de los plátanos; rosales de rosas blancas, fucsias, anaranjadas y rosadas; rosales de rosas de dos colores, amarillas y calabazas, y de todos los tonos rojos imaginables, del rojo oscuro de la sangre a la explosión

rojiza de un atardecer ventoso. Plantaba esquejes en botes y latas, que luego regalaba a las amigas de mi madre cuando venían de visita. De esta forma se aseguraba de que no nos olvidasen: cuando llegaba el buen tiempo, los rosales florecían en el lavadero del piso de la plaza de Sant Pere y las rosas les recordaban a las mujeres el mosaico de colores intensos del jardín de la señora Stendhal en la casa de la carretera de los árboles.

Los lunes y los jueves las mujeres del pueblo bajaban a lavar al canal. «La acequia», la llamaban ellas; sólo lo llamaban «el canal» Sabater y Ros, que podían coger el agua para regar los árboles y el maíz de sus fincas, y el abuelo, que regaba furtivamente y también consideraba la acequia su canal

de regadío. Él siempre contaba que en el pasado antes de que una noche los hombres de Sabater movieran a escondidas los mojones de las lindes de sus propiedades, sus árboles llegaban hasta el agua del canal, lo que le daba derecho a regar todas sus tierras.

Los días que le tocaba lavar la ropa, cuando nos íbamos a la escuela en la moto de Dani, la señora Stendhal entraba en casa, deshacía las camas, ponía las sábanas en el barreño de la ropa sucia, lo cargaba bajo el brazo y salía por la parte de atrás, por el lado del huerto, camino del lavadero.

En vacaciones, me gustaba

acompañarla. Desde la casa de la carretera de los árboles teníamos un buen trecho, primero entre las arboledas y después a campo traviesa, siempre siguiendo la acequia. Cuando dejábamos atrás los árboles y salíamos a los campos de maíz, aparecía ante nosotros la parte posterior del pueblo y podíamos ver las figuras minúsculas de las mujeres que bajaban en fila hacia el lavadero, como en una procesión. Descendían por los huertos, que se escalonaban en bancales detrás del patio de la escuela, todas con su barreño sobre la cabeza o cogido con el brazo derecho y apoyado en la cadera.

El lavadero era una parte de la propia acequia, que tenía una plataforma para lavar la ropa. Una vez enjabonada, las mujeres la golpeaban con una madera, como si la quisieran ablandar. La señora Stendhal siempre era la primera en llegar y le guardaba sitio a su prima, la tía Montserrat; a la pobre tía, limpiar la ropa tiznada de su marido, el herrero del pueblo, le costaba un montón. Nunca me cansaba de contemplar el espectáculo de las mujeres que aclaraban las sábanas en la acequia: cuando las habían enjabonado y golpeado con la madera, las cogían por un extremo y las lanzaban al vuelo,



como si sembrasen sobre el agua, como hacía el abuelo cuando en verano tiraba la red en las balsas del río para pescar barbos. Entonces, las sábanas caían extendidas sobre el agua y la corriente las arrastraba, sin que tuvieran tiempo de hundirse. Cuando las mujeres sentían que se tensaban, las recogían con un gesto decidido y repetían la operación hasta que las piezas de ropa quedaban aclaradas.

El último jueves antes de Navidad, acompañé a la señora Stendhal a la acequia. La escuela estaba cerrada, Dani tenía trabajo fuera del pueblo y yo no tenía nada mejor que hacer. Hacía un

frío cortante. Amenazaba nieve. Una vez que dejamos atrás las choperas, vimos las dos orillas del sendero completamente blancas y también los campos de alfalfa y los campos de nabos, cubiertos por una escarcha que, con las temperaturas tan bajas de aquel mes de diciembre, permanecía todo el día sin derretirse. Al pie del lavadero los charcos parecían de cristal. Agachado, me entretenía en romper el hielo con una piedra. Las mujeres se olvidaron de mí y oí la voz temblorosa de la tía Montserrat que anunciaba:

—Dicen que han traído soldados de la capital para hacer otra batida en el

Pas dels Frares. Esta mañana había guardias de fuera en la puerta de Can Sabater y también había hombres de paisano...

La señora Stendhal hizo un gesto de disgusto y tiró muy fuerte de la sábana. La recuperó de mala manera, con rabia, y la sacó muy arrugada.

—No los dejarán nunca en paz. ¡Ni siquiera en Navidad! Dani dice que cada vez hay más gente en las montañas, pero no es verdad... Acabarán matándolos a todos.

Volvió a hacer volar la sábana sobre el agua, pero se le escapó de las manos.

—¡Maldita sea! —renegó.

A la tía Montserrat le dio tiempo de agarrarla. Puso la punta de la sábana en la mano de su prima y la riñó.

—¡Agárrala fuerte o la perderás!

Y después, cuando le vio los ojos llenos de lágrimas, la quiso consolar:

—Menos mal que tienes al chico fuera. Este encargo de llevar un camión a la capital ha sido como una bendición para vosotros. Aquellas pobres lo tienen peor —dijo. Y señaló a dos mujeres que lloraban y temblaban en el otro extremo del lavadero. Sus maridos estaban escondidos en la montaña desde el final de la guerra y no querían entregar las armas porque estaban seguros de que, si

bajaban al pueblo, Sabater haría que los fusilasen.

La señora Stendhal aún miraba con tristeza a las mujeres cuando la tía Montserrat se dio cuenta de que la criada de Sabater se había acercado a escuchar la conversación. Hizo una seña a su prima y se callaron.

De vuelta a la casita de la carretera de los árboles, caminaba pegado a la señora Stendhal, que todavía tenía mala cara y temblaba. Cuando vio que la miraba un poco asustado, intentó disimular:

—Primero nos ahogó el calor del verano, y ahora este invierno nos matará de frío.

Pero no temblaba de frío, estaba preocupada por el abuelo. Y por Dani, que gritaba en voz alta que todos aquellos guardias y aquellos militares que peinaban la montaña estaban al servicio de los grandes terratenientes, como los cabrones de Sabater y de Ros.

Hasta Nochebuena, Dani tenía encargos de trabajo lejos del pueblo y eso le mantenía a salvo de los guardias. Pero yo acababa de descubrir que, fuera a donde fuera, mientras él estuviera en guerra, la señora Stendhal no podría

vivir en paz.

# 8

Una mañana, poco después de Navidad, Dani paró antes de llegar a la puerta de la escuela. Arrimó la moto al muro exterior del patio, se puso la mano en el bolsillo de la cazadora negra y sacó un pañuelo. Abrió una a una las cuatro puntas y dejó al descubierto un reloj dorado, como aquellos que salían en las



revistas que a veces hojeaba la señora Stendhal en la cocina de la casita blanca.

—Acerca la muñeca —me dijo.

Con la mano izquierda cogió el reloj y con la derecha arrugó el pañuelo y volvió a metérselo en el bolsillo de la cazadora negra, como si acabase de hacer un truco de magia. Entonces me cogió la mano izquierda y me puso el reloj con tanta parsimonia como el día en que me habían armado caballero en una representación que habíamos hecho el año anterior en el internado.

Aquella mañana el partido no empezó hasta casi el final del recreo. Mi

reloj había suscitado tanta expectación que todos se olvidaron de la pelota. Los niños me cogían el brazo para tocarlo y a cada contacto sentía que volvían a nombrarme caballero. Pensé que aquel día la chica de las trenzas largas que le gustaba a Dani quizá me hubiera mirado a mí también, como si me hubiese hecho mayor de golpe.

—¿De dónde lo has sacado? —me preguntó el maestro flaco que siempre tosía cuando vio el reloj.

Levanté la vista y en su cara mustia sólo vi dos pupilas negras que giraban perdidas en el inmenso mar de sus ojos asustados, abiertos de par en par...

—Me lo ha regalado Dani.

Un temblor repentino sacudió el cuerpo del maestro. Me dio mucha pena, porque supuse que estaba más enfermo de lo que pensaba. Volví a mirarle a la cara y noté su expresión de espanto, la mirada ausente, en dirección a las montañas, como tantas veces la había visto en el abuelo. Después tosió y entró en el aula.

—¡Dios mío! —oí que murmuraba muy bajito mientras se iba. Y aún me dio más lástima.

El maestro flaco me gustaba. Era amable con todos los niños y nos leía cosas que no entendíamos pero que nos

parecían bonitas. Además, un día lo había visto en el huerto de la casita de la carretera de los árboles hablando con el abuelo. Por eso me gustaba tanto y por eso me puso tan triste verle entrar en el aula tosiendo y arrastrando los pies, bajo aquel frío de febrero que le mataba, mientras todos los niños se peleaban por tocar el reloj que me había regalado Dani.

Todo aquello lo recuerdo muy bien porque fue el día en que cumplí doce años. Después de haberme dado un beso en la frente, en la puerta de la casita de

la carretera de los plátanos, la señora Stendhal me había deseado felicidades y me había prometido que por la noche me haría una tortilla de harina con azúcar, que era mi cena favorita y el único plato que recordaba de cuando vivía con mi madre en el piso de la plaza de Sant Pere.

—Esta noche, antes de cenar, rezaremos para hacerle saber a tu madre que en estos cuatro años te has convertido en un joven de buena planta. Después lo celebraremos —dijo riendo, cuando Dani arrancaba la moto.

También me acuerdo del reloj porque no hacía mucho tiempo que se

había montado un revuelo muy grande en la casa de la carretera de los árboles, el día que a un señor, que venía de vez en cuando con los hombres de la capital, le desapareció un anillo con una piedra roja, enorme, que siempre lucía en el anular de la mano derecha. A veces me lo mostraba bajo la bombilla del comedor, los lunes en que venía acompañando a Ros y presidía la mesa dispuesta para degustar la comida que guisaba la señora Stendhal. La luz del comedor era muy débil, pero dibujaba reflejos como llamas en el interior de la piedra roja. Ella se ponía muy nerviosa y quería enviarme a la habitación a

hacer los deberes, pero aquel señor se reía y yo le pedía que me dejase quedarme.

—Déjele un rato, señora Annie; sólo le muestro el infierno dentro de mi piedra mágica. Eso no le hará ningún daño.

Y entonces se dirigía a mí y me asustaba.

—Míralo bien, muchacho. ¡Es el infierno donde ahora arden todos los que sembraron de llamas el orden sagrado de la patria!

Todos se reían, y yo, medio muerto de miedo, pero fascinado por las palabras de aquel desconocido a quien

todos hacían cumplidos, miraba las llamas arder dentro de aquella piedra tan extraña encastada en el anillo de su dedo anular. Entonces, la madre de Dani se enfadaba, me agarraba del brazo, me arrastraba a mi habitación y cerraba con llave hasta que Ros y el hombre del anillo se iban de la casa.

Aquel lunes que se perdió el anillo, en la casa de la carretera de los árboles hubo una gran agitación. Todos se pusieron a buscarlo. Primero en la pila del lavabo, porque a su propietario le parecía que se lo había quitado para lavarse las manos. Después abrieron armarios, cajones y vitrinas y miraron



por el suelo, bajo los cuatro muebles del comedor. Vaciaron el aparador de puertas de cristal, miraron en la cocina y levantaron el felpudo del recibidor. Todo fue en vano; el anillo había desaparecido. La señora Stendhal fue a la habitación y deshizo las camas, la mía y la del abuelo, que sentado en el banco de la cocina no se había movido en todo el rato. El señor del anillo y Ros entraron detrás de ella y la ayudaron a levantar las sábanas, las mantas y las colchas, pero era evidente que no tenían costumbre de hacer nada parecido y, si aquel anillo hubiese estado por allí, lo hubieran acabado enterrando bajo un

montón de ropa arrugada. La señora Stendhal no dijo una palabra. El hombre del anillo se lamentaba con un hilillo de VOZ:

—Busque bien, doña Annie. Ponga toda la casa patas arriba, pero encuentre mi anillo. No sé cómo me las arreglaré si no aparece, he de confirmar en tres pueblos, dentro de dos domingos.

Por eso recuerdo que fue hacia finales de febrero cuando Dani me regaló aquel reloj dorado, que en el patio de la escuela todos los niños querían tocar, mientras el maestro flaco volvía al aula arrastrando los pies, con las pupilas negras perdidas en sus ojos

asustados y tosiendo de manera cada vez más ruidosa.

# 9

Aún hoy llevo el reloj dorado que Dani me regaló aquel mes de febrero de 1943. Su tictac es como un hilo que me conecta con unos meses que muchos años después todavía puedo evocar con precisión; recuerdo detalles de entonces que no conservo de situaciones que han tenido lugar recientemente. A menudo

me pregunto cómo puedo revivir de forma tan precisa lo que me sucedió aquellos días y por qué razón todo aquello quedó grabado a fuego en mi memoria. Quizá sea porque cuando Dani me regaló el reloj no habían pasado ni quince días de otro incidente, aún más grave. El administrador de Sabater, un hombre bajo y rechoncho como una bola de sebo, le había dado una paliza a la señora Stendhal, que lloraba y suplicaba que la dejase en paz mientras con la manga del vestido de flores azules y amarillas se secaba la sangre de la nariz.

—Juro que haré que os echen a

todos de esta casa, y también haré que encierren a este viejo asqueroso. No sé a quién te abriste de piernas para conseguir que le dejaran bajar de la montaña, pero no te servirá de nada que lo vuelvas a hacer. Si yo no soy bueno para follarte, no volveréis a vivir en paz en este pueblo.

El abuelo debía de mirar fijamente por la ventana con los ojos clavados en el pozo o en el tronco desnudo del cerezo del huerto. O quizá incluso más lejos, quizá al final de la carretera de los plátanos que se perdía camino de la montaña. Pero no podría precisarlo porque yo estaba aterrado y no me

atrevía a salir de la habitación. Me tapaba los oídos con las manos y hacía ruidos con la boca, como los animales cuando gimen, pero incluso así no conseguía acallar los gritos del hombre de la tripa enorme, ni el llanto desesperado de la señora Stendhal.

—Eres una puta, orgullosa como todos los tuyos, pero sigues siendo una puta. Si el verano que viene tu padre tiene cojones de volver a desviar el agua del canal, le reventaré la cara con la escopeta de ir al jabalí —oí que chillaba el hombre desde el umbral de la puerta—. Y si tu hijo me vuelve a sostener la mirada en público también le

partiré la cara. No tardará en terminar como tu marido; me encargaré personalmente de ello.

Cuando el hombre se fue, me quedé un rato más llorando tendido de bruces sobre la cama. Después, cuando por fin me atreví a levantarme, miré por la ventana y vi al abuelo sentado contra la pared del pozo. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y apretaba los puños con fuerza. Era la primera vez que veía llorar a alguien tan mayor y volví a sentir mucho miedo. Aún hoy, cuando miro la hora en el reloj que me regaló Dani aquel mes de febrero, veo la cara llorosa del abuelo y se me hace un nudo



en la garganta recordando la paliza que el administrador de Sabater le dio a la señora Stendhal, que suplicaba que la dejase en paz y con la manga del vestido de flores azules y amarillas se secaba la sangre de la nariz.

# 10

Al día siguiente, la señora Stendhal no salió a despedirnos a la puerta de la casita de la carretera de los árboles. Dani se extrañó, pero yo no, porque la había oído marcharse de madrugada por la puerta de la cocina camino de la acequia. Cuando bajamos a desayunar, hacía ya un par de horas que había

salido de casa; debía de querer llegar al lavadero antes de que bajasen las otras mujeres. A medianoche había nevado y anduvo todo el camino a oscuras, enterrando los pies en la nieve virgen. Cuando se disponía a lavar la ropa, empezaba a clarear. Lloró con todas sus fuerzas mientras golpeaba con la pala el vestido de flores amarillas y azules, y siguió llorando mientras lo hundía en la acequia, con la esperanza de que la corriente se llevase sus pesadillas. Lloraba de miedo y de rabia cuando dejó el vestido en el barreño, y seguía llorando cuando cogió la sábana con las manos temblorosas.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

La voz de la tía Montserrat la pilló por sorpresa. Cuando la sábana se le escapó y fue a parar al suelo, la sangre oscura y reseca destacó aún más sobre la nieve. La tía Montserrat soltó un grito. La interrogó con la mirada atemorizada. La señora Stendhal se había inclinado a recoger la sábana y tenía la cabeza gacha mirando al suelo. Se incorporó muy lentamente, y cuando levantó la cara, la tía Montserrat descubrió los cardenales que le había dejado la paliza del administrador y se asustó.

—¡Virgen santa! ¿Pero qué te han hecho? ¿Quién ha sido? —preguntó, sin

abandonar la expresión de pánico—. Cuando te he visto llegar de madrugada, desde la cocina de casa, he sabido que había ocurrido alguna desgracia.

—El esbirro de Sabater. ¡Pero no lo puede saber nadie! ¡Tienes que jurarme que no le dirás nada a Dani!

—¿Cómo quieres que no se entere? Por el amor de Dios, ¿pero es que no te has visto la cara?

—Él no me la ha visto ni me la verá; hoy vuelve a irse a la capital. Tienen trabajo allí para unos cuantos días; cuando vuelva, ya no se me notará nada.

# 11

La primavera había llegado de repente, sin avisar. Unos cuantos días de bonanza prematura y las primeras lluvias de abril habían precipitado el cambio de estación. Los campos se habían inundado de flores. No me di cuenta de ello hasta aquel día en que caminando con Dani por el sendero del lavadero

vimos que los sembrados estaban salpicados de manchas rojas y blancas, de amapolas y de manzanilla. Eran los mismos campos que veíamos todas las mañanas cuando íbamos a la escuela, pero ahora no estaban recortados por los árboles, que, desde la moto, pasaban a toda velocidad. Desde el sendero, a pie, los campos parecían más grandes y los sembrados más lozanos. Se notaba que las masías de aquella parte eran de Ros y que sus masoveros tenían toda el agua que querían.

Avanzaba junto a Dani, que tenía un aire huraño, extraño. No me atrevía a hablarle. El maestro flaco me había

venido a buscar por sorpresa al aula, le había dicho unas palabras al oído al cura —que justo en aquel momento empezaba la clase de Historia sagrada — y me había acompañado hasta el patio. Dani me esperaba allí, apoyado en la morera. No me sonrió ni me dirigió la palabra, pero por un instante sentí gran alegría, porque era la primera vez que le veía en el recinto de la escuela. Después, me di cuenta de que pasaba algo y me asusté.

—Vamos —me dijo. Y se puso en marcha.

Una vez en la calle, le pregunté:

—¿Y la moto?



—Iremos a pie, quiero caminar — me contestó muy seco. Y ya no volvió a dirigirme la palabra.

Caminamos durante veinte minutos, dejamos el camino del lavadero y atajamos por las arboledas, bajo la sombra incompleta de los plátanos, que justo entonces mostraban los primeros brotes; el sudor empezó a correr por la cara y por la espalda. La casita blanca se insinuaba, aún lejos, más allá de los chopos del abuelo, y entonces Dani se detuvo. Miró hacia el otro lado, hacia el final de la recta de los plátanos. O quizá más lejos, hacia las montañas. De repente dijo:

—Está muerto —y volvió a caminar, con pasos más decididos, como si se hubiese quitado un peso de encima.

Tuve que correr para atraparlo y, cuando acompasé mi paso con el suyo, las lágrimas me rodaban por las mejillas, sin que pudiera hacer nada para contenerlas. No entendía muy bien qué pasaba, pero había vivido otras muertes y sabía que siempre llegaban acompañadas de una gran tristeza.

—Lo han encontrado colgado del cerezo —dijo al cabo de un rato.

Recordé a Ton, el del molino de Can Feixes, el chico de la escuela que no hablaba ni miraba nunca a la cara. Y me

pregunté si él también se moriría ahora, porque tenía la misma mirada triste y desesperada que se le había quedado al abuelo desde que el administrador de Sabater le había dado la paliza a la señora Stendhal. Cuando dejaban la mirada perdida de aquella forma, era como si ambos buscasen alguna cosa en algún punto lejano, un lugar tan distante que sólo ellos lo podían ver.

—¿Qué crees que veía el abuelo cuando tenía la mirada perdida? — pregunté a Dani, justo cuando llegábamos a la fachada posterior de la casita blanca.

Dani miró hacia las montañas pero

no me respondió.

Lo recuerdo perfectamente. Cuando llegamos aún no le habían bajado del cerezo, que estaba cargado de flores blancas. El cuerpo del abuelo colgaba de cara a las montañas; el viento lo balanceaba lentamente, adelante y atrás, hacia un lado y hacia el otro, y los pies dibujaban círculos concéntricos en el

aire, a la altura de mi cara. Tenía los ojos abiertos de par en par y la boca abierta, como si quisiese gritar, y yo también tuve ganas de alzar la voz para preguntarle: «¿A quién llamas, abuelo? ¿Adónde quieres ir? Déjame que te acompañe». Pero no me salieron las palabras y eché a correr, lejos de aquella gente que pisoteaba las escarolas que habíamos plantado juntos una tarde en la que también preparamos los planteles de tomates, pimientos, berenjenas, melones y calabazas. De eso no hacía ni dos semanas.

Corrí hasta la balsa de los chopos y me dejé caer sobre el margen, del lado

donde el verano pasado habíamos estado abriendo surcos para desviar el agua cuando henchíamos el canal con una madera para que se desbordara. Aún había marcas del azadón del abuelo, que a la hora de cavar tenía una fuerza prodigiosa.

«¿Por qué lo has hecho, abuelo? ¿Con quién iré ahora a regar las arboledas?», le pregunté. Pero no contestó. Seguía sin acabar de entender lo que pasaba, pero necesitaba desahogarme y no podía dejar de llorar. El silencio me consolaba, como aquella vez que me había adentrado en el bosque, en el internado, y había oído de

lejos los gritos de los chicos, que jugaban en los campos de deporte. Aquel día descubrí que había un punto exacto a partir del cual dejaba de oír los gritos y era como si estuviese a kilómetros de distancia. En aquel momento, me sentía igual; sabía que el abuelo aún estaba colgado del cerezo y que todos aquellos hombres que yo no conocía pisaban el huerto sin contemplaciones, pero ya no me importaba: yo también acababa de irme muy lejos, a miles de kilómetros de distancia, y quizá ya no volvería nunca más.

Me quedé un rato en la arboleda y



recordé los días de agosto en los que le acompañaba a inundar los chopos, cuando en la balsa aún quedaba un poco de agua y no se veía obligado a regar a escondidas con el agua que desviaba del canal. En verano, la sombra de la arboleda era magnífica y desprendía un olor muy dulce, de hojas caídas, que empezaban a descomponerse y se mezclaban con la tierra húmeda. Cada mañana, el abuelo cavaba cinco o seis surcos distintos, a golpe de azadón, y cuando le parecía que el agua bajaba con la fuerza suficiente para alcanzar el final de la hilera, se sentaba en el margen y contemplaba cómo se

inundaban. Yo le ayudaba con la azada, y me encargaba de apartar las hojas y las ramas que taponaban la salida de la balsa.

—En el bosque, el silencio es tan grande que es el viento quien manda — dijo uno de aquellos días de verano. Y, justo en aquel momento, una racha de viento del norte sacudió con tal fuerza las copas de los chopos que todos los pájaros del cielo y los animales de la tierra callaron para oír lo que el viento les ordenaba.

Aquel día se secó la balsa, pero el abuelo siguió cavando los surcos como si no fuese a faltarle el agua.

—¿Por qué cavamos, si no hay ni gota de agua en la balsa? —le pregunté.

Sonrió con picardía y contestó:

—Dejemos que el viento mande y veamos qué pasa.

Nos quedamos sin poder contemplar el espectáculo gratificante del agua que revivía los chopos, y volvimos de la arboleda dando un rodeo por el bosque de Can Xapo, para hacer tiempo. Recogí un ramo de espliego para la señora Stendhal, que siempre tenía un jarrón de flores en la cocina, y el abuelo cortó una rama de romero y se la puso en la boca.

A medianoche, se levantó y salió por la puerta de la cocina. Fue la primera de

aquellas noches en que yo me hacía el dormido y veía cómo se deslizaba por el lateral del huerto en dirección al canal y a las arboledas.

Cuando volví a la casa, todavía estaba toda aquella gente que pisaba el huerto y rodeaba el cuerpo del abuelo. Lo habían bajado del cerezo y lo habían tendido junto al pozo, tapado con una manta. Me acerqué, levanté la manta y le puse una rama de romero en la mano. Después le di un beso en la mejilla, que estaba muy fría. Cuando me incorporé, la señora Stendhal me miraba desde la ventana de

la cocina; a su lado estaba la tía Montserrat, que la estaba consolando. Corrí hacia la casa, le di otra rama de romero y salí de la cocina sin decir nada, para encerrarme en mi habitación. Me tumbé en la cama. Lloraba de rabia. Me moría de ganas de crecer: hubiera querido ser lo suficientemente mayor para haber salvado al abuelo y suficientemente fuerte para proteger a la señora Stendhal del esbirro de Sabater y de todos aquellos hombres que la acechaban.

# 13

Lo enterramos en aquella especie de patio que había junto al cementerio del pueblo. No éramos más de catorce o quince personas: la señora Stendhal, Dani, el herrero, la tía Montserrat, el maestro flaco, la gente de Can Xapo, las dos mujeres del lavadero —las que tenían a sus maridos escondidos en la

montaña— y tres o cuatro payeses viejos, a los que yo no conocía. La señora Stendhal no había tenido tiempo de avisar a las amigas de mi madre, las que me cubrían de besos y de caricias cuando venían a la casita de la carretera de los árboles. Las otras mujeres del lavadero no estaban, y tampoco había acudido ningún cura. Me preguntaba si Dani había avisado a la chica de las trenzas largas.

Volví del cementerio solo, dando un rodeo por las arboledas; quería pensar en mis cosas y pasar por los rincones que me había descubierto el abuelo. Cuando llegué a casa oí que la señora

Stendhal hablaba con un hombre a la entrada de mi habitación. La puerta no me dejaba verlo y no pude identificarlo.

—Son todos los que tenía —oí que le decía.

—Le estoy muy agradecido. Pero no consigo comprender por qué no los ha querido Dani... —replicó una voz ronca y enferma que me resultaba familiar.

—Dice que ya tiene bastante con el libro de poemas. Que los demás estarán mejor en la escuela, al alcance de todos.

Estuvieron un rato callados. No sabía si hacer notar mi presencia, pero al final decidí quedarme en la cocina.

—¿Cómo va el pequeño? —le dijo



la señora Stendhal. Y tardé un rato en comprender que le estaba preguntando por mí.

—Muy bien. Es calcado a Dani, como si fuesen hermanos de sangre. Dani, él... Tendría que volver.

—Ya sabe que no hay forma. A veces creo que es por mi culpa, por esa manía que tiene de montar una fonda en la capital para mí, lejos de estas montañas.

Volvieron a callar un rato. Después insistió:

—Cuide del pequeño, se lo prometí a su madre. El uno por el otro.

Me arrimé a la pared y vi al maestro

flaco que salía de la casa con una pila de libros bajo el brazo. Debían de ser del abuelo, pero no acababa de creérmelo; desde que vivía con nosotros nunca le había visto leer.

Cuando el maestro salía por la puerta que daba a la carretera, la señora Stendhal lo alcanzó y le puso un puñado de espárragos en la mano. El Xapo había traído un enorme manojó aquella misma mañana, cuando había venido a darle el pésame. El maestro flaco sonrió agradecido y desapareció arrastrando los pies por aquella recta larguísima de la carretera de los árboles, que iba más allá del desvío del pueblo y se

encaramaba camino de las montañas.

Aún no sé ni cómo me atreví. Sólo recuerdo que algo me decía que tenía razón y que si me mostraba débil ya no sería nunca más el jefe de la pandilla. Por más que Dani me llevase cada mañana en la moto, a pesar de que su recuerdo despertase la admiración de todos los chicos de la clase, si cedía, me

perderían el respeto para siempre. No me salvaría ni el reloj dorado que me había regalado. Aguanté por eso: para salvar el honor de jefe de la pandilla y porque tenía razón.

Muchas veces me había preguntado cómo se las arreglaban los mayores para saber, cuando discutían, quién tenía la razón. Ahora ya lo había descubierto: cuando tienes razón sientes una voz en algún lugar de tu cerebro que hace que lo sepas; una voz que no engaña. Y, entonces, yo la oía.

—¡Fuera de clase! —me alarmé por los gritos del cura desde la tarima.

—Yo no he hecho nada —respondí.

Y me encogí de hombros.

Toda la clase se dio media vuelta hacia mi pupitre. Todos me animaban con la mirada: «¡Ya es tuyo! ¡Ahora no puedes ceder!», decían aquellos ojos que pedían pelea. Vi las venas que se marcaban en las mejillas del cura y cómo se le ponía toda la cara colorada. Cuando se enfadaba, babeaba y le costaba despegar los labios, que eran gruesos, asquerosos. Cuando abrió la boca, profirió un sonido estrambótico:

—¡Grrrrrrrrrrrrrrrr!

Pensé que le iba a dar algo, pero al final articuló cuatro palabras:

—¡Fuera! ¡Fuera de inmediato!

—Ha sido él. Yo no he hecho nada  
—respondí muy convencido.

Él era el hijo del administrador de Sabater, el que nos daba el tabaco que le robaba a su padre a cambio de las fotos de chicas que Dani me traía del taller. Me había estado provocando toda la mañana, repitiéndome calumnias que los acólitos de Sabater difundían por el pueblo para reírse del abuelo.

—Tu abuelo era un viejo loco. Leía demasiados libros y tenía ideas peligrosas. Se arruinó porque era un soñador inútil. Tendrían que haberle fusilado al terminar la guerra.

En casa estábamos acostumbrados a

que los esbirros de Sabater difundieran aquel tipo de insidias para reírse del abuelo. Desde que les había dejado boquiabiertos al bajar de las montañas con el permiso firmado por el propio gobernador en la mano, sólo pensaban en hacerle la vida imposible. Pero yo sabía que el abuelo era mejor que todos ellos, porque Dani, el Xapo y el herrero me habían contado que siempre había defendido a los payeses del pueblo y que, por eso, muchos años atrás, durante la dictadura militar, le habían metido en la cárcel. Allí habían empezado todas sus desgracias.

El hijo del administrador seguía



provocándome. Me tiró la libreta al suelo y, cuando me agachaba para recogerla, acercó los labios a mi oído y me dijo:

—Tu abuelo se pudrirá en el infierno. Se ha matado a sí mismo, ¡ha muerto en pecado mortal!

El cura levantó la cabeza justo en el momento en que mi brazo volaba hacia la cara redonda y grasienta del hijo del tipo que había dado una paliza a la señora Stendhal y que había jurado que nos amargaría la vida. La misma cara que ahora me miraba con aire de victoria, esperando saborear el momento en que tendría que levantarme y salir de

clase. Pero yo no estaba dispuesto a darle ese gusto.

—¡Fuera! ¡He dicho que fuera! —vociferaba el cura, totalmente fuera de sí.

Algunos chicos empezaron a reírse de la espuma que le colgaba del labio inferior.

—¡Fuera! —quiso chillar una vez más, intentando reconducir una situación que se le escapaba de las manos. Se le escapó un gallo muy agudo y provocó una carcajada general. El hijo del administrador y yo éramos los únicos que no participábamos en la juerga: él parecía desconcertado; yo estaba muerto

de miedo. Quizá por eso me sentía más seguro sin moverme de mi sitio y seguía sentado, sin salir de clase.

—¡Fuera! ¡O sales tú o salgo yo!

—Salga usted.

No sé por qué lo dije. Las palabras me salieron solas y enseguida me arrepentí. Se hizo un silencio sepulcral. El tiempo se detuvo. Sobre la tarima, el cura se removía en la silla. Tenía la cara hinchada y colorada como un pimiento, a punto de reventar. Intentó decir algo.

—Pero... ¿cómo...?

No pudo articular palabra. Parecía totalmente desconcertado. De repente se levantó y abandonó el aula. La puerta

golpeó con furia y se rompieron los cristales. Fue como una señal: toda la clase se puso en pie y empezó a aplaudir y a gritar mi nombre: «¡Stendhal!, ¡Stendhal!».

El hijo del administrador y yo seguíamos sentados. Nos mirábamos. La rabia se reflejaba en su cara, yo me sentía más jefe de la pandilla que nunca. Sabía que ahora ya no me admirarían sólo por la moto y por Dani. En aquel momento me había ganado mi propio respeto.

A la hora del recreo descubrí que el

relato detallado de mi enfrentamiento con el cura se había difundido rápidamente por todos los rincones de la escuela. Estábamos en los lavabos, comentando la jugada, y entraron los chicos de cuarto. El más alto, que debía de llevarme dos o tres años, se acercó y me pasó el brazo por el hombro.

—¡Ese hijo de puta se lo tenía bien merecido! Como diría mi hermano, en este maldito pueblo no hay nadie hecho de mejor pasta que Dani y su familia.

Y deseé que llegase la hora de volver a casa para poder explicárselo.

# 15

Antes de volver a casa llegaron las malas noticias. El director me llamó a su despacho y dictó sentencia: a partir de la mañana siguiente tendría que estar diez días fuera de clase, de pie, en el pasillo; también me entregó un libro de historia que tendría que copiar encerrado en el aula mientras los demás

estuviesen en el patio. Y me amenazó con la expulsión: por ahora, aclaró, me salvaba porque tenía un expediente muy bueno: ninguna falta en todo el curso.

A fin de cuentas, salí bastante bien parado. Yo creo que fue cosa del maestro flaco, que con el buen tiempo había revivido un poco y se había encargado de ir a buscar a la señora Stendhal, que había llegado hecha un basilisco. No me dirigió la palabra en todo el camino de vuelta. Sólo cuando llegábamos a la casa de la carretera de los árboles, se le escapó un suspiro.

—Si me haces sufrir tanto como Dani, me matarás.

Durante dos semanas deambulé por el patio y por los pasillos de la escuela como un héroe. Casi nunca estuve de pie en el pasillo, salvo cuando venía el cura, que era el único que se cuidaba de que cumpliera el castigo. En general me lo pasaba bastante bien, pero las copias a la hora del patio se me hicieron muy pesadas. Sólo me gustó una de las historias: la de Guillermo Tell, que disparaba la ballesta y hacía diana en la manzana colocada sobre la cabeza de su propio hijo, y después lograba escapar de la persecución de los hombres del



gobernador. Todas las demás me habían parecido muy extrañas, sobre todo la de aquel señor de un castillo que, antes de rendirse al rey moro que lo asediaba, le lanzó su propio puñal para que matase a su hijo, al que tenía prisionero.[2]

Dani no hubiese hecho nunca algo así. Ni tampoco la señora Stendhal.

Los días que pasé fuera del aula hizo mucho calor. Si salía al patio, tenía que arrimarme a las paredes para buscar un poco de sombra, y si quería atravesar el patio, lo tenía que hacer muy deprisa. Los primeros días buscaba a menudo la protección de la morera, pero, al final, prefería pasar el rato entre los muros

frescos de la escuela. En el pasillo, oía cómo los compañeros de clase recitaban en voz alta los nombres de los ríos y de las ciudades de Europa dirigidos por el maestro flaco. Los tenía justo al lado, detrás de la pared, y les oía como si yo mismo estuviese en clase. Pero no estaba allí. Sólo nos separaba una pared, pero yo estaba al otro lado. Cada vez me sentía más lejos, como el día en que murió el abuelo y, solo en la arboleda, me pareció que estaba a miles de kilómetros de distancia. Aquella sensación me daba miedo, pero empezaba a gustarme.

—¡Siset de Can Xapo se tira a su hermana! —aseguró Dani.

—No sé dónde ves el problema, ni que fuese el primero... —replicó el herrero. Estaba muy serio, como si todo aquello le importase—. La que tiene más cerca es su hermana —observó—. ¿A quién quieres que se tire un infeliz

como él? ¿A una vecina del pueblo?

—Hombre, eso sería más natural.

—Un día quizá nos sorprenda, pero, hoy por hoy, el coño de su hermana es el que tiene más a mano. Las cosas como son. El mundo es redondo, ¿no? Pues ya está.

El herrero siempre hablaba así. De hecho, no hablaba, dictaba sentencia. Estábamos sentados en la mesa larga de Can Xifra, la que había al fondo del colmado, más allá del mostrador. Can Xifra funcionaba como tienda de comestibles, carnicería, café y fonda, todo a la vez; era la segunda casa de la calle de la iglesia, entre la panadería y

el Ayuntamiento, y era el local más popular del pueblo. En aquel momento, la señora Stendhal estaba comprando dos arenques para acompañar la cena. Desde el otro extremo de la tienda vi que ponía mala cara y se quejaba.

—Podríais hablar con más respeto. Quizá os creéis que eso os hace más machos.

Entonces entró el Bombilla, y la señora Stendhal ya no pudo disimular ni un momento más su enfado.

—Vosotros dos ¿no tenéis trabajo o qué? —recriminó a Dani y al herrero.

Se acercó a la mesa con los ojos encendidos y me agarró del brazo.

—Venga, vamos —dijo. Después, dirigiéndose a Xifra, que lavaba vasos tras el mostrador, le indicó—. Apunta estos dos arenques en mi cuenta, ya pasaré mañana a buscar lo demás. Aquí se respira mal ambiente.

El hombre que acababa de entrar no dijo nada. Era alto y delgado y se había dejado crecer la barba, que era muy tupida, pero en cambio tenía la cabeza rapada, por eso le llamaban el Bombilla. El apodo le iba al pelo, nunca mejor dicho, porque en la guerra había demostrado ser un especialista en manipular granadas y todo tipo de explosivos. Cogió el vaso de vino que le

sirvió Xifra y se sentó a la mesa con los demás, que se reían para acabar con el mal ambiente. La señora Stendhal se dirigió a la puerta. Llevaba el pelo recogido en un moño, que dejaba al descubierto un cuello largo, muy fino, que resaltaba el ancho de sus hombros. Tenía la cintura estrecha y unas piernas largas que la obligaban a caminar moviendo las caderas. El vestido se le pegaba al cuerpo como una segunda piel y los hombres que estaban en el local se dieron media vuelta y la miraron de arriba abajo con ojos de deseo. Dani hizo un gesto de contrariedad: no soportaba que la mirasen de aquella

forma.

—Qué quieres... —intentó calmarle el herrero—. Mantiene la figura que en la capital volvía locos a todos los hombres, antes de la guerra. Después de todo lo que ha pasado, es un milagro que se siga conservando así.

A la hora de cenar, la señora Stendhal aún estaba furiosa.

—No sé por qué te relacionas con ése. No sacarás nada bueno de ir con gente de esa calaña.

Dani no respondió. Su madre tenía razón, pero no podía evitarlo: el



Bombilla era de los suyos y era muy bueno en su trabajo. Aquel silencio irritaba a la señora Stendhal, que necesitaba desahogarse. Y también buscaba alguna palabra de Dani que la ayudara a ahuyentar los malos augurios. Cambió de tema y oí que me nombraba.

—No quiero que lleves nunca más a Lluc al bar...

—No le hace ningún daño, ya no es un niño; ha cumplido doce años y ya tiene edad para saber cómo son las cosas. Tarde o temprano descubrirá que el mundo se divide entre ellos y nosotros y que nosotros somos más pero siempre perdemos. Escuchar a los

mayores lo espabilará, aunque el que hable sea el Bombilla...

—Vuestra guerra sólo nos traerá más miseria y más dolor y a él no le aportará nada. La única revolución que conozco está en la escuela: seremos iguales cuando sepamos las mismas cosas.

—Al abuelo no le sirvió de nada.

—Mi padre tuvo mala suerte, pero ahora me daría la razón. Si no hubiese sido por la maldita guerra, habría sido un gran hombre.

—Quizá sí, pero ahora está muerto.

—Te abrió el camino. No tendrías que haber dejado la escuela y no te perdonaré nunca que lleves al chico por

el mismo camino...

Se dieron cuenta de que yo les estaba oyendo y que había dejado a medias el arenque y las alubias, que siempre solía devorar.

—Acábate de una vez todo lo que tienes en el plato —me riñó la señora Stendhal—. Luego te preguntaré la lección de geografía.

Desde que me habían echado de clase, la señora Stendhal me controlaba mucho más, y cada noche se sentaba conmigo a la mesa de la cocina para asegurarse de que estudiaba y hacía los deberes.

—En la escuela está todo lo que

necesitas para convertirte en un hombre sin dueño y dejar atrás toda esta miseria —repetía cada noche, muy satisfecha, cuando comprobaba que me sabía la lección.

Sólo conservaba dos imágenes de mi madre: la de su cuerpo tendido en medio de la plaza y la de aquella foto en la que me llevaba en brazos y abría una boca grande y risueña, mientras yo tiraba de un collar de bolitas blancas que le colgaba del cuello. Un año antes, en el internado, estuve dos días llorando sin

parar cuando aquellos chicos de la clase de los mayores la hicieron pedazos para divertirse. Lo que más recordaba de la foto era la sonrisa; me ayudaba a dar vida al recuerdo de mi madre tendida en el suelo, el día que bajó a la plaza de Sant Pere para ayudar a los hombres y le dispararon. La había estado espiando todo el tiempo, desde la ventana del comedor; la miraba con la cara pegada al cristal, que recuerdo fresco y muy agradable, y, de repente, cayó sobre aquel chico ensangrentado al que un minuto antes había estado consolando.

Aquellas dos imágenes de mi madre no eran gran cosa, pero era todo lo que

tenía y me gustaba pensar en ellas: la pesadilla que viví desde la ventana y la gran sonrisa en su cara tierna y bonita. Como la de la señora Stendhal, que ahora estaba a mi lado y me daba la mano, sentada en aquel banco mal barnizado de la capilla del cementerio de la capital. A mi madre la habían enterrado en una de las fosas comunes, pero nadie sabía decirnos en cuál y nos conformábamos rezando por ella en la capilla.

Dani nos había llevado de buena mañana en la moto, porque era la vigilia de San Juan y aquella noche, la de la verbena, hubiera sido su cumpleaños.

—¡Maldita guerra! Justo hoy hubiese cumplido treinta y cinco años —me recordó la señora Stendhal.



El coche llegó a toda velocidad por la carretera de los árboles y frenó ante la puerta de la casita blanca, en medio de una gran polvareda. Fue como una aparición. Yo había pasado toda la mañana cavando en el huerto; desde que no estaba el abuelo, las malas hierbas se lo estaban comiendo. Dani tenía más

trabajo que nunca y a veces desaparecía durante días para ir a poner a punto las viejas máquinas ya sin recambios de las casas de payés más alejadas. La señora Stendhal también estaba siempre fuera; cocinaba en casa de los Ribot, que se instalaban todo el verano en el pueblo, en la mansión de la hidroeléctrica. Yo era el único de la familia que parecía tener tiempo; hacía quince días que habían empezado las vacaciones de la escuela y me había propuesto salvar el huerto.

Había plantado las berenjenas, los pimientos, los melones, las tomateras y las calabaceras del plantel que había

sembrado con el abuelo, quince días antes de que se matase. También había hecho dos hileras de lechugas, había plantado apios y había aprovechado las cajas del plantel para sembrar rábanos. Hacía días que recogíamos de todo, pero las hierbas se multiplicaban y ya habían cubierto los melones y las sandías; empezaba a creer que aquel año nos quedaríamos sin mermeladas. Me pasaba el día arrancando verdolagas, que guardaba aparte; por la noche, la señora Stendhal hacía sopa con ellas y, si traía huevos de Can Ribot, preparaba unas tortillas que estaban buenísimas.

Cuando me cansaba de cavar, me

echaba en el margen y atrapaba animales escondidos entre los tallos de lastón. Coleccionaba escarabajos, lagartijas y sapos, que alimentaba en cajas de galletas y en botes de cristal. Y cazaba grillos, que requerían más habilidad para atraparlos y mucha más dedicación: me pasaba horas escuchando cómo cantaban, intentando localizar el origen del canto y apartando las hierbas hasta que se daban cuenta y se callaban. Era una guerra de desgaste. Me hacía el muerto y esperaba a que volviesen a cantar. Cuando por fin localizaba un nido, cogía una brizna de hierba seca y la insertaba en el agujero para hacer

cosquillas a los grillos, que salían y acababan atrapados en un frasco de cristal. A veces me los imaginaba bajo tierra, vigilantes, y pensaba que quizá estaban acompañados de sus crías y sentía el impulso de dejar de buscar. Pero entonces me acordaba de los cazadores que, después de comer, hartos como cerdos, filosofaban en el comedor de la casita de la carretera de los árboles los días que subían a comer acompañados de Sabater o de Ros: «La caza se tiene que rematar; si no lo haces, tarde o temprano el animal se revuelve contra ti».

Aquel mediodía estaba de mal

humor porque había fallado todos los intentos. Acabé inundando el nido de un pobre grillo que salió flotando bocabajo moviendo las patas con desesperación. Lo estaba metiendo en un bote de cristal con la tapa de rosca con agujeros cuando oí la bocina y vi la polvareda en la carretera. Me levanté precipitadamente y me planté en el umbral de la puerta.

¡No podía creérmelo! Era Dani al volante de un coche negro, muy elegante, con dos plataformas laterales, de aquellas que los polis de las películas mudas utilizaban para subirse y saltar sobre los malhechores desde ellas.

Vestía la cazadora negra, que no se quitaba ni en verano, y se protegía la cabeza con el casco de motorista alemán. Me miró y soltó una gran carcajada.

—¡Yujuuuuuuuuu! —gritó, medio enloquecido. Sacaba una mano por la ventanilla, y, con la otra, no paraba de tocar la bocina.

Hacía meses que Dani y el dueño del taller se habían jurado que harían que volviera a funcionar el viejo Citroën que durante la guerra los del comité revolucionario habían confiscado a la hidroeléctrica. Todos se reían de ellos, porque pocos días después de que lo

requisaran, los milicianos lo habían incrustado contra un plátano de la carretera y había terminado al fondo del taller, convertido en un montón de chatarra.



# 19

En agosto, a la hora de la solana, el calor me mantenía pegado a la sombra de la casa, en una especie de siesta interminable. En el pueblo, la gente cerraba ventanas y postigos para dejar fuera el aire ardiente del exterior. Sólo los perros se atrevían a salir a la calle; se arrimaban a las paredes y caminaban

con desgana en busca de alguna sombra fresca en la que echarse. Los días eran de un calor asfixiante y cuando aquel domingo Dani me sugirió que fuésemos a la poza, me puse muy contento y no me lo pensé dos veces.

Pasamos por el pueblo a recoger a la chica de las trenzas largas y pelirrojas. Se llamaba Raquel. Lo sabía desde un domingo de junio en que nos la habíamos encontrado en Can Xifra. Aquella mañana nos lo pasamos muy bien con Raquel sentados alrededor del mostrador de mármol del colmado; era guapa y risueña como mi madre y como la señora Stendhal y tenía una alegría

contagiosa. Los domingos en Can Xifra también me gustaban por el sabor fuerte de los chicharrones y del vermut con sifón que los hombres me dejaban probar. Y, cuando Dani y la chica de las trenzas se entretenían mirándose y diciéndose tonterías, yo pasaba el rato observando a las dos mujeres de la casa, madre e hija, que se parecían como dos gotas de agua, pero con veinte años de diferencia. Eran la versión joven y la versión vieja de una misma persona. Cuando las veía juntas, eran exactas, y pensaba que no me gustaría tener a mi lado a nadie que me hiciera pensar a todas horas cómo iba a ser yo cuando

fuese viejo. Pero en aquella época este tipo de preocupaciones de persona mayor me duraban poco y enseguida me olvidaba de ellas.

De las dos mujeres de Can Xifra, la vieja era la que me caía mejor. Para despachar el tabaco, abría la portezuela de un armario situado detrás del mostrador y, después de coger un paquete de picadura, la volvía a cerrar con mucha delicadeza. La portezuela no tenía cristal, y hubiera podido pasar la mano directamente sin necesidad de abrirla y cerrarla cada vez, pero ella prefería repetir la rutina que seguía antes de que se rompiera el cristal.

El mismo día que descubrí que la chica de las trenzas largas y del pelo de color panocha se llamaba Raquel, la vieja le preguntó por su abuela. Quería saber qué edad tenía.

—Acaba de cumplir setenta y seis —respondió riendo Raquel, que estaba muy orgullosa de ella.

—El otro día, en el pueblo de al lado, murió una de setenta y cuatro —nos comunicó la vieja, mientras servía un vaso de vino al herrero.

Raquel puso mala cara y, desde aquel día, la vieja de Can Xifra dejó de caerme bien.

# 20

Aquel verano aún volvimos un par de veces a la poza. La última, un domingo de mediados de septiembre, cuando faltaban pocos días para empezar la escuela.

Siempre que pasábamos a recoger a Raquel, Dani volvía a sonreír como antes de la muerte del abuelo. La poza

estaba al otro lado de la carretera, al final de la recta de los plátanos, justo al pie de las montañas. Estaba rodeada de arboledas y, en verano, cuando disminuía el caudal de la riera, el agua dejaba al descubierto una pequeña playa de guijarros y de arena. Los fresnos y los alisos tenían las raíces dentro del agua, y en la orilla había un roble de enormes ramas que parecía puesto expresamente allí para que Dani se encaramase a él y se tirase al agua haciendo cabriolas.

Cuando ya se habían bañado, él y Raquel se tumbaban en la arena, uno junto al otro; desde el agua se les oía

reír, y podía ver cómo Dani se la comía primero con la mirada, después a mordiscos. Más tarde, a la caída del sol, de vuelta al pueblo, recogíamos botones de amapola y jugábamos a adivinar el color que tenían, como hacían los niños pequeños.

—¿Monja, fraile o titiritaile? — preguntó Dani.

—Fraile —dijo ella.

Dani rompió el botón y se abrió una flor roja, de un encarnado muy intenso.

—¡Fraile! —gritó Raquel muy contenta.

—Color de sangre —dijo él. Hizo una mueca y desvió la mirada hacia las



montañas, más allá de las arboledas.

Ella no le hizo caso. Le mordió los labios, entre risas, y después se dio media vuelta hacia mí, que les seguía de cerca, y me dio un beso en la mejilla.

Aquella noche, en la cama, sentí un calor muy intenso por todo el cuerpo y una descarga eléctrica en la columna. Era como por las mañanas cuando iba a la escuela, cuando apoyaba la cabeza contra el pecho de la señora Stendhal y respiraba su perfume, sólo que ahora sentía como si me fallaran las fuerzas y todo fuera mucho más agradable.

Me parece que antes de aquel día sólo había tenido otra vez aquella

sensación. Había ocurrido cuando estaba en el internado, el año anterior, un día que me habían echado de clase. Estaba jugando al fútbol con el chico de la mirada triste, que no se relacionaba con nadie pero que a mí siempre me había caído bien. A él también le habían expulsado y estábamos solos al fondo del aula de geografía intentando no hacer ruido para no alertar a los curas. Cuando estábamos peleándonos para ver cuál de los dos se quedaba con la pelota, me puso la mano en el sexo. Me pilló por sorpresa y me quedé muy quieto, sin saber qué hacer. Él me miraba con aquellos ojos tristes, que

parecían pedir permiso. Sonrió, me cogió la mano y se la llevó a su entrepierna. Pasamos así un rato y sentí que su sexo se agrandaba entre mis manos; el mío hacía rato que estaba igual. De repente me soltó, se llevó la pelota y corrió hacia la pared que hacía de portería y marcó un gol. Cuando retrocedió, yo aún no me había movido. Tocó con suavidad mi mano con la suya y volvió a sonreír, muy tímidamente, como si pidiese perdón. Yo también le sonreí y ya no quise ganarle de tantos goles como había hecho otras veces cuando nos habían expulsado y jugábamos a fútbol.

# 21

Dani llegó corriendo y haciendo gestos como un loco. Hacía tres días que habíamos vuelto a las clases, pero aún no teníamos deberes y, antes de cenar, me entretenía regando las cuatro verduras que quedaban en el huerto. Aquella tarde, Dani apareció por la puerta de la cocina gritando y

gesticulando señas para que dejase lo que estuviera haciendo. Cuando me acerqué, me cogió del brazo y me llevó para dentro. Se reía como un loco. Me arrastró por toda la casa y me hizo salir por el lado contrario, por la puerta principal. Antes de abrirla, soltó una fuerte carcajada y me tapó los ojos. Una vez fuera, me hizo caminar a ciegas por el camino de guijarros, entre los rosales de la señora Stendhal, y me detuvo junto a la carretera. De repente retiró la mano de mi cara y dijo:

—¡Ahora ya puedes mirar!

Abrí los ojos. Una figura metálica, como una especie de pantera de color

plateado, se alzaba en medio del capó negro del antiguo coche de la hidroeléctrica que Dani y el dueño del taller habían reparado. Las dos patas de atrás estaba soldadas a la chapa, pero el cuerpo del animal se estiraba hacia delante simulando un gran salto con la boca abierta, amenazante.

—Es un jaguar —aclaró Dani. Y estalló en una carcajada aún más escandalosa.

Los sábados sólo teníamos clase por la mañana. Comí en el pueblo con la tía Montserrat y el herrero, porque la señora Stendhal seguía yendo a cocinar a casa de los Ribot, que no volvían a la capital hasta después del primer domingo de octubre. El calor era asfixiante y, después de comer, salimos

a perdernos por las arboledas con el hijo mayor del médico, que aquel verano se había convertido en mi mejor amigo. Salimos del pueblo por el camino de la acequia y cuando pasábamos por detrás de Can Xapo vimos cómo se agitaban las ramas de una higuera, sacudidas por algo que no conseguíamos distinguir. Nos aproximamos pensando que sorprenderíamos a algún animal, pero nos encontramos un espectáculo insólito: una caña moviéndose sola entre las ramas; no había nadie al pie del árbol. La caña tenía el extremo superior partido en dos formando una gran boca y, cuando atrapaba un higo, hacía un



movimiento rotatorio, lo descolgaba y desaparecía como por arte de magia. Al cabo de un momento, volvía a aparecer la caña y cogía otro higo.

—Acerquémonos a ver qué pasa — propuse.

—¿Estás seguro? —preguntó el hijo del médico un poco asustado.

Cuando llegamos a la higuera descubrimos que se trataba de Siset, de Can Xapo, que estaba escondido en una zanja que le mantenía a salvo de miradas indiscretas; desde allí movía la caña y alcanzaba los higos más grandes y maduros. Nos recibió con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía un higo entero en la

boca y lo estaba masticando con aquella cara de felicidad que tanto irritaba a la gente del pueblo. Por eso decían que era bobo.

—¿Qué haces ahí escondido? ¿Estás robando tus propios higos?

—Mi padre no me deja cogerlos. Dice que estos «cuello de dama» son los mejores del pueblo y los guarda para el señor Ros.

Nos invitó a que cogiéramos cada uno una caña. Las partimos por el extremo para facilitar el encaje de los higos y empezamos a alcanzar los más maduros. El Xapo tenía razón: eran muy dulces. Puede que fueran los mejores

que había probado jamás.

La higuera de «cuello de dama» estaba lejos de la masía, pero tres cañas moviéndose solas y sacudiendo el árbol debían de llamar la atención, porque de repente se abalanzó sobre nosotros el perro del Xapo y supusimos que detrás de él no tardaría en aparecer el amo. Echamos a correr sin mirar atrás, y no paramos hasta que estuvimos en el bosque.

Aún no habíamos recuperado el aliento, cuando nos llevamos otro susto: de detrás de un alcornoque salió un chico mayor, sucio, con greñas y la ropa hecha jirones, que se abalanzó sobre

Siset. El hijo del médico y yo nos quedamos paralizados, pero el hijo del Xapo se dejó abrazar y se colgó del cuello del desconocido. Parecía sorprendido, pero muy contento. Cuando se separaron, el hombre le puso una mano sobre cada hombro y lo miró de arriba abajo. Por fin, habló:

—¡Cómo has crecido, cabrón! Corre, ve a la masía y dile a padre que he ido a entregarme. Que esté tranquilo, que no me harán nada. Yo no he hecho nunca daño a nadie.

Ví que me miraba la mano de reojo: yo escondía tres higos, que había conseguido antes de echarme a correr.

Extendí la mano y los agarró enseguida llevándoselos a la boca. Me sonrió. Siset se reía y lo tocaba, como si no terminara de creerse que Vador, su hermano mayor, que corría por las montañas desde el final de la guerra, pudiese estar allí, hablando con nosotros. Volvió a abrazarlo y el Xapo mayor desapareció por el sendero, camino del cuartel del pueblo.

A la hora de cenar, el herrero golpeó con los nudillos en la ventana de la cocina y entró gritando:

—¡El pueblo está lleno de guardias.

Han hecho una batida en la Font del Bisbe y han cosido a tiros a un pobre chico que estaba escondido allí; parece que había bajado con el chico mayor del Xapo y que esperaba allí para entregarse. Pero no le han dado opción alguna...!

—¿Cuándo acabará este odio? — exclamó la señora Stendhal—. ¿Qué se sabe del pobre Vador? —le interrogó.

—El Xapo ha ido a interesarse por él, pero no le han dejado verle. Dice que lo debían de estar matando, porque le ha oído gritar como un animal malherido. Cuando ha insistido en que le dejasen verlo, también le han pegado a él. El

médico le ha acompañado a la masía y le ha curado las heridas.

Dani dejó caer el puño sobre la mesa, pero no dijo nada. Volvió la cara hacia la ventana. Primero creí que miraba hacia el cerezo, pero después me di cuenta de que su mirada se perdía mucho más lejos, hasta el final de la carretera de los árboles. La luna llena iluminaba las montañas: el viento del norte había dejado una noche muy clara y parecía que podíamos tocarlas tan sólo con alargar la mano.

Me despertaron las voces de dos mujeres que hablaban de Dios y de cómo santificarse, y me di cuenta entonces de que no había dormido en la casa de la carretera de los árboles. La señora Stendhal rezaba cada día, pero le habría dado vergüenza hablar de ello con otra persona.



—No hacen falta grandes sacrificios ni rezar muchas oraciones para parecer bueno a los ojos de Dios —decía la voz que llevaba las riendas de la conversación—. Basta con ofrecerle cada día el trabajo bien hecho.

Reconocí el tono sereno y persuasivo de la dueña de la casa y recordé que me había quedado a dormir en el pueblo, en casa del médico. A la señora Stendhal le incomodaba mi amistad con su hijo, porque creía que tenía que relacionarme con chicos de nuestra misma condición. Le caía bien el doctor y le respetaba, porque visitaba sin hacer distinciones a todos los

enfermos del pueblo, también a los payeses más pobres; pero todo el mundo sabía que era un habitual de las casas de Ros y de Sabater. Además, cuando bajaba a la capital, también lo invitaban a comer los Ribot, los de la hidroeléctrica. Por eso la señora Stendhal intentaba enfriar el entusiasmo que yo sentía por el hijo del médico, y justo por eso me sorprendió que aquel sábado de octubre, vigilia de la fiesta del pueblo, aceptase que me quedara a dormir en casa de mi amigo, en el caserón de la plaza. Ella y Dani habían ido a la capital con el Xapo y su mujer, para asistir al juicio sumarísimo de su

hijo mayor.

Poco a poco fui escuchando cada vez más cerca las voces que hablaban de cómo resultar agradable a los ojos de Dios y de repente vi a dos mujeres que entraban en nuestra habitación. Reconocí a la criada, que la noche anterior había servido la mesa. Se dirigió directamente a la ventana, subió la persiana y abrió los batientes. El aire frío de la madrugada se coló en la habitación y las mujeres volvieron a salir sin dirigirnos la palabra.

—Vamos a hacer las camas de los pequeños —dijo la mujer del médico cuando ya estaban fuera. Al cabo de un

rato, retomaron la conversación en la otra punta del pasillo.

El hijo del médico aún dormía; no parecía que le afectasen ni el frío, ni la luz, ni el ruido que entraba por la ventana. El aire que bajaba de las montañas había refrescado la habitación y me envolví con la manta. Las mujeres se callaron y entonces oí el trajín que subía de la planta baja, de la cocina, y pensé que la cocinera debía de estar preparando la comida. Desde la cama, era agradable sentir que la casa estaba en marcha.

Cuando nos levantamos, la casa olía a limpio y había recuperado la

temperatura; todas las estancias tenían radiador. Me moría de hambre, pero no desayunamos hasta que volvimos de misa, porque antes de comulgar teníamos que guardar ayuno. El suelo del comedor y el de la sala estaban cubiertos de alfombras, y en las paredes había colgados cuadros y estantes llenos de libros. Además, los hijos del médico tenían una habitación especial para jugar. Habían sacado del armario un juego de autómatas que bajaban por una pista de esquí. No me cansaba de mirarlo: los esquiadores se deslizaban haciendo eses por una pendiente nevada y, cuando llegaban a la meta, un

mecanismo oculto los devolvía a la cima de la pista. El movimiento repetitivo de los esquiadores era muy divertido, pero al cabo de un rato ya me había enamorado de otro objeto: una bola de cristal con un pueblecito y unas montañas nevadas en su interior. Si ponías la bola bocabajo, empezaba a nevar sobre las casitas de madera y los bosques de abetos, y un mecanismo activaba una cancioncilla, como en una caja de música. El hijo del médico me aclaró que se trataba de una canción de Navidad de un país extranjero, quizá de Alemania o de Suiza, como el juego de los autómatas.

La casa de la plaza era una caja de sorpresas. A la hora de comer descubrí que el médico tenía un viejo proyector de cine escondido en el ropero, en lo alto de un armario de zapatos, con las candelas de la Purísima, las decoraciones de Navidad y las figuras de barro del belén. Lo había comprado de segunda mano y por el mismo precio le habían regalado un lote de películas mudas. Las bobinas las guardaba también sobre el armario, envueltas en un damasco descolorido que en Nochebuena utilizaban para abrigar al *tió*.[\[3\]](#)

El proyector tenía un aspecto

bastante precario y un funcionamiento un tanto complicado. Quizá por eso, el médico sólo se decidía a bajarlo un par de veces al año, algún día de las fiestas de Navidad y los días de bautizo o de comunión, que en una familia de seis hermanos se repetían con una periodicidad prácticamente anual. El médico debía de considerar mi visita a la casa como una ocasión especial porque, después de bendecir la mesa, sorprendió a la familia con el anuncio de que después de comer «habría cine» y todos recibimos la promesa con una gran algarabía.

Cuando terminamos el postre, ya no



nos movimos del comedor. Nos sentamos en el suelo mientras las mujeres de la casa recogían la mesa y se encaramaban para colgar una sábana blanca en las puertas correderas de la galería. El médico puso una mesilla en el extremo opuesto de la sala, de espaldas a la chimenea, y montó el proyector sobre ella. Los preparativos se alargaron casi una hora y nosotros los seguimos con entusiasmo, como si representaran la primera parte de la función. Aplaudíamos cada paso que superaba con éxito, y cuando, después de equilibrar las patas del aparato con un libro, comunicó que todo estaba a

punto, se hizo un silencio solemne. El médico pidió que alguien apagase la luz, y la cinta empezó a saltar de bobina en bobina por delante del proyector y por entre una serie de engranajes misteriosos. De vez en cuando, se oía un sonido metálico, muy estridente, como si fuera a romperse, pero enseguida aparecieron los números del diez al cero en sentido descendente dando paso al título de la película: *Charlot en el balneario*. Todos dimos un grito de emoción y aplaudimos con tanto entusiasmo que, para recuperar el control de la sala, el médico tuvo que amenazarnos con suspender la sesión.

Al atardecer, cuando ya oscurecía, Dani pasó a recogerme. Mientras subíamos a la moto, vi que el médico le interrogaba con la mirada. Supuse que quería saber cómo había ido el juicio de Vador. Dani negó con la cabeza un par de veces y se encogió de hombros.

—Lo fusilarán dentro de quince días —dijo. Y arrancó la moto con rabia.

Debía de ser casi mediodía porque nos habían llamado para comer y estábamos en fila, en formación, en medio del patio. Oímos el aullido de las sirenas que provenía de la entrada del pueblo, de la zona de las casas más modestas, que se levantaban más allá de Correos y de la báscula. Yo sólo había estado allí

un par de veces, porque estaban en dirección contraria a mi casa; un día en que me envió allí la señora Stendhal para un encargo, y un domingo de verano que había ido con el hijo del médico a buscar a un chico de la hidroeléctrica para bajar a pescar barbos a la riera.

Los ecos de las sirenas aún se oían en la colonia, pero de golpe escuchamos un chirrido de neumáticos mucho más cerca. Fue como si un coche acabase de derrapar en la placita, o quizá incluso más cerca, al principio de la verja de la escuela. La formación perdió la marcialidad que siempre nos exigían porque todos nos volvimos a mirar hacia

la entrada del pueblo, intentando averiguar qué ocurría. Un coche pasó volando por delante del patio. Iba tan deprisa que parecía que huyera de la peste.

Rompimos filas y echamos a correr hacia la entrada. El cura intentó detener la desbandada y gritó muy enfadado:

—¡A formar! ¡Volved a la fila!

Sin dejar de correr, me di la vuelta y vi cómo se quedaba petrificado en el escalón de la entrada, colorado y congestionado, como aquel día en que salió del aula y rompió los cristales de la puerta. Nadie le hacía caso, y me alegré de ello. También vi al maestro

flaco, en la puerta de nuestra clase, que tenía la mirada perdida en las montañas. Me pareció verle temblar, pero no podría asegurarlo porque, mientras le miraba, me habían adelantado muchos chicos y tuve que correr con ganas para alcanzarlos, llegar hasta la valla y ponerme en primera fila.

Llegué allí resoplando, justo a tiempo de meter la cara entre los barrotes de hierro, en el momento en que dos motos de fabricación alemana, como la de Dani, pasaban a toda velocidad. Al poco rato, pasaron dos coches más y un camión cargado de guardias. En el mismo instante en que aparecieron

delante de la puerta, los coches hicieron sonar las sirenas; una especie de grito desgarrador que no presagiaba nada bueno y que nos dejó paralizados, con el terror reflejado en el rostro. Al final, el cura consiguió hacerse oír:

—¡A formar! ¡Os quedaréis de pie en el patio durante la hora de la comida! Y por la tarde rezaréis el rosario. Por hoy se suspenden las clases.

El maestro flaco desapareció en el interior del aula y nosotros nos dirigimos hacia el centro del patio. Caminábamos en grupos, como rebaños asustados. Cuando empezábamos a ponernos en fila para recuperar la



formación, oímos un chasquido muy fuerte. Después sonó una ráfaga. La guerra aún estaba reciente e identificamos claramente el sonido metálico de los fusiles. Nos detuvimos. Cuando volvimos a oír el chirrido de los neumáticos y el aullido de las sirenas, ya se escuchaban más lejos, más allá del desvío. Pero, en lugar de tomar la recta de los plátanos, en dirección a la casa de la carretera de los árboles, parecía que los coches iban directos al pie de la montaña.

El cura también parecía asustado, pero todavía intentaba mantener el orden y nos obligó a rehacer la formación. Yo

me movía maquinalmente, imitando lo que hacían los demás, pero no conseguía oír las instrucciones. Los tiros resonaban en mi cabeza como un martillo. Como aquel día que mi madre bajó a ayudar a los heridos de la plaza de Sant Pere y, justo después de oír el disparo, vi cómo caía hacia delante sobre el chico que un momento antes había muerto en sus brazos. Y ya no se levantó.

No sé por qué, también me acordé de Dani y de su coche negro y pensé que, si alguna vez lo perseguían, por más rápido que fueran nunca lograrían atraparlo. No había nadie como él al

volante en toda la comarca. Con el Citroën negro del taller era invencible. Estaba tan convencido que me sentí reconfortado.

Cuando salimos de la escuela, el pueblo estaba tomado por hombres llegados de fuera que gritaban e iban de un lado a otro, en medio de una gran confusión. Había guardias civiles, soldados y hombres vestidos de paisano que debían de haber venido de la capital, porque llevaban chaquetas de buen paño y gabardinas. En la esquina de la plaza con la calle de la iglesia, un hombre que

iba más elegante que los otros hablaba con Sabater. Debían de conocerse bien, porque no paraban de reírse. Supuse que era quien estaba al mando, porque unos guardias se le acercaron y acto seguido salieron a toda prisa para transmitir las órdenes a los demás, que se pusieron en marcha de inmediato. Después, se les acercó el administrador bajo y seboso de Sabater, que también les contó alguna novedad que celebraron muy satisfechos.

Al principio, los niños contemplábamos todo aquello de lejos, pero poco a poco nos fuimos acercando. Cuando llegamos a la plaza, los tipos de

los corros se callaron. Los grupos empezaron a disolverse y los hombres se retiraron para mirarnos y dejarnos pasar. Los más pequeños apuraron el paso, asustados. Sabater llamó al hijo del administrador y también al del médico:

—Ve corriendo a casa y no vuelvas a salir en toda la tarde —ordenó al hijo de su esbirro—. Tú quédate aquí con nosotros; ahora vendrá alguien de casa a buscarte —oí que decía al otro cuando pasaba. A mí me dirigió una mirada envenenada. Uno de los hombres con gabardina y otro, que era bizco y tenía un ojo de cristal, se habían acercado y

me impedían el paso.

Cuando se apartaron eché a correr en dirección a la salida del pueblo. Me detuve a coger aire y aproveché para mirar atrás. Sabater y el hombre que estaba al mando seguían mirándome. Me asusté y eché a correr de nuevo. Dejé atrás el desvío y ya no paré de correr hasta que llegué a la casa de la carretera de los árboles.

Segunda parte

El internado

# 25

En cuanto entré en el internado, vi a los de mi clase haciendo cola para recoger las cartulinas y los papeles de colores para los farolillos de la Purísima. Instintivamente busqué al chico de la mirada triste, pero no lo localicé. Mientras caminábamos por los pasillos en penumbra, fui reconociendo a



alumnos de otros cursos que me daban la bienvenida con un gesto, y me interrogaban con la mirada. A algunos de ellos no los conocía y me miraban de arriba abajo, con la curiosidad que despierta siempre la llegada de un alumno nuevo.

El prefecto de disciplina abría la comitiva. El herrero y la señora Stendhal iban detrás de él. De vez en cuando ella se daba media vuelta para mirarme. Tenía la impresión de que quería decirme algo, pero no lo hizo. Cuando llegamos al final del pasillo del quinto piso, bajamos tres escalones de piedra y entramos en la parte más

antigua del edificio, la que yo conocía mejor: el pabellón de los fámulos, los chicos que trabajábamos para pagarnos los estudios. Vi que la señora Stendhal estaba llorando. Cuando el prefecto abrió el cuarto y nos dejó, ella se detuvo un momento en el umbral de la puerta, se secó las lágrimas con la manga del vestido y me dijo con solemnidad:

—El primer dinero que gane será para pasarte al régimen de los alumnos de pago.

—A mí no me importa ser fámulo. ¡Lo que no soportaré es la nostalgia!

El siguiente recuerdo que tengo de aquella noche es del interior de la

habitación. El herrero había descargado el baúl y nos había dejado solos. Ella colocaba la ropa en los estantes y me recordaba que tenía que hacerme la cama. Volvió a llorar y cuando llegó la hora de los consejos, la escuché un poco asustado, porque normalmente era fuerte y no dejaba que nadie descubriese sus preocupaciones.

—Haz todo lo que te digan, hazle caso a los curas —empezó a decir mirándome con unos ojos que, más que ordenar, imploraban. Después insistió —: Estudia, aprovecha el tiempo y reza: por tu madre, por el abuelo, por mí, por Dani... y por Ros. Ros era una buena

persona.

Me abrazó tan fuerte que me hizo daño. Luego se fue, sin mirar atrás. Salí al balcón y esperé hasta que pude distinguir una figura pequeña que salía por la puerta del claustro y se dirigía al extremo de la explanada, hacia la furgoneta. La señora Stendhal subió, y el herrero maniobró hasta enfilear la carretera, pasando por delante del monumento a los muertos de la guerra. La furgoneta desapareció durante un segundo tras la primera curva, pero enseguida la vi reaparecer en la bajada del puente del Demonio. Después, la segunda curva de la carretera se la tragó

definitivamente y comprendí que ya no regresarían.

Me quedé quieto en el balcón, con la mirada perdida en la carretera, y empecé a llorar. Aquel 22 de noviembre de 1943 fue el primer día de mi inesperado regreso al internado y no tenía ni idea de cuánto tiempo iba a durar. Lo único que sabía era que a partir de entonces sólo me permitirían volver a casa por Navidad y Semana Santa. Y ya los echaba de menos. Pasé muchas noches en blanco en aquel balcón, mirando el cielo sereno y estrellado del invierno, cuando subía a la habitación después de recoger las

mesas y barrer el comedor de los internos y de fregar las cazuelas de la cocina. Eran noches heladas, tan claras que hubiera podido vagar por las montañas como si fuese de día. Pero también eran noches solitarias, que discurrían despacio. Imaginaba a la señora Stendhal, que a aquellas horas recogía la cocina, y la echaba tanto de menos que sentía un dolor intenso por todo el cuerpo. En el balcón aprendí a conservar como un tesoro cada imagen, cada gesto, cada palabra del tiempo vivido en la casa de la carretera de los árboles. Era mi forma de reconstruir a distancia la presencia de la señora

Stendhal y de Dani, y también de conservar algún recuerdo de mi madre y del abuelo. Aprendí a vivir con su ausencia dolorosa y a hacer del recuerdo una conquista. Y en el lugar más profundo y recóndito de mi alma empecé a almacenar los detalles de esta historia que ahora vuelve tan viva a mi memoria.

# 26

El chico de la mirada triste era de pocas palabras. Lo vi por primera vez a la hora de cenar, cuando los internos entraban en el comedor y los fámulos servíamos las mesas. Simulé que tenía que atravesar la fila para dejar la sopera en la mesa y me situé detrás de él.

—¿Cómo estás? —le pregunté.



—¡Hola! —se limitó a responder.

Pero dibujó una tímida sonrisa en los labios, vi que temblaba un poco y supe que se alegraba de verme.

Cuando llegué a la habitación acababan de apagar las luces y todo el internado estaba a oscuras. Como regalo de bienvenida, la Perra me había encargado la limpieza de las soperas que conservaban el hedor de la sémola que se había quemado esa noche y no se había podido comer. El encargado de

los fámulos me la tenía jurada. Yo tampoco podía ni verle.

Casi no había tenido tiempo de lavarme y aún no me había metido en la cama cuando pasó el cura para cerrar la puerta.

—Buenas noches nos dé Dios —dijo mosén Planas.

—Dios nos dé buenas noches —respondí sin pensar, mientras la silueta menuda del cura desaparecía tras la puerta. Me había dirigido una mirada extraña. Últimamente todos me miraban de esa forma.

La puerta se cerró y oí cómo deslizaba el pestillo. Esperé un rato y,

cuando dejaron de oírse los portazos, me levanté y coloqué el cepillo de dientes atravesado en el cerrojo para atrancar la habitación por dentro. Cogí un libro de entre la ropa y salí al balcón.

—¡Dani! —exclamé en voz baja.

¿Dónde estaba Dani? Hacía tres días que había desaparecido sin decir nada. Después, todo se había precipitado. Los hombres de Sabater habían invadido la casa de la carretera de los árboles y el administrador seboso había anunciado a la señora Stendhal que teníamos que marcharnos de allí.

—Ya te avisé —le escupió a la cara cuando recogíamos la ropa—. Siempre

te has creído mejor, pero no eres más que una puta como todas las demás.

La primera noche dormimos en el pueblo, en el piso que había sobre la ferretería, pero al día siguiente el administrador volvió acompañado de un guardia y nos hizo saber que no podíamos permanecer en el pueblo por más tiempo. Pasamos la segunda noche en la capital, en la plaza de Sant Pere, en el piso de las amigas de mi madre, que no hacían más que llorar. La tercera noche, estaba ya de vuelta en el internado.

¿Pero qué diantres estaba pasando?  
¿Y Dani? No podía irse así, sin avisar.

No le hubiera costado nada haber dicho adónde iba, como lo hacía siempre que el dueño del taller y él se ausentaban unos días para reparar máquinas en las masías más aisladas. ¿Es que no se daba cuenta de que la señora Stendhal estaría preocupada? ¿Es que no se daba cuenta de que yo estaba muerto de miedo? ¡Por el amor de Dios, Dani!

Todo aquello debía de tener alguna explicación. Quizá estaba en la capital y nos quería dar una sorpresa; quizá volvería pronto para anunciarnos que había montado un restaurante para la señora Stendhal, y que a mí me había encontrado una escuela donde todos los

profesores eran como el maestro flaco, que me había abrazado muy fuerte y parecía inquieto cuando me vino a buscar a la puerta de la escuela y se despidió de mí. La camioneta del herrero ya estaba arrancando cuando salió corriendo del aula con un libro envuelto en la mano. Se trataba de *Las decapitaciones*, el libro de un poeta que se hacía llamar Pere Quart, que era el libro que tenía ahora entre las manos mientras dirigía mi mirada más allá de las montañas, hacia algún punto lejano del cielo estrellado, en aquella noche de tramontana. La luz de la luna no era suficiente para leer, pero no la

necesitaba. En tres días había leído el libro más de veinte veces y empezaba a saberme los poemas de memoria y, sobre todo, la dedicatoria dirigida al abuelo: «A mi amigo Dídac, filósofo y luchador, que ha sabido convertir las palabras en poderosas armas al servicio de la libertad».



Me despertó mosén François cuando todos los demás aún dormían. Yo me había postulado para ayudarle en misa, como había hecho muchas otras veces dos años antes, sobre todo durante el último trimestre. Hacer de monaguillo me obligaba a levantarme a las seis, pero me libraba de la primera tarea del

día: recoger los orinales de los internos. La primera mañana tras mi regreso al internado aún no estaba preparado para aguantar el espectáculo de cuatrocientos orinales alineados junto a las puertas de las habitaciones, con los meados y la mierda de toda la noche.

—*Bonjour* —dijo mosén François asomando la cabeza por la puerta.

—*Bonjour* —respondí al cabo de un rato. Tardé un poco en darme cuenta de que volvía a estar en el internado.

Mosén François era de un pueblo de la costa y se llamaba Francesc, pero se había emperrado en enseñarme idiomas y se negaba a hablarme en ninguna otra

lengua que no fuese el francés.

—*Dépêchez-vous! Nous sommes en retard! Je vous attends en bas.*

Quería convencerme de que en la vida nada me sería tan útil como la lengua francesa.

—*Un jour tout le monde parlera en français* —aseguraba. Y yo estaba de acuerdo con él, porque el abuelo también decía que si aprendía idiomas podría huir de aquel miserable país.

Cinco minutos más tarde ya le había colocado el alba y le ayudaba a ponerse la casulla verde. Yo llevaba el alba blanca de monaguillo encima de la bata gris de fámulo. Se colocó él mismo la

estola y salimos a toda prisa de la sacristía. Descubrimos con disgusto que ya había una docena de curas diciendo misa en los altares alineados a ambos lados de la balconada que sobrevolaba la nave central de la iglesia. Tuvimos que llegar hasta la parte más apartada del presbiterio para encontrar un altar libre. Nos colocamos entre mosén Crenxa y mosén Pitu, que justo entonces empezaban sus respectivas misas. Los tres iniciaron, sin ningún pudor, una carrera para ver quién terminaba el primero: mientras mosén Crenxa abría los brazos y los dirigía hacia el techo del templo, mosén Pitu alzaba el cáliz y

mosén François se apresuraba a hacer una genuflexión. Formábamos extraños conjuntos de cura, altar y monaguillo que gesticulaban, recitaban y tocaban la campana de forma desacompasada. El guirigay era considerable y me recordaba al de los puestos de fruta y verdura que había visto en el mercado de la capital algún sábado que había ido acompañando a la señora Stendhal.

En la consagración, ya los habíamos alcanzado y cuando mosén François proclamó que podíamos irnos —«*Ite, missa est*»—, los otros dos aún iban por la comunión. Mosén François debía de ser el cura que decía las misas más

cortas de toda la provincia. Por eso lo había elegido.

—*Demain je passerai vous réveiller à la même heure* —se despidió cuando salíamos de la sacristía.

En la puerta de la iglesia me crucé con los de mi curso que entraban en la misa general. Intercambié una sonrisa con el chico de la mirada triste y corrí hacia las cocinas a coger algo para desayunar.

A aquella hora, la Perra dirigía a los fámulos que estaban recogiendo los orinales, de forma que yo aún contaba con más de media hora antes de que bajase a organizar los turnos para poner

las mesas. Durante aquella media hora yo podía recorrer el internado a mi aire y hacer lo que quisiera, sin que nadie me diese órdenes. Me sentía como en verano, cuando me quedaba solo en el huerto de la casa de la carretera de los árboles y disponía de mi tiempo con total libertad. Si me cansaba me echaba en el suelo en algún margen a cazar grillos o me perdía entre las arboledas y escuchaba como el viento mecía las hojas de los chopos y me hablaba del abuelo.

# 29

En el internado, lejos de Dani, todo resultaba previsible, aburrido. Las cosas sucedían fatalmente y yo no podía hacer nada para cambiarlas. Aquel otoño pasó muy despacio, sin incidentes dignos de mención. Recuerdo vagamente el malestar que me causaba al principio la presencia autoritaria de la Perra. Y



recuerdo con más claridad aún cómo aquel sentimiento se transformó en rabia cuando me di cuenta de que nos maltrataba con la impunidad de quien sabe que no le podrán plantar cara: entre los fámulos, las faltas de disciplina comportaban la expulsión. De aquellas semanas no podría destacar mucho más. Quizá el regusto de sangre en la garganta cuando nos peleábamos, como aquel día en que un chico gordo y de aliento apestoso, que me recordaba al hijo del administrador de Sabater, se me echó encima y me pegó en la cara. Siempre incordiaba a los más débiles de la clase y yo había salido en defensa del chico

de la mirada triste.

—¡Eres un cobarde de mierda! —le había dicho mirándolo fijamente. Tenía la esperanza de que se retirase sin necesidad de enzarzarnos en una pelea que sabía que no me estaba permitido ganar.

Al cabo de un rato, estaba tendido en el suelo, con las rodillas de mi rival presionándome los brazos abiertos en cruz, inmovilizado. Trataba de contener las lágrimas de impotencia, porque no había nada que pudiera hacer para defenderme. Ahora comprendía a Dani: nosotros éramos más, pero siempre ganaban los otros; ellos dictaban las

normas y nosotros teníamos que tragarnos la rabia. Me pegaba con las dos manos y lo tenía todo a su favor para doblegarme. Cerró el puño y me golpeó con furia un par de veces: la primera, me rompió la nariz; la segunda, me partió el labio. Veía borroso y estaba a punto de desmayarme, pero el dolor era tan intenso que en algún momento dejé de sentirlo. Noté el sabor metálico de la sangre en la boca y dejé de pensar. Entonces reaccioné como un autómatas: doblé las piernas hasta agarrarle la cabeza con ellas y apreté con fuerza con intención de ahogarle: el contraataque le cogió por sorpresa y dimos un par de

vueltas por el suelo, el uno sobre el otro. Cuando le tuve debajo de mí, usé su propia técnica para inmovilizarle.

—¿Y ahora qué, cabrón? ¿Ahora qué?

Toda la rabia acumulada se concentró en mi puño justo antes de que lo levantara para descargarlo contra su asquerosa cara. Me contuvo el grito de otro fámulo, que observaba desde lejos la pelea:

—¡No! ¡No lo hagas!

Era la advertencia prudente de un veterano dos años mayor que yo, que intuía las consecuencias que podría tener mi venganza. Miré al chico seboso,

que babeaba. Tenía los ojos fuera de las órbitas. Debía de preguntarse qué había pasado. También yo. De repente, recordé las palabras de Dani:

—Llega un momento en que ya no tienes nada que perder, ya nada puede empeorar más las cosas. Entonces eres el más fuerte.

Escupí sobre su cara, me incorporé y me alejé del escenario de la pelea. El chico de la mirada triste me siguió.

—¿Por qué no le has partido la cara?

—Sabes que no podía hacerlo.

—¿Y por qué empezaste la pelea?

—Es un hijo de puta.

—¿Y no lo rematas? No te comprendo.

—Yo tampoco me comprendo. Actúo por instinto, para comprobar si soy capaz de ganar. Cuando sé que puedo, ya no necesito vengarme.

—No comprendo que te dejes ganar. ¡No comprendo que no los mandes a la mierda! ¡No comprendo cómo aguantas sacar su porquería de las habitaciones cada mañana!

Solté una carcajada.

—El abuelo y yo íbamos a Can Xapo y le ayudábamos a limpiar la pocilga. No veo cuál es la diferencia.

En su desesperación, me provocó.

—¿No vas a rebelarte nunca? ¿No vas a luchar?

—Dani dice que el mundo se divide entre ellos y nosotros, y nosotros siempre tenemos las de perder. Tú eres uno de ellos, pero tendrías que comprenderlo porque pareces de los nuestros: las cosas no te van mucho mejor que a mí.

—Soy de los tuyos.

—Eso no se elige. Cuando naces, caes en un bando, y tú caíste en el otro.

—No me importan ni los unos ni los otros. ¡Yo seré de donde tú seas!

La Perra siempre ladraba y, si encontraba la excusa, también mordía. Alguien le contó la pelea con el chico seboso y quiso aprovechar la circunstancia. Vino a la habitación cuando ya habíamos apagado la luz. Yo estaba en el balcón con la mirada perdida en las montañas: en mi rincón ideaba historias cada vez más complicadas para justificar la ausencia de Dani. Cada noche imaginaba que lo encontraba y lo perdía un montón de veces. Aquel juego me mortificaba: lloraba cuando soñaba que Dani aparecía para desvelarme su secreto y volvía a llorar cuando despertaba del



sueño y me daba cuenta de que estaba solo en el balcón del internado.

Me había olvidado de poner el cepillo de dientes en la cerradura y la Perra entró chillando.

—Si crees que puedes tomarme el pelo, estás muy equivocado. La parte de la iglesia que has barrido esta noche está llena de serrín; ya puedes bajar ahora mismo y volver a pasar la escoba.

Esperó a que me vistiera y bajamos los dos juntos, atravesando un laberinto de pasillos y escaleras. A aquellas horas todo el mundo dormía. El colegio estaba a oscuras. La Perra iluminaba el camino con una linterna y tuve que andar deprisa

para poder seguir sus pasos. Entramos en la iglesia. Encendió una luz lateral que apenas iluminaba la estancia y nos dirigimos sin vacilar al ala izquierda de la nave, a la zona que había barrido aquella misma tarde. Se acercó al primer banco, lo apartó y señaló el suelo.

—¿Qué es esto?

El dedo de la Perra apuntaba a unos restos de serrín que habían quedado atrapados entre los relieves que dibujaban las baldosas. Antes de barrer, echábamos serrín mojado por toda la nave, para absorber mejor el polvo. Siempre quedaban restos.

—Vuelve a barrerlo. Cuando termines tu parte, repasas el suelo de toda la iglesia; quiero que se pueda comer en él. Mañana por la mañana vendré a inspeccionarlo.

Dio media vuelta y salió de la iglesia iluminándose con la linterna. La puerta se cerró dando un fuerte golpe que resonó en toda la nave. Me quedé solo, casi a oscuras. La iglesia era enorme. Había dispuestas dos hileras de bancos destinadas a los cuatrocientos alumnos del colegio y aún quedaba sitio para las familias que iban de visita los domingos. De pie cabían más de dos mil personas. Lo pudimos comprobar dos

años antes, un día de Cuaresma en que se habían congregado allí los payeses de veinticuatro parroquias para pedir el beneficio de la lluvia. El abuelo decía que estas cosas eran supercherías y que, si seguían molestándolo, Dios se enfadaría y les mandaría otro diluvio universal que anegaría todos los pueblos, los campos y las arboledas.

Terminé de mover el primer banco. El ruido rebotó contra los muros y se proyectó por toda la iglesia. Me asusté. La luz era escasa y variaba de intensidad de modo que las sombras se deslizaban de un lado a otro. Me moría de miedo.

No terminé hasta el alba. Subí a la habitación y me eché en la cama; ya no tenía tiempo de dormir. Maldije a la Perra e intenté imaginar qué hubiera hecho Dani en mi lugar. Enseguida me di cuenta de que, para enfrentarme al encargado de los fámulos, las palabras y el instinto rebelde de Dani no me servirían de nada. La Perra tenía la sartén por el mango: la amenaza de expulsión me obligaba a agachar la cabeza. Por ahora, tenía que dejar que me mordiera, y no tardó en volver a hacerlo: al día siguiente denunció la pelea al prefecto de disciplina y procuró que me impusiese un castigo de acuerdo

con el máximo rigor de las disposiciones reglamentarias que regían la vida de los fámulos.

El prefecto de disciplina me llamó a su despacho y vomitó la condena:

—Esta Navidad no podrás ir a casa, te quedarás todas las vacaciones en el internado. Ya he avisado a la señora Stendhal.

En el colegio se podía sentir la proximidad de las vacaciones. El último día del trimestre los alumnos tenían permiso para hablar en el comedor y, a la hora de desayunar, el griterío se había extendido por todo el edificio. Yo los oía desde lejos. La Perra me había enviado a limpiar los cristales de la



fachada sur del edificio, la que estaba encima del aparcamiento. Los cristales se limpiaban una vez al trimestre, coincidiendo siempre con las vacaciones. A media mañana, empezaron a llegar los autobuses que tenían que llevar a los internos a la capital. Estaban aparcados en fila en la explanada, junto a la puerta principal. Al cabo de un rato, desde un balcón del quinto piso, vi a mis compañeros salir y formar divididos por cursos. Desde allí podía apreciar el desorden de la formación, pero ningún cura dio órdenes para corregir las filas. Fueron llamando a los chicos según su destino y

empezaron a subir a los autobuses. Identifiqué a los tres hermanos Ribot, que subían al mismo autocar que hubiera tenido que llevarme a mí a casa. Fue el último vehículo en salir. Cuando lo perdí de vista, sentí como un puñetazo en el estómago, como aquel primer día que la camioneta del herrero desapareció tras la segunda curva de la carretera, camino del puente del Demonio, y supe que la señora Stendhal no regresaría.

Cuando los internos volvieron de las vacaciones de Navidad ya me había curtido. Me había vuelto insensible a los mordiscos de la Perra y del prefecto. Durante el segundo trimestre, la rutina aún se volvió más pesada. Enero se me hizo muy largo. Oscurecía muy pronto y las noches eran cada vez más tristes.

«¡Dani! Por el amor de Dios, Dani, ¿dónde estás?», me preguntaba aún cada noche en el balcón, cuando dirigía mi mirada más allá de los campos de deporte, en dirección a las montañas más altas. Después, cuando me metía en la cama, echaba de menos las cenas en la casa de la carretera de los árboles.

En la casita blanca, por la noche, cuando la señora Stendhal ponía la olla a hervir, un olor tibio invadía todas las estancias y me hacía sentir fuera de peligro. Era una sensación tan agradable como la que experimentaba cada mañana, cuando me abrazaba contra su pecho perfumado, antes de tomar el

camino de la escuela con la moto de Dani. Entonces sentía que volvía a tener una familia. Cuando me llegaba el olor de la cena, corría a pasar el brazo por el hule de flores descolorido, para limpiarlo de migas, y me sentaba a hacer los deberes bajo la atenta mirada de la señora Stendhal, que parecía feliz de tenerme en la cocina. A veces tarareaba canciones. Cuando todo estaba a punto, me hacía una seña para que recogiese las libretas y sacaba la cabeza por la puerta para llamar a Dani, que estaba escribiendo en el comedor. El abuelo ya hacía rato que estaba sentado frente a su plato a mi lado con la mirada perdida en

algún lugar distante, inalcanzable.

En la casa de la carretera de los árboles, siempre cenábamos sopa o verdura y nunca me cansaba; después de pasar la tarde corriendo arriba y abajo, me moría de hambre. La compañía de la señora Stendhal y de su familia me hacía sentir como en el piso de mi madre, y volvía a ser tan feliz como cuando ella aún estaba viva. En el internado, en cambio, sentía exactamente lo contrario: cuando bajábamos las bandejas de la cena y las íbamos colocando sobre aquellas mesas tan largas del comedor frío y mal iluminado, se me hacía un nudo en el estómago y sentía tanta

nostalgia que el dolor ya no me dejaba hasta que subíamos a la habitación. Sólo después de llorar un rato en el balcón conseguía dormirme. Los compañeros de clase también acusaban esa añoranza. Lo notaba en sus caras apesadumbradas, que no cambiaban ni cuando repartíamos las soperas o las bandejas de verdura. Se sentaban en mesas de veinticuatro plazas con un cura en cada mesa, y cenaban siempre en silencio. En el comedor de los mayores había dos hileras de seis mesas: doce mesas, doce curas y doscientos ochenta y ocho alumnos. Los pequeños comían aparte. Los curas que no eran tutores de curso,

también: tenían un menú especial y se reunían en su propio comedor, que llamaban «el cafetín». En total, pues, éramos más de cuatrocientos.

Mientras servía las bandejas, descubría las miradas que la mayoría de los alumnos dirigía a los quince o veinte chicos de las casas más ricas de la provincia, como los tres hermanos Ribot de la hidroeléctrica, que pagaban un suplemento, y dos veces por semana tenían derecho a bistec o a tortilla. A pesar de ello, tenían la misma cara de tristeza que los demás porque también añoraban a los suyos. Lo sabía porque el pequeño de los Ribot, que estaba en mi



clase, me había confesado que, cuando apagaban las luces de las habitaciones, lloraba sin consuelo toda la noche.

El suplemento no era el único privilegio de los alumnos acomodados. Cuando la cena era difícil de tragar, muchos desviaban la mirada hacia los estantes con las latas de aceite que algunos afortunados tenían para aliñar la verdura. Cuando servía las bandejas, yo también las miraba de reojo, y recordaba al señor Ros, que los jueves por la noche venía a cenar a la casita blanca. Entraba siempre por la parte de atrás, por el huerto, y, antes de entrar en la cocina, golpeaba la ventana con los

nudillos. Yo corría a abrir los postigos y él sacaba del bolsillo del abrigo una lata de aceitunas o de atún y me la ponía en la mano como un tesoro. Luego, cuando ya estábamos sentados a la mesa y la señora Stendhal nos había servido la verdura, yo le mostraba las aceitunas escondidas entre las patatas y él me guiñaba un ojo.

Nunca comprendí por qué Dani no podía ver al señor Ros. Me lo preguntaba mientras repartía las bandejas de la cena en el comedor frío y oscuro del internado, con un nudo en el estómago. Y aún seguía buscando la respuesta cuando más tarde subía a la

habitación y rezaba por mi madre, por el abuelo, por Dani, por la señora Stendhal y por aquel hombre de mirada clara que cada jueves golpeaba los postigos de la cocina de la casita de la carretera de los árboles y me regalaba latas de aceitunas o de atún

—Ros era un buen hombre, reza por él —me había dicho la señora Stendhal.

Desde que había recibido la carta, contaba los días que faltaban. En las horas de estudio, cada noche marcaba una cruz roja en el calendario que había encolado en la tapa interior del pupitre. La señora Stendhal me había escrito anunciándome que vendría de visita el segundo domingo de abril. La carta era

corta, como todas las que llegaban al internado; antes de repartirlas a los alumnos tenía que leerlas el director, de forma que nadie se alargaba contando chismes que quizá no pasasen la censura. Pero la señora Stendhal sabía cuánto echaba de menos el año y medio que había pasado en la casita de la carretera de los árboles e intentaba mantenerme al día sobre las cosas del pueblo: el hijo mayor del médico se había ido a estudiar los dos últimos trimestres a un internado de la capital; desde Navidad, el maestro flaco no había sufrido ningún ataque; un temporal de levante había traído tres días de

lluvia al pueblo y había inundado las arboledas a ambos lados de la acequia.

La carta llevaba una postdata inesperada: «P. D.: el Xapo y su familia ya no viven en Can Xapo. A principios de febrero vendieron los animales y se vinieron a la capital. Intento ayudarlos en todo lo que puedo, pero lo están pasando muy mal. No te olvides de tenerlos presentes en tus oraciones».

La señora Stendhal no podía saberlo, pero hacía días que pensaba en el Xapo. En el balcón del quinto piso del edificio antiguo del internado, cuando salía a mirar las montañas, me preguntaba cómo debía de habérselas

apañado para podar los árboles frutales aquel invierno sin la ayuda del abuelo.

Antes de la dictadura de Primo de Rivera, cuando Can Xapo pertenecía a la familia del abuelo, era una buena finca, con algunos de los mejores campos y de las mejores arboledas del pueblo, que se regaban abundantemente con el agua del canal. Pero cuando los militares encerraron al abuelo durante tres años en la cárcel, Sabater aprovechó para cambiar los mojones y se apropió de la lengua de tierra que penetraba entre sus árboles y los de Ros y llegaba hasta el canal. Cuando le robó las tierras, también le robó el derecho al

uso del agua, y los campos de Can Xapo pasaron a ser de secano. La familia del abuelo lo perdió todo y, después de la guerra, Ros aprovechó para comprarles la masía a bajo precio. El abuelo sólo conservó una pequeña arboleda, con la intención de mantenerse ligado para siempre a la tierra que le había visto nacer.

Mucho antes de la detención y de que Sabater le robase el derecho de agua, el abuelo se había trasladado a vivir a la capital para dar clases, y había hecho que le construyeran la casita blanca para tener siempre un refugio en el pueblo, cerca de los campos y de las



arboledas que amaba tanto como sus clases de filosofía. Fue entonces cuando el Xapo y su familia entraron como masoveros en Can Xapo. Nadie sabía por qué tenían el mismo nombre que la casa familiar del abuelo, pero todos daban por hecho que aquella familia de payeses debía de ser originaria, desde hacía muchas generaciones, de aquella masía. Los primeros años, los de Can Xapo se habían tenido que adaptar al secano y malvivían con lo poco que sacaban de la finca: en verano, unas pocas besanas[4] sembradas de maíz y de sorgo que, sin agua, a duras penas prosperaban; en invierno, cuatro nabos,

un poco de heno y otro poco de alfalfa para alimentar a los animales: media docena escasa de vacas, una yegua para trabajar los campos, dos puercas y animales pequeños —gallinas, patos y conejos—, que criaban la mujer y la hija. Después de la guerra, cuando Ros era el amo de la masía, el agua del canal volvió a regar la finca, pero el nuevo propietario se había reservado las mejores tierras para plantar chopos, y los masoveros tuvieron que apañárselas con la mitad de los campos.

Can Xapo era, pues, poca cosa, pero incluso en las peores épocas, la masía siempre contó con los mejores frutales

del pueblo. Cuando el abuelo aún vivía, les ayudaba a podarlos. Después, el Xapo se había tenido que espabilar para enseñar a podar a su hijo pequeño, Siset, que era un poco corto y no le entraba nada en la mollera.

—Estas ramas no las toques, que son brindillas cargadas de fruta —iba indicándole el Xapo el primer año que se quedó sin la ayuda del abuelo—. Aquellas otras ramas interiores ya se pueden podar: podrían valer para hacer estructura, pero no las necesitamos para nada.

El hijo del Xapo se reía, pero no retenía ninguna lección. Se limitaba a

cortar las ramas que le iba diciendo su padre.

—Dale la vuelta a aquella rama...

—¿Qué? —Siset ponía cara de no entender ni papa.

—Tú corta por aquí. Y ésta la partes...

Cuando terminaron con los manzanos y los perales, atacaron una hilera de olivos.

—Esta primera la tenemos que abrir; si no le da el sol, cogerá alguna enfermedad.

A mediodía ya habían terminado con los árboles del huerto y se dirigieron al margen a podar los ciruelos, que daban

unas ciruelas claudias muy dulces. El Xapo las cuidaba como si fueran sus hijos. El chico, que había ido cogiendo confianza, empezó a cortar las ramas más feas, que eran las que estaban más llenas de fruta.

—¡Me cago en los clavos de Cristo!  
—gritó el Xapo—. Pero ¿no te he enseñado que todas estas yemas son las que darán fruta?

—¡Blasfemia! —bramó una voz airada que salía de detrás del secadero de maíz.

El Xapo se dio media vuelta asustado y vio al cura, que le señalaba con el dedo y le amenazaba. No le

habían oído llegar. Estaba colorado como un pimiento. Se secó la frente con la manga de la sotana y volvió a gritar fuera de sí:

—¡Esta ofensa a Dios la pagarás muy cara!

Al día siguiente, el cura visitó a la señora Ros.

—Esta gente de Can Xapo son unos animales, blasfeman y ofenden a Dios y a la Iglesia. Tiene que echarlos.

Dos semanas más tarde, el Xapo llevó las vacas y la yegua al mercado de la capital, las vendió y dejó la masía.

El propio Siset me contó la historia un día en que le descubrí robando las

patatas grilladas que acababan de sembrar en Can Sabater. El pobre chico recordaba muy bien el día en el que su padre le enseñó a podar los ciruelos, pero no sabía si reírse cuando se acordaba de la cara colorada del cura o llorar por todo lo que le había sucedido después a su familia.

Pero todo esto ocurrió un par de años más tarde, cuando yo ya me había escapado del internado y él vagaba por las masías robando algo de comer para llevar a sus padres, que, lejos del pueblo, se estaban muriendo de pena y de hambre. Por entonces, yo no sabía más que lo que me había contado la

señora Stendhal en la carta en la que me anunciaba que el segundo domingo de abril vendría de visita al internado: los de Can Xapo habían dejado de repente la masía que había sido del abuelo e intentaban sobrevivir en la capital.

Aquella noche, cuando subí a la habitación, releí la carta de la señora Stendhal y después de rezar por ella, por mi madre, por el abuelo, por Dani y por el señor Ros, pedí a la Virgen María que también ayudase a la familia del Xapo.



En invierno, cuando el abuelo aún vivía, me había enseñado a pelar nabos en los campos del Xapo, que no hacía más que encadenar una desgracia tras otra desde la guerra, y necesitaba que le echáramos una mano. Arrancábamos los nabos uno a uno, les quitábamos el barro, pelábamos las raíces y los echábamos al

carro que conducía Siset, al que yo miraba siempre de reojo porque me acordaba del día en que Dani y el herrero habían contado que se acostaba con su hermana. Antes de empezar en un extremo del campo de nabos, el abuelo pelaba una caña del margen y me hacía un cuchillo «para niños», pero yo me las había arreglado para coger a escondidas un cuchillo de verdad: el barro no se pegaba y el trabajo se hacía más deprisa.

A principios de verano también íbamos a cavar el maíz, que gracias al agua del canal crecía tres palmos más que el del resto de los pobres payeses

de seco. Recorriamos una a una las hileras de matas de maíz: el abuelo y el Xapo con el azadón y yo con la azada. Siempre con la mirada puesta en el final de la hilera, allí donde el campo se confundía con las primeras sombras del bosque. En el margen, guardábamos los cántaros, las botas de vino, el pan y el tocino. Me gustaba ver cómo los hombres apoyaban el pan sobre el pecho, le hacían una cruz y lo rebanaban, y cómo después cortaban un trozo grueso de tocino y con el cuchillo se lo acercaban a la boca. Después, cogían la bota y echaban un trago. A veces, el abuelo llevaba una bota de

vino bautizado con agua para mí, pero si se le olvidaba, tenía que conformarme con beber el agua fresca de los cántaros de las mujeres.

Pero lo que más echaba de menos desde el balcón del internado eran las noches de septiembre, cuando el Xapo ya tenía todas las mazorcas en la era y necesitaba manos para desenvainarlas. Íbamos toda la familia y también venían algunos hombres del pueblo. Nos colocábamos en círculo, y mientras las desmochábamos, los hombres nos enseñaban palabrotas y las mujeres ponían el grito en el cielo. A veces, los niños descansábamos un rato y

jugábamos al escondite. Al abuelo le gustaba esconderme dentro del cuévano, y cuando volvía de vaciar las mazorcas en el secadero, yo me acercaba al corro y me salvaba. Así ocurrió aquella noche en que dejó el cesto en el suelo, junto a las mazorcas, pero cuando yo estaba a punto de salir, vi que se acercaba uno de los hombres que había venido a ayudar al Xapo.

—La Guardia Civil ha matado a uno en los campos de más arriba de Can Sabater —le dijo al abuelo, en voz baja.

Los dos hombres cruzaron su mirada con la de Dani que, por toda respuesta, se encogió de hombros y desapareció.

Entonces yo corrí y me salvé. Me acuerdo muy bien de eso porque, en aquella época, ellos dos cada vez se dirigían menos la palabra y yo empecé a preguntarme por qué a Dani no parecían importarle aquellas desgracias que tanto preocupaban al abuelo.

Hacía dos veranos de aquello, cuando ya se podía intuir que Dani tenía algo metido entre ceja y ceja, pero aún era pronto para sospechar que acabaría yéndose del pueblo sin avisar.

Ahora, en el balcón del internado, las noches de marzo eran mucho más frías. Dani y el abuelo ya no estaban, y no les podía preguntar qué les pasaba. Y

yo tampoco sabía qué me sucedía a mí, pero empezaba a sentir que no podía dejar pasar mucho tiempo sin plantarle cara. Sobre todo después de la nueva amenaza del prefecto:

—Cuando llegue el momento descubrirás qué castigo he decidido imponerte por haber reincidido en una falta grave.

Por «falta grave» entendía haber hablado en la fila cuando íbamos de un aula a otra entre clase y clase, una transgresión muy frecuente, que normalmente sólo implicaba una llamada de atención.

Me pasé media misa mirando hacia atrás. Cada vez que la puerta de la iglesia chirriaba, me daba media vuelta esperando reconocer el rostro familiar de la señora Stendhal. Nada más terminar de cantar el *Sanctus*, la puerta se abrió con un gran estruendo y entonces la vi entrar con la mantilla



negra en la cabeza y una sonrisa en la cara. Venía acompañada de una chica de trenzas largas y pelirrojas, que le caían sobre el pecho. El corazón me dio un brinco y me desentendí definitivamente de la misa.

No había visto a Raquel desde aquel domingo de septiembre en que habíamos ido con Dani a la poza. Recordaba bien aquel día porque no pude dejar de mirarla: cuando, camino del pueblo, rompía los botones de amapola aún tenía el pelo mojado y cuando aparecía una flor roja, los pechos se le marcaban bajo la ropa empapada, al ritmo de su respiración acelerada; se había atado la

blusa con un nudo sobre el vientre, y no paraba de reír. Ahora, en la iglesia del internado, parecía más serena: llevaba mantilla, las trenzas pelirrojas le colgaban sobre un abrigo tres cuartos y su mirada parecía tan clara como la de la señora Stendhal.

La misa se me hizo eterna, y después aún tuvimos que cantar el *Virolai*[\[5\]](#) y los gozos. Con el último verso, salí disparado hacia la parte de atrás de la iglesia. Vi que la señora Stendhal levantaba la cabeza buscando un camino entre el gentío de familiares, y me dirigía un ademán discreto, para llamar mi atención.

Cuando estuve cerca de ella, ensanchó la sonrisa, parecía estar muy contenta de verme. Miré un instante a Raquel, que también sonreía, y sentí aquella especie de corriente eléctrica que me subía por la columna vertebral y me dejaba sin fuerzas.

Di un último paso para acercarme a ellas y, cuando iba a levantar los brazos para abrazar a la señora Stendhal, sentí la mano del prefecto que caía sobre mi hombro.

—Hoy no podrá ir con ustedes. Está castigado —comunicó secamente a la señora Stendhal, al mismo tiempo que se interponía entre nosotros para impedir

que nos abrazásemos.

La señora Stendhal hizo una mueca de disgusto, pero no dijo nada. Raquel parecía asustada por el tono agrio del cura. Cuando vi que me miraba, decepcionada, sentí aquel dolor tan punzante que me encogía el estómago siempre que tenía que hacer esfuerzos para no llorar. Desvié la mirada hacia el suelo, avergonzado, y eché a correr hacia el interior del colegio.

Escondido tras el balcón, vi que subían a la camioneta. Antes de cerrar la puerta, la señora Stendhal miró hacia arriba y, aunque no podía verme, hizo un gesto de despedida con la mano. Sentí

que una lágrima se deslizaba por mi mejilla y cerré el puño con rabia: ahora sabía que la Perra y el prefecto no dejarían nunca de perseguirme. De la misma forma que Ros y Sabater habían perseguido al abuelo. De la misma forma en que los amos del pueblo intentaban complicarle la vida a Dani.

—¿Te gusta la chica de las trenzas pelirrojas? —me preguntó el chico de la mirada triste.

—¡No digas tonterías, es la novia de Dani!

Estaba en el pasillo de las aulas. A aquella hora, los que no habían salido al

bosque para comer con sus padres, estaban en los campos de deporte. Jugamos un partido a tres goles con una pequeña pelota de goma al final de una de las clases. El que perdiese tenía que coger el sexo del otro y acariciarlo hasta hacerle sentir aquel calor tan agradable. Cuando gané, el chico de la mirada triste me puso la mano en la entrepierna, apretó bien fuerte e insistió:

—Sí que te gusta.

—No...

—Y entonces ¿a qué viene esto? — preguntó desviando los ojos hacia mi sexo, que se había agrandado y estaba a punto de estallar.

—Nada, déjalo —contesté mientras le hacía lo mismo.

Me reí, y entonces vi una chispa de luz en su mirada triste.

Más tarde, cuando estábamos sentados contra la pared del aula, se puso muy serio y sentenció:

—Me gustaría estar con una chica como la novia de Dani. ¿Y a ti?

Recordé el pecho que se insinuaba tras la blusa empapada de Raquel y sus cabellos mojados que se pegaban al cuello y a los hombros. Imaginé que tenía una hermana y deseé que el tiempo pasase volando para hacerme mayor y más fuerte y que Raquel y su hermana

imaginaria olvidasen el castigo del prefecto y me mirasen con admiración. Quizá Dani nos diría que fuésemos todos juntos a la poza y al volver al pueblo rasgaríamos botones de amapola.

—¡Más que nada en el mundo! — respondí al cabo de un rato. El chico de la mirada triste vio que mi sexo se volvía a excitar.



A partir de aquel día me limité a seguir la corriente y a hacerme invisible, como el abuelo cuando venían los hombres a la casa de la carretera de los árboles. Cada vez tachaba con más rabia el calendario del pupitre con las cruces rojas que señalaban el paso de los días. Así sobreviví lo que quedaba de aquel

curso y de las vacaciones de verano, que pasé en el internado sirviendo a los curas sin familia y a los seminaristas que pasaban un tiempo allí. Y también los primeros meses del siguiente curso. En otoño, ya me había convertido en todo un experto en el arte de pasar desapercibido. A mediados de noviembre comenzó un invierno horrible, que llegaba antes de hora. Para Navidad, Tià —el chico de la mirada triste— y su hermano Josep recibieron la noticia de que a final de curso abandonarían el internado y viajarían a Canadá para reunirse con su padre, que se había establecido como arquitecto en

ese país. En febrero cumplí catorce años; siempre había soñado con llegar a aquella edad en la que todos empiezan a tratarte como a una persona mayor, pero en el internado hicieron caso omiso de mi cumpleaños y sentí una gran decepción. Entonces, justo después de Semana Santa, el tiempo cambió de golpe: los días se volvieron más largos, el buen tiempo me devolvió el buen humor y supe que se acercaba la hora.

En mayo recuperé la costumbre de adentrarme en el sendero del bosque hasta que dejaba de oír el griterío de los chicos que jugaban en los campos de deporte. Cuando llegaba a la curva del

camino, caminaba adelante y atrás para comprobar cómo los gritos iban y venían, según mi posición: los oía, no los oía. Podía pasarme horas y horas practicando aquel juego. Como cuando Dani me regaló una caracola: si me la ponía en la oreja, oía el rumor del mar, como si todo el océano estuviese contenido dentro de aquel caparazón; después, si la alejaba un poco, el rumor cesaba. En el sendero del bosque pasaba lo mismo: una vez superaba la curva, las voces de los compañeros de clase se apagaban del todo. Justo en aquel instante, sentía que cruzaba al otro lado, como aquellos días en que me habían

expulsado de clase, en la escuela del pueblo, y desde el pasillo oía a los compañeros recitando los nombres de los ríos y de las ciudades de Europa, dirigidos por el maestro flaco. Tan sólo habían pasado dos años, pero entonces ya no tenía miedo; me gustaba sentirme en el otro lado. Y empecé a pensar en la recta de la carretera de los árboles y en que nunca había llegado más allá de la poza, allí donde la carretera se encaramaba entre bosques de robles y encinas y se perdía camino de la montaña.

El día que por fin me decidí a cruzar el límite que marcaba la curva del camino para ir más allá, al otro lado del bosque, todo resultó ser más sencillo de lo que pensaba. Me desperté con decisión, pero evité caer en un exceso de entusiasmo, por miedo a delatarme. La noche anterior había avisado a mosén François

de que no podría ayudarlo en misa y no me levanté hasta que tocaron la campana en el módulo de los fámulos; me lavé, me vestí, hice la cama y bajé a rezar el rosario con los demás, dando vueltas a la sala del Sagrado Corazón. Cuando los alumnos bajaron a la iglesia, nosotros subimos a recoger los orinales. Fui directamente a los dormitorios del quinto piso, los de mis compañeros de curso, y recogí los bacines de dos en dos. Vaciaba los orines en el váter, pasaba los recipientes por agua y los volvía a dejar bien alineados al lado de las puertas. La mierda la iba poniendo aparte. Cuando acabé toda la planta,

tenía dos orinales llenos. Me escondí en los lavabos y, cuando la Perra bajó a organizar los desayunos, salí con uno en cada mano. Los internos todavía no habían vuelto de la iglesia y no había nadie en los pasillos. Era el momento que esperaba para dirigirme al edificio antiguo, bajar los escalones que separaban los dos módulos, entrar en el pasillo de los fámulos e ir directamente a la habitación de la Perra. Aquel bastardo no era capaz ni de hacerse la cama: se había limitado a estirar la ropa de cualquier manera. Aparté las sábanas y vacié sobre ellas los orinales llenos de mierda. Después volví a estirar las



sábanas, coloqué la manta y la colcha, hasta que quedó todo tapado, y salí de allí.

Volví a mi habitación. Necesitaba echar una última ojeada. Era un lunes o un martes de finales de abril de 1945, ya que sólo habían pasado dos semanas desde la visita de la señora Stendhal y de Raquel. En el estante de los libros aún estaba el bote lleno de espárragos que había recogido camino del bosque; por culpa del castigo no se los había podido dar. El agua se había ido pudriendo con el paso de los días. Al lado había un bote con la tapa agujereada que contenía un grillo que

había atrapado en un margen del campo de fútbol. Sentía que tenía que liberarlo y cuando salí a contemplar las montañas por última vez lo saqué al balcón. Me senté en el suelo y se me hizo raro: allí había sentido más nostalgia que en ningún otro lugar, pero empezaba a pensar que, a partir de ese momento, una vez fuera del colegio, echaría de menos aquel rincón que había sido tan mío. Cuando iba a liberar al grillo, me di cuenta de que estaba muerto. Lancé el bote con furia hacia la explanada, y acabó estrellándose contra un árbol y rompiéndose en mil pedazos. Entré de nuevo en la habitación, cogí el libro de

poemas dedicado al abuelo, eché un último vistazo y salí sin cerrar la puerta.

Bajaba la escalera corriendo cuando los de mi clase regresaban de misa y tuve que pegarme contra la pared para dejar pasar a la fila. Desde el primer escalón, el chico de la mirada triste se volvió, sus ojos reflejaban su desamparo como nunca antes. Sentí la tentación de volver a subir la escalera y desestimar la fuga. Pero no me moví. Cuando terminaron de pasar estuve aún un rato apoyado contra la pared. Después eché a correr y ya no paré hasta que estuve muy lejos. Más allá de la curva del camino. A mil kilómetros de

distancia.

La señora Stendhal ponía mala cara y maldecía. Nunca antes la había visto tan enfadada. Pero de repente me abrazó y, cuando sentí aquel perfume tan dulce, supe que me perdonaba. Pensé en Raquel: ahora le demostraría que no tenía que avergonzarse; cuando volviese Dani, iríamos los domingos a tomar el

vermut a Can Xifra y en verano nos iríamos a bañar y romperíamos botones de amapola en el camino a la poza. Y quizá yo también tendría una novia con largas trenzas.

—¿Monja, fraile o titiritaile? —le preguntaría.

—Fraile —respondería ella. Y con las manos se echaría las trenzas hacia atrás.

La señora Stendhal me puso el plato en la mesa y se sentó a mirar cómo desayunaba. Bebí vino, igual que hacía Dani cuando desayunaba con nosotros. Después le pedí un tazón de leche caliente, como solía hacer siempre antes

de ir a la escuela. Me juré que, cuando ganase lo suficiente en el taller, en el puesto que había dejado Dani, volvería a buscarla y le montaría un restaurante, y yo, quizá, retomaría las clases.

Me bebí la leche de pie, mientras me ajustaba a los hombros la bolsa que me había preparado para el viaje. Abracé muy fuerte a la señora Stendhal y aspiré por última vez su perfume, para recordarla cuando estuviese lejos. Pensé que antes de irme le tenía que decir cuánto la quería. Le di un beso en la mejilla y le dije:

—¡Estaré bien, madre!

Y salí sin volverme.

En cuanto entré descubrí el montón de chatarra al fondo del taller. Me acerqué y vi que había agujeros de bala que cubrían toda la carrocería del coche, sobre todo en la puerta del conductor: lo habían tiroteado por todas partes. Di una vuelta alrededor y distinguí un pequeño objeto que sobresalía entre la chatarra.



Cuando tiré de él, tuve que poner la mano en la pared para sostenerme: era un jaguar de color plateado. Levanté los ojos hacia el dueño del taller, que me dirigió un gesto afirmativo y desvió la mirada.

—Te agradezco la oferta de corazón, pero creo que ya no podría quedarme — le dije.

Había ido a ocupar el lugar de Dani en el taller, pero aquello lo cambiaba todo. Me guardé el jaguar plateado en el bolsillo y nos dimos la mano. Cuando salía, vi al maestro flaco que estaba esperándome.

—Fue el día que mataron a Ros, el

día que pasaron las motos tocando las sirenas, cuando estabais en formación en el patio —dijo con una voz fina y temblorosa, mientras señalaba el montón de chatarra—. Conducía muy rápido y les dejó atrás, pero cuando llegó al final de la recta de los plátanos, a la altura de la poza, le estaban esperando. Alguien le había delatado.

—¡Hijo de puta! ¿Quién fue? ¿Cómo pasó?

—No lo sabemos. Cuando se estrelló contra los árboles aún estaba vivo. En cuanto intentó salir, lo rodearon y lo frieron a tiros. Se cebaron con él.

Pensé en el grillo muerto que tenía

en el bote de cristal. Así imaginé los últimos instantes de Dani en la curva de la poza. Abracé al maestro flaco y salí del taller.

Llegué hasta la esquina de la plaza y vi que Raquel estaba hablando con un hombre en la puerta de la panadería. Cuando me acercaba, lo identifiqué: era el hijo mayor de Sabater. Le habían puesto el nombre de Tomàs en memoria de su abuelo, al que los milicianos habían fusilado durante los primeros días de la guerra. Le cogía la mano, y ella la retiraba, pero se reía. Sentí aquel dolor que me cortaba la respiración. Cuando me vio puso cara de sorpresa y

bajó la mirada. Aceleré la marcha y pasé de largo, sin entrar en la plaza.

Caminaba rápido y al cabo de diez minutos ya estaba en el cruce de la carretera de los árboles. Me detuve a coger aire. Miré detrás de mí, hacia las escuelas, y vi a las mujeres que subían del lavadero por los bancales de los huertos. Al otro lado, los campos de Can Xapo verdeaban, bien regados por el agua de la acequia, y supuse que la viuda de Ros había contratado a nuevos masoveros. Busqué la casita blanca, al pie de la carretera, pero las hojas de los plátanos habían brotado con fuerza y no me dejaban verla.

Recordé al abuelo, colgado del cerezo. Y a la señora Stendhal cuando se secaba con la manga del vestido de flores la sangre de la nariz el día en que el administrador de Sabater le dio la paliza. Y también imaginé a Dani, atrapado en el coche mientras le freían a tiros. No sabía siquiera dónde le habían enterrado; quizá con el abuelo, en aquel campo junto al cementerio. Miré hacia el otro lado, al final de la recta de los plátanos, más allá de la poza, allí donde la carretera se encaramaba entre bosques de robles y encinas y se perdía camino de la montaña. Y me puse en marcha.

Tercera parte

Las montañas

# 40

En la partida nunca éramos los mismos. Los hombres iban y venían, y a veces pasaban al otro lado de la frontera o se acercaban a los pueblos y tardaban semanas en volver a las montañas. Echaban de menos a su familia, su tierra y su pasado. Y sólo hablaban de la guerra. Muchos habían estado en el

frente, y después habían combatido en la defensa de la capital durante los días previos a la retirada; otros habían luchado siempre en la retaguardia, al lado de Stendhal y del abuelo, y sus nombres a menudo aparecían en sus relatos. Y, de vez en cuando, también me hablaban de la muerte trágica de una mujer muy guapa, de ojos negros y cabello moreno, que habían matado en la plaza de Sant Pere, el último día de la guerra.

Por aquel entonces, nadie sabía a ciencia cierta cómo nos iban las cosas. En los dos últimos años, desde que me había unido a los maquis, no habíamos



conseguido ningún éxito militar, pero tampoco habíamos cedido en el control de las montañas. Hacíamos incursiones muy rápidas y cambiábamos continuamente de táctica, intentando evitar así los enfrentamientos directos con los guardias y los soldados, que nos habían costado muchas bajas. Nos pasábamos los días yendo de un lado a otro, siempre alerta, siempre cambiando de escondite. La lucha por la supervivencia nos mantenía ocupados, y el tiempo pasaba deprisa: al principio, los días; después, los meses; finalmente, dos años que parecían una eternidad.

En el verano de 1947 retrocedimos hacia el interior de las montañas, cerca de la frontera. Concentrábamos fuerzas para desencadenar una ofensiva a gran escala; había rumores de que preparábamos un asalto simultáneo a dos cuarteles o quizá una invasión temporal de algunos valles. A finales de septiembre llegaron los hombres que venían de Francia, antiguos combatientes de la ofensiva fracasada del 44. Iban bien equipados, con abrigo militares y armas modernas, y parecían más disciplinados que nosotros. Se les notaban aún los años pasados en la

Resistencia, combatiendo contra la ocupación nazi y los gendarmes. Por la noche, nos reuníamos alrededor de la hoguera y escuchábamos sus relatos de guerra: no habían dejado de combatir ni un solo día entre la insurrección fascista del 18 de julio de 1936 y la rendición de Alemania, en la primavera de 1945. Acabada la guerra, no se habían resignado a la vida de exiliados y hacía dos años que iban y venían de un lado al otro de la frontera.

El primero de octubre llegó la partida del Comisario; era el comandante guerrillero más respetado de las montañas, una leyenda para todos

los combatientes republicanos de esta parte de la península, desde el Vall d'Aran hasta la sierra de la Albera. Era un antiguo capitán de la Resistencia francesa, condecorado por el general Leclerc en persona al final de la guerra mundial; antes, durante la guerra española, había sido comisario de la policía de la República en la capital. Nadie tenía tanta experiencia como el Comisario. Cuando entró en el campamento con sus hombres, la euforia se apoderó de todos nosotros.

Pasé toda la tarde sentado frente a la hoguera sin quitarle la vista de encima. Primero se encerró en la tienda de

campana para conferenciar con los otros «franceses», que habían ido llegando por tandas antes que él. Después, saludó uno a uno a nuestros hombres y se interesó por sus familias y por las cosas del pueblo. Hacia el atardecer, se acercó a la hoguera y me cogió por sorpresa.

—¿Tú eres el Niño, el chiquillo que adoptaron los Stendhal? —me preguntó. Y lamió un cigarrillo que acababa de liar.

No esperó a la respuesta. Yo tenía diecisiete años, y era con mucho el más joven del campamento, de manera que no había confusión posible. Se sentó y

soltó en voz muy alta para que los demás le oyesen:

—Sólo con que seas la mitad de valiente que Dani y tengas la mitad de corazón que el abuelo Dídac, tendrás todo mi respeto.

En el campamento todos me llamaban «el Niño» y me hablaban como si fuese hermano de Dani y nieto del abuelo Dídac. El nexa familiar me halagaba y me aseguraba el respeto de los combatientes. Era como en la escuela del pueblo, cuando Dani me acompañaba con la moto.

Estreché mi mano con la del Comisario y le dediqué una sonrisa de

bienvenida.

—El abuelo Dídac me dio clases de filosofía en el instituto —comentó—. Era un hombre extraño. En aquella época, en la capital, todos decían que era un hombre de libros, que odiaba las armas. En la montaña, en cambio, se transformó. Después de la guerra, si había que disparar, no se lo pensaba dos veces. Un día que huíamos de los colaboracionistas franceses se rezagó, quedándose completamente solo en la entrada de un desfiladero: retuvo más de dos horas a los perseguidores, abatió a dos gendarmes y nos salvó la vida.

Me resultaba difícil imaginar al abuelo empuñando un fusil. Él nunca hablaba de la guerra, ni siquiera cuando estábamos solos en la arboleda. Me incorporé, pero no interrumpí al Comisario, que acababa de apoyar la espalda en su saco y parecía deseoso de hablar.

—Antes de la guerra, tu abuelo era el más entusiasta de todos nosotros: estaba convencido de que íbamos a vivir una nueva era. De repente, de la noche a la mañana, se desencantó por completo. Seguía confiando en la humanidad, pero había dejado de creer en los hombres. Recelaba tanto de los nuestros como de



los otros. Aquellos primeros días de la guerra le hicieron cambiar.

Los hombres de nuestra partida y algunos de los que habían venido de Francia se habían ido acercando a la hoguera con ganas de escuchar al Comisario. El comandante había vivido la retaguardia republicana desde una primera fila privilegiada y guardaba los recuerdos tan frescos como si la guerra

no hubiese terminado...

Aquel penúltimo día de julio de 1936 empezó muy mal. En la plaza del mercado a alguien se le disparó un arma y un grupo de milicianos, asustados por las carreras que siguieron, empezaron a descargar sus fusiles sin saber siquiera contra quién disparaban. Al cabo de un rato, el tiroteo ya se había extendido por toda la capital, y la cara de pánico de los soldados más jóvenes no ayudaba a serenar los ánimos.

El incidente se alargó más de media hora y acabó de aterrorizar a

los ciudadanos, que hacía días que vivían en estado de alerta por las derrapadas de los coches, que circulaban sin control y a gran velocidad. Conductores inexpertos frenaban repentinamente y patinaban haciendo chirriar los neumáticos y crispando los nervios de todo el mundo. Los choques eran constantes. Los coches estrellados y abandonados en los cruces más peligrosos empezaron a multiplicarse. Todos los automóviles privados, incluidos los que esperaban comprador en los garajes, habían sido confiscados, y los

milicianos los habían pintado con las siglas de las organizaciones principales; las había con todas las letras del abecedario.

De noche, los nervios daban paso a la angustia: si un coche se detenía ante un portal era señal de que iban a buscar a alguien para conducirlo a la prisión o para «darle el paseo», lejos de miradas indiscretas. Una vez en las afueras, los fusilaban y abandonaban los cadáveres en las cunetas. Como consecuencia de la proliferación de «paseillos», los ciudadanos angustiados bautizaron a los automóviles de los milicianos

como los coches de la muerte.

Entonces, la radio acabó de complicarlo todo. El delegado del Gobierno leyó una proclama que llamaba a la movilización: «En el día de hoy, las fuerzas insurrectas han intentado desembarcar en la costa, pero nuestros cañones y nuestra gloriosa aviación se lo han impedido. No existe motivo de nerviosismo, pero más que nunca hemos de estar alerta y vigilar a los emboscados. Los enemigos de la retaguardia son ahora el verdadero peligro».

El señor Stendhal se levantó y

apagó la radio. Justo en aquel momento el abuelo Dídac entró y colgó el fusil detrás de la puerta. De la calle subía el ruido desquiciante de las derrapadas de los coches, que a aquella hora volvían a circular a gran velocidad.

—Ya estamos, ya han empezado la cacería de quintacolumnistas... — murmuró.

Desde que había empezado la guerra, Dídac desconfiaba del entusiasmo revolucionario de la retaguardia. Pocas horas después de la insurrección, cuando los suyos abrieron las cárceles y armaron a las

milicias populares, lo tuvo muy claro:

—Somos más y tenemos razón, pero si nos juntamos con los facinerosos y no sabemos restablecer el orden, estamos perdidos.

Su yerno, Stendhal, no acababa de estar de acuerdo con él.

—Los fascistas son poderosos; es necesario que unamos esfuerzos.

—¿Con criminales?

—Escuchad... —Annie interrumpió la disputa y pidió atención.

Un repique desordenado de



campanas subía por el lado del convento de las Adoratrices. Al cabo de un momento, se oyó un repique más cercano, quizá del Mercadal, y enseguida se añadieron campanas más lejanas, que venían de las Bernardas y del Sagrado Corazón. Sonaban cada vez con más urgencia: primero como un lamento inquieto; luego, como un grito desesperado.

Subieron precipitadamente a la azotea. Dani, que entonces sólo debía de tener doce o trece años, se había despertado y se había sumado al grupo. En la escalera se

encontraron con la Rossa, que salía del segundo piso con el niño dormido en brazos. Stendhal se echó el niño a la espalda; tenía cinco años y pesaba como un muerto. En la azotea ya estaban las chicas del cuarto piso, apoyadas en la baranda y mirando hacia la ciudad. Con el brazo, señalaban las lenguas de fuego que ardían en el barrio antiguo. De vez en cuando se oía un disparo y las ruedas de un coche que derrapaba. Todas las iglesias y los conventos se habían sumado al repique de campanas que pedían auxilio. Al oír el ruido de los

motores en el puente de la Devesa corrieron hacia el otro extremo de la azotea: dos columnas de camiones militares, cargados de soldados fuertemente armados, abandonaban las posiciones en aquel sector de la capital y se retiraban hacia los cuarteles. La noche quedaba en manos de los incontrolados. Las campanas seguían implorando ayuda, pero nadie se movilizó al rescate de las monjas y de los curas. Las chicas del cuarto piso, que eran devotas de la capilla de la Virgen de Montserrat del Mercadal, habían empezado a llorar. Fue entonces cuando el

abuelo Dídac volvió a sentenciar:

—Esta guerra acaba de empezar y ya la hemos perdido.

A las siete de la mañana bajaron a la calle. Stendhal estaba inquieto por lo que hubiese podido pasar aquella noche en la prisión: había prometido a los Sabater que velaría por el viejo terrateniente, que había sido detenido en el pueblo el día después de la insurrección. Nunca había podido soportar a aquel maldito propietario que se creía Dios todopoderoso, con derecho a decidir sobre la vida y la muerte de los payeses y que había arruinado al

abuelo Dídac al robarle el trozo de tierra que le daba derecho al agua del canal, pero tampoco creía en la venganza popular, y había dado su palabra a su mujer y a sus hijos de que haría todo lo posible para protegerlo. Hasta aquel día había podido salvarlo de los paseillos. Pero en aquel momento las cosas se estaban complicando.

Salió acompañado del abuelo Dídac, que no renunciaba a hacer entrar en razón a los milicianos más violentos. A aquella hora, la capital estaba desierta. Muchos vecinos habían pasado la noche despiertos,

escondidos en las azoteas o detrás de las ventanas, y aún no habían podido digerir el pánico. Decidieron dirigirse hacia la otra parte del río, para ver el resultado de las acciones que habían estado siguiendo desde lo alto. A medida que se iban adentrando en las calles del centro, fueron confirmando los peores augurios: los incontrolados habían intentado prender fuego a todos los edificios religiosos. A las puertas del Mercadal toparon con un primer grupo de incendiarios: por una ventana de la sacristía vomitaban cálices, custodias y otros objetos de

culto; por la puerta principal sacaban las tallas, los cuadros, el armonio, la biblioteca y las partituras, que fueron a parar a una pila preparada para arder, en mitad de la calle.

El abuelo Dídac enrojeció de rabia e intentó detenerlos.

—Pero ¿qué hacéis? Todo esto es patrimonio de la ciudad. ¡Con estos instrumentos nuestros hijos han aprendido música! ¡Con estas imágenes nos han bautizado, nos hemos casado y hemos despedido a nuestros muertos! ¡No hace falta creer en Dios para respetar la

historia!

—¡Apartad de ahí a ese viejo o echadlo a la hoguera! —gritó un hombre corpulento que parecía dirigir la partida.

Debía de haber venido de fuera, porque no lo habían visto nunca. A diferencia del abuelo Dídac, que vestía de civil, Stendhal iba uniformado, y se interpuso entre su suegro y los milicianos. Antes de hablar, dejó caer la mano derecha de manera ostensible sobre su cartuchera.

—¡No os atreveréis a poner la mano encima a un hombre que ha



estado en todas las cárceles de la provincia!

El gesto decidido de Stendhal desconcertó a los hombres, que ya se disponían a agarrar al abuelo. Dídac no estaba dispuesto a callar y lo aprovechó para poner a los vecinos en contra de los asaltantes:

—¡Venga, muy bien, pegad fuego a los santos que hemos pagado con nuestro dinero! Con un poco de suerte las llamas alcanzarán las casas y quemaréis el barrio entero.

Una mujer se alarmó.

—Tiene razón. ¡La pira está muy cerca de las casas!

La revuelta vecinal en contra de la hoguera resultó imparable. Los milicianos se olvidaron del fuego, se repartieron algunos objetos de valor y empezaron a retirarse. El botín sobrante, todo aquello que no les interesó, fue a parar al cementerio de los santos, un solar habilitado para que los ciudadanos depositasen las imágenes religiosas que tenían en sus casas. Sólo una pequeña parte fue conducida hasta el río, en procesión, y arrojada a las aguas, que ya llevaban muebles de las casas más acomodadas, que aquella noche habían sido asaltadas.

También flotaban sofás de los centros sociales de los señores; santos de Olot robados de las parroquias y un Sagrado Corazón gigante, que procedía de la primera iglesia que habían quemado la noche anterior. Sin embargo, lo que más llamaba la atención eran los pianos de la tienda de un republicano acérrimo, que habían ido a parar al río por equivocación. El jefe de los asaltantes se disculpaba ante aquel pobre hombre, que no sabía si mandarlo a la mierda o ir a buscar una pistola y descerrajarle un tiro en la cara.

En la Rambla, Stendhal y el abuelo sufrieron otro contratiempo: un pelotón se llevaba detenido a un cura. Justo cuando llegaban, salía el clérigo por la puerta entre los improperios exaltados de los miembros de una familia nueva en el barrio, que saludaban la detención con el puño en alto. Desde el balcón, la madre del cura montó un escándalo tan grande que despertó a los vecinos; muchos se asomaron a las ventanas y empezaron a gritar hasta conseguir echar a los asaltantes. Cuando los incontrolados se retiraban, se cruzaron con un

vehículo cargado de muebles. Un miliciano con cara de niño viajaba en la caja del camión, sentado en un sillón de orejas que había colocado encima de los somieres y las cómodas robadas en un colegio de monjas. Repantigado en el sillón, el muchacho se reía y saludaba a los transeúntes, como un reyecito. Parecía muy satisfecho.

—¡Lo que más les gusta son los sillones de orejas! —exclamó el abuelo Dídac, alzando los brazos hacia el cielo, como si implorase un poco de misericordia.

Al principio de la guerra,

Stendhal y el abuelo Dídac no salían de su asombro ante la capacidad de los milicianos para enamorarse de las cosas más peregrinas. Durante los primeros días los incontrolados habían campado a sus anchas asaltando fábricas, sedes sociales y casas particulares. Mientras sus familias se morían de hambre, ellos se limitaban a robar cortinas, alfombras, candelabros y trajes de boda y de primera comunión.

Pasadas dos semanas, los cabecillas habían decidido distribuir las casas más confortables entre las distintas organizaciones

revolucionarias y habían prohibido el pillaje. Los mejores locales de la capital estaban ocupados: la Casa de la Familia en la calle Pau Casals; la Cámara de la Propiedad en la calle Ciutadans; la sede de Acción Católica en la casa Carles, cerca del Ayuntamiento; el Club en la Rambla; el Centre Cultural en la calle de la Força; el Centre Moral de la plaza de Sant Agustí; el local de la Lliga en la Cort Reial, y también el Ateneo Social. Y muchas casas particulares, como la casa del marqués de Camps en la calle de la Albareda; el piso de Ros, el propietario forestal, y el

caserón de los Ribot de la hidroeléctrica, los dos en la entrada del barrio antiguo.

A pesar de haber prohibido el pillaje, de vez en cuando se veía circular algún camión cargado de colchones o de muebles, que nadie sabía adónde iba.

—Realmente, los sillones de orejas les vuelven locos —aceptó con resignación Stendhal, que aún intentaba comprender a los milicianos—. ¡Pijoan mataría por un buen sillón de orejas! Ha mandado que le llevaran uno a la casa que ha ocupado en la Rambla; otro, al



despacho del sindicato, y ayer instaló el tercero en la sala de guardia de la prisión.

Acababan de dar las nueve cuando llegaron al seminario de la capital, habilitado como cárcel al inicio de la guerra, y, al acercarse, vieron el gentío que se había concentrado ante la puerta. Entre los familiares que gritaban y suplicaban información, Stendhal distinguió a la mujer y al hijo de Sabater. Entró en el recinto con el estómago encogido y subió de dos en dos los escalones hasta el piso de las celdas mientras iba apartando a empujones a los

milicianos que se encontraba por el camino. Cuando llegó a la celda número tres la encontró vacía. El abuelo Dídac llegó a continuación; conocía muy bien aquellas piezas minúsculas: había pasado tres años, entre 1923 y 1926, encarcelado por la dictadura de Primo de Rivera.

—¡Hijos de puta! —gritó al ver que la estancia estaba vacía.

Dídac no dudó ni un momento acerca de lo que había pasado. Los llantos que subían desde la calle lo anunciaban y los presos de las otras celdas se lo confirmaron: aquella noche se habían llevado a más de

veinte prisioneros. Gracias a los supervivientes supieron que Sabater estaba en la lista, pero que por un capricho del destino lo habían tenido que trasladar unas horas antes al hospital: cuando el pelotón de milicianos lo había ido a buscar, aún no lo habían devuelto. Había ganado veinticuatro horas; no era mucho, pero Stendhal se aferraba a la promesa que le había hecho el hombre fuerte del comité. El pistolero hacía y deshacía a su gusto y tenía aterrorizada a la capital, pero le había prometido que no tocaría al terrateniente.

—¡Esta lista está equivocada! —  
gritó Stendhal—. ¡Tengo que ver a  
Pijoan!

Bajaron a toda velocidad. En el centro de la sala de guardia, el sillón de orejas de Pijoan, tapizado de flores amarillas y rojas, presidía la estancia. Pero ni rastro del cabecilla del comité. Ni de ninguno de sus hombres.

Pijoan había salido de caza, y a aquella misma hora entraba en el internado. Tan sólo hacía veinticuatro horas que los curas

habían abandonado el lugar. Alarmados por la quema de iglesias y el asesinato de religiosos en la capital, habían iniciado una huida precipitada hacia la frontera o hacia las masías más ocultas en las montañas cercanas. Cuando se dio cuenta de que había llegado tarde, Pijoan montó en cólera y ordenó poner patas arriba las cinco plantas del edificio.

Cuando se disponían a marcharse, uno de los hombres oyó un ruido en la zona de las dependencias habilitadas como hostería, en uno de los laterales del edificio principal.

Un rótulo pintado sobre una puerta rezaba SALA PÍO XI. Abrió la puerta y descubrió a dos niños jugando al fútbol con una pelota de trapo. Al fondo de la sala, a la luz de la ventana, dos curas leían el breviario.

Al cabo de unos minutos, Pijoan interrogaba a los niños, con la esperanza de arrancarles alguna revelación útil para hacer escarnio público de los dos clérigos. Pero la historia no tenía secretos: los hermanos Pons, de siete y diez años, tenían a su madre enferma, ingresada en un sanatorio; el padre, que era arquitecto, dirigía un proyecto en

Canadá. Antes de viajar a América, había acordado con el director del internado que los niños se quedarían todo el verano de 1936 bajo la custodia de los curas.

Acabado el curso, el resto de alumnos se habían marchado, y aquellos dos chavales campaban a sus anchas por las dependencias del internado y por los bosques de los alrededores. No tenían más obligación que la misa matinal y la puntualidad a la hora de las comidas. Muchas mañanas bajaban al pueblo o iban a la riera a bañarse con alguno de los fámulos, que

durante el verano hacían tandas de guardia para asegurar el servicio de los curas que no se iban de vacaciones. El horario de los fámulos entonces no era tan estricto como durante los períodos escolares.

El 26 de julio los niños notaron que los curas se habían levantado más inquietos de lo habitual. Se pasaron la mañana del domingo discutiendo en grupos y a las horas en punto se reunían para oír «el parte» en torno a un aparato de radio. A la hora de cenar discutieron sobre la conveniencia de abandonar



el centro y buscar el anonimato en la capital o esconderse en las masías amigas de la comarca. La mayoría se decantó por permanecer, de momento, juntos en el internado. Al día siguiente, por la tarde, subió al colegio un grupo de misioneros diocesanos, que huían de Banyoles, en busca de auxilio y hospitalidad.

—Si creéis que nuestra presencia puede ser motivo de persecución por parte de los comités, no nos quedaremos aquí ni un minuto más y nos iremos en la dirección que Dios nos inspire —le dijo con toda claridad el presidente de la Casa

Misión al rector, que le escuchaba conmovido.

—No creo que ustedes vayan a ser la causa de ningún perjuicio para nuestra comunidad, pero, aunque así fuese, nos consideraríamos afortunados de sufrir por haberles amparado —le contestó.

Durante las horas siguientes, las noticias de la quema de iglesias y del asesinato de curas se multiplicaron, y en el internado los acontecimientos se aceleraron: el día 29 los misioneros de Banyoles optaron por reemprender precipitadamente la marcha en busca

de un refugio más seguro; el 30, los curas y los fámulos de guardia también abandonaron el colegio. Antes de marcharse, el director comunicó la emergencia a los familiares más cercanos de los hermanos Pons y pidió a mosén Juli y a mosén Font que se quedasen para cuidarlos hasta que viniesen a buscarlos. Aquella noche, los Pons y los dos curas tenían que dormir solos en el edificio de cinco plantas y decidieron acomodarse en la hostería.

Pijoan no quiso oír más. Abrió la puerta con un gesto de disgusto y

echó a los niños.

En la escalinata exterior, los miembros del comité estaban sentados en dos grupos y jugaban a cartas. En el último rellano, el miliciano más joven, que apenas tendría veinte años, apuntaba a los curas con un arma. Los dos niños tardaron en reconocer a mosén Juli y a mosén Font. Les habían quitado las sotanas y al hacerlo también les habían quitado la dignidad: vestían camiseta blanca sin mangas, pantalones cortos de color azul, zapatos negros y calcetines largos, dejando al descubierto los brazos y

las piernas, tan blancos como la cara de pánico con la que miraban el fusil que les apuntaba.

Pijoan salió del edificio y desde lo alto de la escalera ordenó:

—¡En marcha!

Luego, cuando bajaba los peldaños, se dirigió al que vigilaba:

—Estos dos que vayan delante.

El pánico de los curas dejó paso a la resignación. Se acercaron a los niños y los abrazaron. A continuación, mosén Juli se arrodilló en el primer escalón del último tramo de la escalera y, desde el rellano, mosén Font dibujó una cruz

en el aire y le absolvió los pecados. Después intercambiaron los papeles: mosén Juli hizo la señal de la cruz ante el rostro sereno de mosén Font y pronunció estas palabras:

—*Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris et Fillii et Spiritus sancti...*

Pijoan había llegado al pie de la escalera y se impacientó:

—¡Basta de majaderías! ¡He dicho en marcha!

Dos milicianos subieron corriendo y con la culata de sus fusiles empujaron a los curas escalera abajo. Los niños se

quedaron inmóviles, mirando con espanto al grupo que abandonaba el claustro en dirección a los campos de deporte de los más pequeños de la escuela. Todos los hombres habían descolgado sus fusiles del hombro y apuntaban a la espalda de los curas. Pijoan empuñaba una pistola con la mano derecha. Al cruzar la puerta, mosén Juli volvió la cabeza para despedirse por última vez, pero el miliciano más joven le golpeó con rabia y le obligó a acelerar el paso.

El claustro se quedó en silencio. En el rellano de la escalinata, Josep

Maria y el pequeño Sebastià no se atrevían ni a mirarse. Los Pons tenían la vista puesta en la puerta que acababa de cruzar la macabra comitiva. Estaban muertos de miedo y no sabían qué hacer. De repente oyeron disparos, venían justo de la zona del campo de fútbol. Se pusieron a temblar, pero siguieron clavados en la escalera, sin moverse. Dejaron pasar el tiempo. Intentaron decirse algo, pero no encontraron las palabras. Debió de pasar una media hora, o quizá tres cuartos. Por fin, se miraron y empezaron a bajar la escalinata. Al



principio, muy despacio, parándose en cada escalón. Después, de un tirón.

Una vez abajo, volvieron a dudar. Se acercaron hasta la puerta y miraron afuera. No vieron a nadie. Esperaron un rato más y finalmente salieron y se dirigieron al campo de fútbol. Cuando llegaron a la portería descubrieron los cuerpos de mosén Juli y de mosén Font tendidos en el centro del campo. Cuando se acercaron vieron que tenían los ojos abiertos y un rictus de horror en la cara. Les habían disparado directamente a la cabeza y la sangre

había formado dos charcos en la arena del campo. Josep Maria le tendió la mano a Sebastià y vio por vez primera en él aquella mirada herida, tan triste. Y él mismo se puso a llorar.

Dos días más tarde llegó uno de sus tíos, el hermano de su madre, que venía a buscarlos. Le habían localizado en algún lugar de la costa. Cuando pasaban por el centro de Girona, el tío le preguntó a Josep Maria:

—¿Por qué no dice nada tu hermano?

—Desde antes de ayer, en el

campo de la escuela, tiene esa mirada triste. No ha vuelto a hablar.

Pasada la medianoche Pijoan volvió a la capital. Entró en la sala de guardia de la prisión y encontró a Stendhal y al abuelo Dídac que estaban durmiendo en el suelo, detrás de la puerta. Se dejó caer en el sillón de flores, cansado por la incursión en el internado, y envió a sus hombres a las celdas con la lista de presos que tenían que reclamar. Por segunda noche consecutiva habían decidido ajusticiar a más de

veinte. Querían dejar bien claro a las autoridades de la Generalitat que a partir de aquel momento eran ellos los que mandaban.

En las celdas, los presos se resistieron. Exigían la presencia de un juez o del delegado de Orden Público. El griterío alarmó a Pijoan, que subió para reducir por las armas a los amotinados. No resultó tan fácil como creía. Un chico de diecisiete años dirigía a los internos de las celdas del pasillo lateral, de la diez a la diecisiete, que habían formado una barricada con los colchones y con los escombros de un

tabique que habían conseguido derruir. En el pasillo central habían puesto los colchones contra las puertas, y también se negaban a salir. Pijoan maldijo a sus hombres y les ordenó que montasen la ametralladora. Un cascote le acertó de pleno en la cara y casi estuvo a punto de romperle la nariz. Otro muchacho muy joven, que debía de tener poco más de dieciocho años, aprovechó el desconcierto para saltar sobre un miliciano desprevenido y casi logró apoderarse de la ametralladora. El disparo de un vigilante le dio en el

pecho, justo cuando se tiraba al suelo para empezar a disparar.

La batalla campal había despertado al abuelo Dídac y a Stendhal, que subieron la escalera al mismo tiempo que los guardias regulares; el grito de alerta por la revuelta de los presos también había movilizado a los que aquella noche estaban de guardia en la puerta. Pasaron por encima del cadáver del chico tiroteado y se acercaron a Pijoan, que blasfemaba y maldecía, completamente fuera de sí.

—¡Me cago en Dios y en todos los santos! Haced que salgan de una

vez todos los de la lista. Si se niegan, disparad contra todos los presos —gritó mientras desviaba la ametralladora y la dirigía hacia la celda número tres—. Empezad por los de esa celda.

El abuelo no pudo permanecer callado:

—No puedes disparar indiscriminadamente.

Pijoan le lanzó una mirada de odio. Arrancó la lista de las manos de un chico que aún temblaba y empezó a gritar los nombres de los que tenían que prepararse para morir:

—Tomàs Sabater...

El lugar se quedó en silencio. Sólo se oía el rumor discreto de los que se habían arrodillado en las celdas y rezaban.

—Sabater está bajo mi protección —protestó Stendhal—. Me lo prometiste el día que lo detuvisteis.

—Se han acabado los privilegios. Si nos volvemos débiles, perderemos la guerra.

El abuelo volvió al ataque:

—La guerra la perderemos por culpa de gente como vosotros. ¿Acaso es esto lo que predicábamos? ¿Pasar por las armas



a curas y beatos asustados?

—Lo único que pretendemos es hacer que paguen los culpables: los que durante todos estos años han impuesto el sufrimiento a nuestra gente. Les debemos justicia.

—¿Es justo devolver mal por mal, como quiere el pueblo?, se preguntaba Platón. ¿Podemos ser injustos cuando conviene a nuestros intereses?

—No me vengas ahora con filosofadas, Dídac. Estamos en guerra y rodeados de quintacolumnistas. Lo único que importa es castigar a los culpables.

—¿Ahora eres Dios? ¿Decides tú quién es culpable? Yo he estado detenido tres años en cárceles como ésta: ocupaba una celda idéntica a la de Sabater. Y me torturaron. Pero tuve derecho a un juicio.

—Si no escarmentamos a éstos, aparecerán otros. Los facciosos han intentado desembarcar en la costa y los de esta panda estaban preparados para ayudarlos.

—¿Ayudarlos? ¿Éstos? Pero si están detenidos desde el principio de la guerra...

—¿Acaso te crees que no se hubiesen sumado a la insurrección si

ésta hubiese triunfado?

—¿Los matas por lo que podrían haber hecho? ¿Por una suposición? Por el amor de Dios...

—Cuida tus palabras, Dídac. Se empieza citando a Dios y se acaba traicionando la revolución. Tu arenga de ayer en el Mercadal no ha pasado desapercibida... Hasta ahora tu historial te ha salvado, pero se acerca el día en que tendrás que demostrar en qué bando estás. Tendrás que aclarar públicamente si todavía eres leal a las armas del pueblo.

—¿En qué bando estoy, me

preguntas? ¿A qué armas soy leal? No me gustan las armas, pero tampoco me dan miedo, y las alzaré por la República hasta la muerte. «A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que

trae consigo la guerra»; lo escribió Cervantes en el *Quijote*, y si no fueses tan burro, lo entenderías. Yo estoy en el bando de la libertad. ¡Por la dignidad humana y contra la pena de muerte!

—Todos los que hemos ajusticiado eran ricos y de misa.

—¡Y a nosotros qué nos importa si son de misa o no lo son! Sólo importan los hechos, no los orígenes ni las convicciones. Si quieren creer en Dios y reunirse en las iglesias, no es problema nuestro. El fascismo se combate con más libertad, no asesinando a los que piensan de

modo distinto.

—Te lo advierto de nuevo: ¡ten mucho cuidado! En tiempos de guerra, defender al enemigo puede considerarse traición. Nosotros somos la primera línea de defensa de la ciudad, que está amenazada por los facciosos infiltrados...

—¡Y una mierda! Os gusta matar y ya está. ¡Y de paso os quedáis con sus propiedades!

Pi Joan puso la mano sobre su cartuchera. El abuelo Dídac lo miró fijamente a los ojos. Vio que estaban rojos de rabia y sonrió.

—¿Lo ves? Todo lo arreglas

disparando.

—¡Haced que se calle o me lo cargo aquí mismo! —gritó el pistolero.

Los milicianos que conocían a Dídac de compartir años de lucha no se movieron. Tan sólo un muchacho alto y delgado, con barba y con la cabeza rapada como una bombilla, al que nadie conocía, dio un paso al frente, clavó la culata del fusil en el hígado del abuelo Dídac y, cuando vio que se desplomaba, le asestó un rodillazo en la cara. Stendhal intentó sostenerle, pero se le escapó de las manos y no pudo impedir que se

diese con la cabeza contra el suelo. Se quedó tendido e inconsciente. La sangre manaba pegajosa entre su pelo y formó un gran charco sobre las baldosas blancas del corredor principal.

—Subid a los prisioneros a los coches, ya hemos perdido bastante tiempo —ordenó Pijoan a sus hombres.

Apuntaron con sus fusiles a la espalda de los hombres que habían sido obligados a salir de sus celdas y les hicieron a bajar la escalera en fila de a dos.

—¡No quiero veros más por aquí!



¡Estás avisado, Stendhal! —gritó Pijoan cuando llegó al pie de la escalera y ya se disponía a salir—. ¡Y vigila a tu suegro! Si vuelve a enfrentarse con los comités, mandaré que lo ejecuten.

El abuelo Dídac se recuperó cuando ya clareaba. Por segundo día consecutivo, una multitud angustiada se había congregado a las puertas del seminario y suplicaba noticias de sus familiares. Stendhal contemplaba el gentío desde el interior de la prisión; si hubiese estado solo, habría llorado. Era consciente de que había faltado a su

palabra, pero quería dar la cara y fue al encuentro de la mujer y del hijo de Sabater. No quisieron escucharle.

—¡Asesino! —gritó la mujer, que cerraba los puños con rabia y los alzaba hacia el cielo, clamando venganza.

—¡No descansaré hasta que lo pagues! —dijo tranquilamente el hijo de Sabater.

Stendhal observó sus ojos inyectados en sangre y tuvo la certeza de que algún día Antonio cumpliría su amenaza.

La venganza de los Sabater sólo tuvo que esperar tres años. Cuando el Gobierno se vio perdido, inició la retirada hacia la frontera. Pijoan, que pasados los primeros meses de la guerra había renegado de la FAI y se había hecho comunista, siguió a la comitiva oficial en un camión cargado de trastos estrambóticos. Cuando el convoy militar se paraba, hacía que le bajasen el sillón de orejas al pie de la carretera y se dormía maldiciendo el griterío de los miles de refugiados que le rodeaban mientras marchaban,

camino de un futuro incierto, al otro lado de las montañas. Más allá de Figueres se le acabó la gasolina y tuvo que sumarse a las columnas de gente que arrastraban los pies sobre la nieve. El sillón de orejas quedó abandonado en medio de un campo de nabos cubierto de blanco.

El abuelo Dídac y Stendhal lucharon hasta el último minuto, hasta que cayó la plaza de Sant Pere. Huyeron al pueblo y se escondieron en el altillo de la casa del herrero, a la espera de escapar de noche hacia una de las masías aisladas, al pie del Pas dels Frares. Al atardecer, desde

su escondite, a través de los agujeros de ventilación, el abuelo Dídac contemplaba su arboleda. La pequeña mancha de álamos se veía encajonada entre Can Xapo y la casita de la carretera de los árboles, las dos propiedades que habían conocido años de esplendor, pero que ahora, sin agua, estaban condenadas a la miseria. Aquel febrero de 1939 hacía catorce años que había plantado aquellos álamos, justo unos meses antes de que lo condenasen a tres años de cárcel; si tenían un par de años generosos en lluvias, quizá podría talarlos y con

lo que rindieran podría pagar una buena escuela a su nieto Dani. Quizá al final de la primavera las cosas se habrían calmado y podría trabajar la arboleda, como cada año hacía cuando se acababan las clases. El levante le traía el aroma dulce de la humedad que subía de los campos y deseó que los meses pasaran veloces.

Los golpes en la puerta y los gritos exagerados del herrero, que intentaba alertarlos, le devolvieron a la realidad: alguien los había denunciado a los facciosos, que acababan de entrar en el pueblo.

Stendhal los esperó en pie en lo alto de la escalera. Le pegaron con rabia, sin miramientos, lo sacaron hasta la calle a golpes de culata y se olvidaron del abuelo, que temblaba escondido detrás de una armadura del tejado. Se llevaron a Stendhal a la prisión de la capital y le sometieron a un consejo de guerra sumarísimo. Los supervivientes de la prisión dieron fe del enfrentamiento del antiguo profesor de francés con Pijoan, pero su testimonio no sirvió de nada. Ni tampoco la carta que uno de los prohombres de la provincia hizo

llegar discretamente al juez solicitando clemencia «para un buen hombre, que intentó sin éxito, pero con firmeza y arriesgando con ello su propia vida, atemperar las ansias criminales de los rojos». Antonio Sabater exigió la muerte del hombre a quien culpaba del asesinato de su padre, y el juez militar, que había sido amigo íntimo y compañero de cacería de don Tomàs Sabater, le concedió la venganza. Al alba del 4 de abril de 1939, dos meses después de la caída de la capital en manos de los sublevados, un pelotón de fusilamiento ejecutó a André



Stendhal contra la tapia del cementerio. Annie se había despedido de él la tarde anterior, desde la calle, a través de los barrotes de la celda número tres, la misma que había ocupado el viejo Sabater la noche en que le dieron «el paseíllo». Después de la ejecución no le dejaron ver el cadáver, que enterraron en una gran fosa excavada en un lateral del cementerio. El abuelo Dídac, escondido en las montañas, recibió la noticia al cabo de una semana.

Pero todo aquello no ocurriría hasta tres años más tarde, al final de

la guerra. Aquella mañana del 1 de noviembre de 1936, Annie Stendhal aún no podía sospechar el final trágico que el destino le estaba preparando a su familia. Simplemente estaba inquieta porque los hombres no habían vuelto a casa.

Cansada de esperar, alarmada por la falta de noticias, la señora Stendhal se presentó muy temprano en la prisión para preguntar por los hombres. Cuando ya se disponía a entrar, vio al abuelo Dídac y a Stendhal entre los familiares de los

presos, en el otro extremo de la calle, justo debajo de las celdas. Se tranquilizó y decidió esperarlos en la acera, delante de la puerta. Mientras hacía tiempo, le llamó la atención una figura temblorosa que salía de la prisión. El hombre miraba hacia el suelo y tropezó con el escalón de la entrada, aunque en el último momento consiguió recuperar el equilibrio. Cruzó la puerta y se encaminó hacia la escalera de Sant Martí. Ella le reconoció —era Pere Ros, el propietario forestal— y lo siguió con la mirada. Caminaba con aire

vacilante y se acercaba a una esquina vigilada por tres hombres uniformados que estaban fumando.

Annie se dio cuenta de que, con aquel aspecto, Ros llamaría la atención de los milicianos, y no se lo pensó dos veces: retrocedió, se situó a su altura y le ofreció el brazo. El pobre hombre, que parecía estar a punto de desmayarse, se apoyó en ella y se dejó llevar.

Atravesaron hasta la otra acera, bajaron la escalera y en un momento se plantaron en la calle Cort Reial. Cruzaron el río por el puente de Sant Agustí y avanzaron por calles poco

transitadas hasta la plaza de la estación del tren de Olot. Durante todo el camino, Ros miraba al suelo sin decir palabra. Cuando llegaron, Annie lo arrastró directamente a las taquillas y le compró un billete para una estación lejana, dos o tres pueblos más allá de su destino real.

Cuando llegó el tren, le acompañó hasta el vagón.

—No podía llevarte al piso de la Rossa porque sería el primer lugar en el que te buscarían. Y yo de ti no bajaría en la estación del pueblo ni me acercaría a casa. Supongo que alguno de tus masoveros podrá

echarte una mano y ayudarte a pasar  
la frontera.

El Comisario interrumpió el relato. Se incorporó, dio media vuelta, se apartó de la hoguera y se puso a mear contra un nogal de copa enorme. Cuando volvió, cortó un trozo de pan y se lo metió en la boca. A continuación, bebió de la bota, levantándola un palmo por encima de la cabeza. Luego, encendió otro cigarro y

se tragó el humo hasta el fondo de los pulmones. Yo callaba, hipnotizado por las llamas de los troncos de encina que ardían en la hoguera. No quería apremiarle. El Comisario aún dio un trago más. Luego se aclaró la garganta y retomó el hilo de la narración.

Después de dejar a Ros en el tren, Annie Stendhal volvió a la plaza de Sant Pere. Cuando llegó, los milicianos ya estaban en la escalera. En el rellano del segundo piso, la puerta estaba abierta, y vio cómo ponían patas arriba la casa de la



Rossa. Oficialmente, yo dirigía la operación. La vi y salí al rellano. La tomé por el brazo.

—Un pajarito me ha dicho que te han visto del brazo con Ros, en el puente de Sant Agustí...

—¡Estás mal de la cabeza! El Ros es de la Rossa y yo soy mujer de un solo hombre: soy de Stendhal.

—A mí me da igual a quién ayudes —la tranquilicé—. Todas estas historias de los milicianos sirven para hacerme perder el tiempo. La fuga es culpa de los hombres de Pijoan: al parecer hicieron bajar a Ros a la sala de

guardia para entregarle una notificación, y una vez abajo los muy idiotas se olvidaron de él. Los vigilantes de la prisión han dado por hecho que los del comité se ocupaban de él, y el muy jodido ha aprovechado el alboroto de los familiares que protestaban y se ha escabullido por la puerta como un visitante más.

En el campamento, iluminado por la hoguera, el Comisario sonreía burlonamente. Le jorobaba la chulería que habían exhibido los comités durante

las primeras semanas de la guerra. En aquella época él era un policía profesional y no simpatizaba ni con Pijoan ni con sus esbirros. Intercambió una carcajada con sus hombres y volvió al día en el que Ros se había fugado por la puerta principal del seminario-prisión de la capital.

—Por los viejos tiempos, te daré un buen consejo —recuerdo que le dije a Annie Stendhal aquel día, en el rellano de la Rossa—. A partir de ahora, ten cuidado. Los milicianos están encabronados y no os quitarán el ojo de encima, ni a ti, ni a

Stendhal, ni al loco de tu padre.

El Comisario hablaba, pero yo ya hacía rato que no le escuchaba. «El Ros es de la Rossa», había dicho la señora Stendhal. ¿Qué había querido decir con aquello? Tenía el corazón desbocado. Si el Ros era de la Rossa, ¿quería decir que Ros y mi madre se entendían? Recordé al hombre menudo que cada jueves venía a la carretera de los árboles, golpeaba con los nudillos en la ventana de la cocina y me daba latas de aceitunas y de atún. Luego intenté ponerle cara, pero no lo conseguí. La memoria me hablaba de una persona

amable con la señora Stendhal y con todos nosotros, pero sus facciones se me resistían. El cerebro me daba vueltas a toda velocidad. Necesitaba respuestas del Comisario, pero no sabía cómo interrogarle.

—¿Qué quería decir la señora Stendhal con eso de «el Ros era de la Rossa?» —es todo lo que conseguí preguntar.

—¡Joder, Niño! Eres joven, pero no tanto. Tendrías que entenderlo. La Rossa era la mantenida de Ros. En la capital todo el mundo lo sabía. El hijo de puta tenía dos mujeres: la legal, en el pueblo, y la Rossa, en la capital. Él le había

montado el piso... A ella y al niño.

Cuando me di cuenta, estuve a punto de desmayarme: ¡El niño era yo! De nuevo sentí aquella punzada. ¿Qué cojones significaba todo aquello? ¿Mi madre? ¿Ros? ¿Yo?

El Comisario se dio cuenta de que me estaba mareando y se calló. Me interrogaba con la mirada y me vigilaba de reojo, por si tenía que sostenerme. Dejó que pasara el tiempo.

—El niño soy yo —murmuré en voz baja.

El hombre que había venido de Francia, el comisario que había compartido la guerra en la retaguardia

con el abuelo Dídac y con Stendhal, abrió los ojos grandes como platos. Ahora era él el que no comprendía.

—¿Qué niño? —exclamó por fin—. ¿Te refieres al hijo de la Rossa?

¿Por qué no me había dicho la señora Stendhal que mi madre y Ros se entendían? ¿Lo sabía el abuelo? ¡Claro que lo sabía! ¿Y Dani? No, Dani no; Dani no podía saberlo... Me faltaba el aire. La hoguera empezó a darme vueltas. Finalmente, debí de perder el conocimiento, porque lo siguiente que recuerdo es que el Comisario me daba cachetes en la cara y gritaba:

—¡Niño! ¡Niño!

Cuando me reincorporé, se habían acercado más hombres. Uno de los franceses comía un trozo de pan junto al Comisario. Se presentó.

—Soy Sixte, pero me puedes llamar Fonoll. Yo tenía una novia en el piso de las chicas, en la plaza de Sant Pere. Siempre que disfrutaba de un permiso las visitaba; en alguna ocasión nos habíamos cruzado en la escalera con tu madre y contigo, que salíais del segundo piso.

Me volví a sentar frente a la hoguera. Había perdido las fuerzas, pero no quería rendirme. Interrogué al Comisario mirándole directamente a los



ojos. Debía de pensar que no era el momento de que me obsesionara con preguntas sobre mis padres, porque decidió reemprender la historia de los Stendhal o, mejor dicho, de los fragmentos de ella que él conocía: lo que había vivido en directo y lo que había sabido de boca del abuelo Dídac y de Dani durante aquellos meses que habían compartido la lucha en las montañas al acabar la guerra.

Expulsaron a Stendhal y a Dídac de las milicias revolucionarias, y encontraron trabajo en una fábrica de armamento. Cada día eran más

escépticos respecto al curso de la guerra, pero habían decidido no hablar sobre ello. «Teníamos la razón, pero desde el primer día la dilapidamos con todo tipo de disputas entre nosotros; por eso nos están vapuleando», me dijo el abuelo Dídac, cuando ya sólo nos veíamos muy de vez en cuando. Hasta que llegaron los facciosos y tuvimos que defender aquella parte de la ciudad casa por casa. Entonces volvieron a empuñar las armas. Eran muy eficaces movilizando a los vecinos y organizando las barricadas. Ellos estaban dirigiendo

la defensa de la plaza de Sant Pere, asediada por una columna de fascistas italianos, el día en que mataron a tu madre. Había muchos heridos, algunos eran vecinos del barrio que la Rossa conocía porque se los encontraba en la escalera cuando subían de juerga al piso de las chicas. Bajó a ayudar. Con su cabellera tan negra, era como un arcángel: tenía un don para confortar a los heridos más graves. A media tarde, cuando ya había empezado la ofensiva final de los sublevados, un muchacho muy joven, de la última leva, recibió un disparo en el

pulmón. La Rossa se dio cuenta de que estaba ahogándose y lo cogió en sus brazos. Con un pañuelo húmedo le limpiaba la herida y le hablaba en voz muy baja, como a un bebé. El chico se acababa de morir en sus brazos, cuando ella también recibió un balazo. Se tambaleó y cayó hacia delante, sobre el muerto. Annie Stendhal había visto la escena desde la ventana del tercer piso y bajó a socorrerla. Cuando llegó, la Rossa estaba muy pálida y apenas podía respirar. Se agarraba con fuerza a los brazos de aquel muchacho muerto. Sabía que ella también se

estaba muriendo y le rogó a Annie:

—Jura que te harás cargo del niño  
—miró hacia el segundo piso y vio a su hijo, que las estaba mirando, escondido tras la ventana de la sala  
—. Lluc necesita una familia y tú puedes dársela.

El Comisario suspiró. No parecía un hombre dado a sentimentalismos, pero ahora que había descubierto que yo era el protagonista de aquella parte de la historia que el abuelo Dídac le había contado en tantas ocasiones, parecía trastornado. Me miraba con cara de preocupación. Había terminado el relato

de los hechos y no sabía cuál sería mi reacción.

—Cuando oyó la súplica de tu madre, Annie Stendhal la abrazó con fuerza, la besó en la frente y le juró que te cuidaría como a un hijo. La Rossa intentó esbozar una última sonrisa de agradecimiento y luego dejó de respirar. La bala de las tropas fascistas le había atravesado el pecho y le había perforado el corazón y el pulmón.

—Ocurrió exactamente así... —nos sorprendió la voz grave de Fonoll, que había escuchado el relato tumbado detrás de nosotros y parecía dormir.

Me volví y observé que se había

incorporado. El Comisario también le miraba y le interrogaba inquieto.

—... paso a paso, palabra por palabra, todo fue exactamente tal y como lo cuenta el Comisario. Sólo se equivoca en una cosa: la bala que mató a la Rossa en la barricada de la plaza no era una bala fascista, se disparó desde nuestras propias filas. Le dispararon por la espalda.

—¡Joder, Fonoll! ¿Por qué dices eso? —preguntó el Comisario, que no salía de su asombro.

—Yo estaba en la plaza. Había bajado con mi novia, Maria, cuando llegó la ofensiva fascista, y lo vimos

todo. Le disparó un miliciano. Era un tipo que no conocíamos, y cuando intenté perseguirle, ya había huido por una calle lateral.

—¿Tú eras el novio de Maria? ¿La del piso de las chicas de la plaza de Sant Pere? —le pregunté—. Un día de la Purísima que subió al pueblo con sus amigas, oí cómo Maria le decía a la señora Stendhal que en el tren había reconocido al hombre que mató a mi madre. Dijo que lo recordaba muy bien. Si tú estabas con ella, tuviste que verle también...

—Era un forastero, ya te lo he dicho. No le conocía. Pero lo recuerdo



perfectamente: llevaba barba y tenía la cabeza rapada, como una bombilla.

En ese momento, sentí una dolorosa punzada en el pecho. Alargué la mano y recogí el cuchillo que tenía clavado en el suelo. Miré los troncos que ardían en la hoguera. Un viento repentino barrió el campamento y recordé el frío del cristal contra mi mejilla en la ventana de la sala, aquella tarde en que vi caer a mi madre en la plaza de Sant Pere. Como una centella, me di media vuelta y lancé el cuchillo con toda mi rabia contra el nogal.

Aquella noche no dormí. Por la mañana el Comisario me encontró sentado ante los restos de la hoguera. Sacaba punta a un trozo de madera y de vez en cuando me volvía y clavaba el cuchillo justo en la mitad del tronco del nogal. Hacía tres años que practicaba, y me había convertido en un lanzador experto. El

mejor de todos los maquis. Cuando el Comisario se acercaba, el cuchillo le pasó a dos palmos de la cara y fue a clavarse en un punto hendido ya por los lanzamientos anteriores.

—¡Ojo, ten cuidado! —protestó.

Me levanté, arranqué el cuchillo del árbol y me senté de nuevo. Jugué entonces a clavarlo en el suelo, haciendo dibujos cada vez más pequeños, para hacer diana en el centro.

—Esta noche he de bajar un cargamento al pueblo. Necesito un guía. Dicen que a menudo te acercas al llano y que nadie conoce mejor que tú los movimientos de los soldados.

—¿Esta noche? ¿Y la ofensiva?

—Aún faltan unos días. Y, en cualquier caso, pueden empezar sin nosotros; nos incorporaríamos a ella más tarde.

No había bajado al pueblo desde que a principios del verano nos retiramos hasta la frontera. Me apetecía volver, y la idea de hacer el camino con el Comisario también me gustaba.

—¿Qué hay que bajar? —me atreví a preguntar—. ¿Armas?

—Penicilina.

—¿Qué es?

—Un medicamento prodigioso que aquí no se fabrica. Lo pagan a precio de

oro.

Caminamos durante toda la noche, y al alba llegamos al Pas dels Frares. Observamos la vía del tren, al fondo del valle, y los caminos que llevaban a la caseta del guardagujas. Propuse la ruta más segura para acercarnos, y acordamos que bajaríamos cuando oscureciese. Los demás se retiraron a dormir. Yo me quedé mirando el pueblo. Luego busqué una roca para apoyarme, abrí el zurrón y saqué la libreta jaspeada negra y azul de Dani.

La había encontrado en el

campamento, con sus cosas, aquel primer día que subí a la montaña, saliendo del taller del pueblo. En la libreta había páginas de historias vividas, de lo que sentía y de lo que pensaba, y los márgenes estaban llenos de poemas en caligrafía clara y pequeña, para aprovechar el espacio al máximo. Los debió de escribir en la casa de la carretera de los árboles, durante aquellos días en que se encerraba en la sala y me leía cosas que yo no entendía. Ahora me los sabía de memoria, pero todavía me gustaba leerlos en la libreta, siguiendo su letra tan clara:

Entre las rocas se abre paso  
la pita.

Recordaba que me hablaba de ellas,  
de las pitas que había descubierto  
aferradas a las rocas en aquella única  
ocasión en que había estado en la costa:  
de sus tallos poderosos, justo antes de  
morir, nacían unas flores amarillas,  
magníficas. Ahora sabía que, en aquel  
entonces, cuando regresó de la costa,  
volvía con grandes sueños. Aún creía  
que iban a ganar:

Pisoteados perseguiremos  
la lenta metamorfosis  
de los perros.

Y en su agonía  
seremos libres.

Guardé la libreta. Miraba la carretera desde arriba y veía muy lejos la recta de los plátanos, que se perdía entre arboledas, en dirección a la casita blanca. Desde el Pas dels Frares, en los días claros de tramontana veía la casa de la carretera allí mismo; aunque yo estuviera a miles de kilómetros de distancia. Siempre me sentía al otro lado. A veces incluso me gustaba. Siempre sentía añoranza.

Cuando se despertaron, el Comisario y Fonoll me encontraron mirando hacia el llano. No me había movido, y me



riñeron.

—En la montaña, el reposo es más importante que la nostalgia. La vida te va en ello.

—Hacía semanas que no veía mi casa —les dije, justificándome.

Cargamos los paquetes y empezamos a bajar. El sol ya se ocultaba. La entrega fue como una seda. Una camioneta nos esperaba en el encinar, muy cerca de la caseta del guardagujas. En caso de sorpresa, la carretera, el bosque y el tren nos ofrecían tres rutas de huida diferentes, pero no nos vio nadie y pudimos replegarnos por el bosque sin sobresaltos. Cuando el camino

empezaba a empinarse, nos separamos y me acerqué al pueblo.

—Te esperaremos hasta el alba en la cueva del Pas dels Frares. Cuando el sol esté en lo alto, quiero estar al otro lado de la montaña —me advirtió el Comisario antes de perderse entre los árboles.

Estuve dando vueltas toda la noche como un ave de presa, intentando retener los olores del pueblo para poder respirarlos después en la montaña, cuando me asaltase la nostalgia. Rodeé la casa de los Sabater, me imaginé a Antonio y a Tomàs en la cama tras las ventanas del primer piso, y los maldije.

Luego caminé hacia la poza, para alejarme del pueblo por la zona de la carretera. Cuando atravesaba por detrás del huerto, oí un ruido y me tiré al suelo. Me arrastré hasta el margen y vi a alguien que revolvió entre los surcos. La luna abrió un claro entre las nubes y reconocí a Siset de Can Xapo, que escarbaba desesperadamente con las manos.

Me incorporé en el mismo momento en el que él se daba media vuelta y vi el pánico en su rostro.

—Tranquilo...

—¿Lluc? ¿Eres Lluc? ¿Pero qué coño haces aquí? ¡Por poco me matas

del susto!

—¿Y tú qué haces en el huerto de Sabater? Si te ven, te dispararán y dirán que te han confundido con un jabalí.

—Estos días siembran las patatas, y de noche las desentierro y robo los trozos grillados para llevárselos a mi madre. Las cosas no han mejorado para nosotros.

Lo decía con aquella sonrisa suya: a veces, muy triste; a veces, de bobo.

Le ayudé a desenterrar los trozos de patata sembrados en el huerto de los Sabater y luego le hice compañía detrás

de la acequia. Allí me contó cómo el cura había oído renegar a su padre el día en que intentaba enseñarle a podar los ciruelos, y cómo, al día siguiente, la viuda de Ros los había echado del pueblo. Después de aquel infortunio, el bendito de Siset hubiera vendido su alma al diablo por un mendrugo de pan diario; pero el demonio no parecía interesado en el alma de aquel pobre desgraciado que tenía que conformarse robando en los huertos de la comarca.

Antes del alba, alcancé a los otros en el Pas dels Frares. Caminamos todo el día, dando rodeos para evitar los senderos más transitados, y por lo tanto,

más peligrosos. Fuimos siguiendo las huellas de los jabalíes y, al atardecer, estábamos reventados, así que nos paramos a descansar. Cuando hubo que reemprender la marcha, les costó mucho despertarme. Hacía dos días que no dormía, obsesionado por la vuelta al pueblo y las revelaciones del Comisario sobre Ros y la Rossa. Volvimos a la ruta, cada vez más segura, porque en lo profundo de aquellos desfiladeros los soldados y los guardias se sentían en inferioridad de condiciones y sólo se atrevían a adentrarse en ellos cuando organizaban grandes batidas. Al anochecer, llegamos al campamento.

—Si te parece bien, te contrato como mula para todo este territorio — me dijo el Comisario cuando entrábamos en el campamento.

No me lo pensé dos veces. Aquél había sido mi primer transporte de penicilina inglesa de contrabando. A Barcelona llegaba alguna por vía marítima, con escala en Mallorca, pero la vía del Comisario era más rápida y económica.

Fue la mejor decisión de mi vida. Al cabo de dos años, Fonoll recibió el permiso para volver a Girona, se casó con Maria y se ocupó de la distribución interior. El día de su partida, masticó la

última flor de hinojo,[6] la escupió y me dijo:

—A partir de ahora ya puedes volver a llamarme Sixte.

Desde aquel día me convertí en la mano derecha del Comisario, y en 1952, cuando murió a consecuencia de una sífilis de juventud que se le había reproducido con una virulencia tal que ni la penicilina pudo combatir, yo era el único que tenía contactos a ambos lados de la frontera, y me quedé con el negocio.



La penicilina inglesa llegaba puntualmente a la costa atlántica francesa y la acercábamos en coche hasta la frontera. Desde allí, casi cada semana, bajábamos cargamentos a Barcelona y a otras capitales que nos servían de centros de distribución, como Vic y Girona. En el invierno de 1956, la

popularidad del medicamento era prodigiosa y tuvimos que multiplicar los transportes. Nos hacíamos de oro, pero las travesías eran cada vez más peligrosas.

A finales de febrero empalmamos dos entregas seguidas, sin descanso, y sufrimos una ola de frío polar que mantuvo durante muchos días los termómetros bajo cero. Los caminos eran intransitables y las caminatas muy duras. Cuando culminamos con éxito la segunda entrega, decidí acercarme al pueblo a espiar los movimientos de los guardias y a llevar una carta a la tía Montserrat para la señora Stendhal, a la

que hacía semanas que no veía. Dejé a mis hombres camino de la caseta del guardagujas, porque se helaban de frío y esperaban encontrar gente amiga y un buen fuego para calentarse.

—Volveré a buscaros dentro de tres horas. No bajéis la guardia, algunas noches los civiles hacen la ronda por la vía —les dije, mientras consultaba el reloj dorado de Dani, antes de alejarme.

En la caseta estaban el guardagujas y Siset de Can Xapo, que siempre vagaba por aquellos contornos buscando jornales esporádicos que le permitiesen llevar algo de comer a sus padres. Todo el mundo se había acostumbrado a sus

idas y venidas, y le dejaban dormir en cualquier rincón.

Reconfortados por el fuego del hogar de la caseta, los hombres se contaban chistes y se reían a carcajadas, de modo que no oyeron llegar a la pareja de la Guardia Civil, que se acercaba por la vía. Los guardias, en cambio, oyeron las voces desde fuera y sospecharon que había gente extraña. Abrieron la puerta de golpe, con los fusiles preparados, y mis hombres no tuvieron tiempo de coger las armas.

Los guardias no se atrevían a salir al camino con los dos detenidos, que parecían combatientes veteranos, y

discutieron sobre quién iría al pueblo a buscar refuerzos. A Siset de Can Xapo no le gustaba la compañía y pensó que, para salir de allí, la mejor excusa era ofrecerse él mismo. Lo vi salir de la caseta cuando yo me acercaba a ella, y le esperé a la entrada del bosque de encinas.

—Joder, Siset, ¿ahora trabajas para los civiles? —dije cuando le reconocí.

Estaba muerto de miedo.

—Siempre me pegas unos sustos de muerte —tartamudeó nervioso—. Han detenido a dos hombres en la caseta y quieren que traiga refuerzos. Los guardias también están cagados de

miedo. ¿Qué hago?

—Tú no te muevas de aquí. Cuando libere a mis hombres, te daré instrucciones.

La operación fue rapidísima. Entré empuñando el arma. Mis hombres estaban arrodillados en el suelo, de espaldas a la puerta. Uno de los guardias les apuntaba y, cuando avancé gritando, dejó caer el arma. Al otro lo tenía de cara y reaccionó disparando. Sentí una quemazón en la pierna derecha y caí al suelo. La bala me segó el músculo y fue a clavarse en el marco de

la puerta. Pero enseguida me di cuenta, aliviado, de que no me estaba mareando. Cogí la pistola y recuperé el control.

—¡Si vuelves a intentarlo eres hombre muerto! —grité al guardia que me había disparado.

Mis hombres comprimieron la herida y detuvieron la hemorragia. Atamos a los guardias y al guardagujas, y salimos hacia el bosque. Yo cojeaba y los otros tenían que sostenerme. Caminando así no podíamos llegar muy lejos. Siset de Can Xapo había oído el disparo y rezaba padrenuestros.

—Ve al cuartel y da la alerta tal como te han ordenado. Di que han

detenido a dos maquis y que piden refuerzos. Luego, procura despistarlos y ve a buscar al médico. Lo esperaré en el molino de Can Feixes.

Ya hacía tiempo que había descubierto que, si al pobre Xapo pequeño le encargabas un trabajo difícil se espabilaba y se convertía en el hombre más eficaz del pueblo. Esbozó aquella sonrisa bobalicona y enfiló camino del cuartel de la Guardia Civil. Tardaron más de una hora en abrirle, porque no se fiaban de él y le gritaban que se fuese. Cuando por fin pudo dar la alarma, nosotros ya habíamos llegado al molino.



El médico aún tardó cuatro horas en venir. Lo hizo acompañado del Xapo pequeño, que quería oír de mi boca si había hecho bien todo lo que le había mandado. Le felicité y saludé al médico, que no dijo palabra hasta que me arrancó el pantalón, comprobó que la hemorragia estaba contenida e hizo una cura a conciencia con yodo y agua de tomillo.

Cuando terminó, aceptó un vaso de vino y se sentó en el banco de la cocina. Yo me senté en una silla. Me miró de arriba abajo. Al acabar, con una expresión muy triste me preguntó:

—¿Crees que podréis ganar algún

día?

—No, no tenemos ninguna posibilidad.

—Entonces ¿por qué continúas?

—Supongo que por orgullo. Y quizá también por el abuelo y por Dani.

Se levantó y estrechamos las manos.

—Cuídate.

Cuando llegó a la puerta se dio la vuelta.

—¿Quieres que le diga algo a tu madre?

Era la única persona de todo el pueblo que se refería a la señora Stendhal como mi madre, y me gustaba que lo hiciera.

—¿La suele ver?

—En ocasiones, cuando bajo a la capital.

—Que no sufra, que esto ya se acaba. Nadie va a venir a ayudarnos y ya no tiene sentido continuar. Que le escribiré cuando tenga una dirección fija en Francia.

—¿En Francia?

—Sí, con tanto ir de aquí para allá he hecho buenos contactos y he organizado algunos negocios. La penicilina me ha abierto las puertas y me ha facilitado los medios. Allí soy un empresario respetado.

—¿Así que es cierto?

—¿A qué se refiere? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Que pasas penicilina.

—Sí, claro —le miré y sonreí—.

Toda pasa por nuestras manos. Antes no le he dicho toda la verdad: supongo que hace tiempo que también aguanto por el contrabando de penicilina.

—Mis pacientes no pueden pagar la que se fabrica con cuentagotas en España, y la de contrabando no saben dónde encontrarla.

—Nadie debería morir por falta de medicinas. Esos fascistas tendrían que abrir las puertas. Hace tiempo que mis socios franceses persiguen una licencia

para montar un laboratorio en Barcelona, pero no hay manera de conseguirla. De momento, se preparan para producirla en Montpellier.

—¿En Montpellier? Mi hijo estudió Medicina allí. Acabó el año pasado.

Se me escapó una gran carcajada. Me miró extrañado.

—Nos vemos a menudo en Francia, su hijo y yo. ¿No se lo ha dicho nunca? Debe de temer que usted me considere una mala compañía.

Volví a reírme y el doctor se dirigió hacia la puerta con aire desconcertado.

Pasé aquella primera noche escondido en el establo, entre los animales. Al día siguiente, Feixes me subió hasta el escondite del pajar para que de ese modo su hijo pudiese cuidarme. Ton no había vuelto al establo desde la guerra, desde el día en que los soldados habían matado a su hermano mayor y se habían abalanzado sobre su hermana; aquel mismo día en que su madre, enajenada por el dolor, se había colgado de una viga. Tampoco había vuelto a hablar. Cuando Ton subía al pajar, yo le hablaba y él no me contestaba; era una compañía extraña, pero era mejor que la soledad de las montañas.

Ocho días más tarde, el médico volvió. Comprobó que las cataplasmas de tomillo mantenían limpia la herida, y cuando vio que los caldos que me preparaba la gente de la casa también me habían repuesto el alma, dio por acabada la visita. Quería terminar enseguida; en esos días, los guardias patrullaban por sorpresa y no quería que le encontrasen lejos del pueblo.

—Cuando he salido de casa, unos forasteros entraban en el Ayuntamiento —comentó—. He visto entre ellos al hombre alto de la gabardina y al tuerto malcarado del ojo de cristal; entonces Sabater ha llegado con el administrador

y su hijo mayor, Tomàs, que antes de entrar ha hablado en una esquina de la plaza con aquel amigo vuestro que tiene la cabeza rapada como una bombilla. He puesto como excusa una visita de urgencia a Can Isern, que vuelve a tener a su hija embarazada y está a punto de parir. Si se organiza una batida y suben por este lado, me conviene que me encuentren con la partera.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuando se despedía, le pedí que esperase un momento. Subí al pajar y salí con un paquete.

—Aquí hay treinta ampollas de penicilina; cuando se le acaben,



dígamelo. Pero no las exhiba o sabrán que nos hemos visto.

—Dios te lo pague —me agradeció. Y vi cómo cambiaba la expresión de su rostro.

—Había pensado pedirle que me lo pagase de otro modo —le sorprendí mientras se daba la vuelta para marcharse.

Saqué un papel de mi bolsillo. Había escrita una dirección en él, y se la entregué junto con una cajita con dos ampollas más de penicilina.

—Son para un niño con difteria. Si no le pone una inyección a tiempo, morirá.

Al día siguiente el médico bajó a la capital y llamó a un piso de la calle del Carme. Cuando abrieron, se quedó petrificado: al otro lado de la puerta, un guardia civil le miraba desconcertado. Le reconoció enseguida y se sintió perdido: era el sargento del cuartel del pueblo. Sintió ganas de lanzarse corriendo escalera abajo, pero las piernas no le respondieron.

—Debo de... Debo de haberme equivocado... —balbuceó.

El guardia también estaba sorprendido, pero supo reaccionar.

—A lo mejor no se equivoca. A lo mejor trae algo para nosotros...

Al cabo de un momento, el médico entraba en la habitación donde tenían al hijo del sargento en cama. Nadie se atrevía a decir palabra. El pequeño debía de tener seis o siete años. Tenía una tos ronca de perro, como si en la garganta un cuerpo extraño le impidiese respirar. Cuando el doctor comprobó que los gemidos hacían más difícil la respiración, confirmó el diagnóstico, pero quiso hacerle una revisión completa, que aún se alargó un buen rato; el pequeño se calmó y le puso una inyección. Antes de separarse de la cama, lo acarició y le dedicó una gran sonrisa. Después, le dio unas palabras

de ánimo a su madre y se dirigió con pasos decididos hacia la puerta.

—Usted y yo no nos hemos visto, doctor —le dijo el sargento al despedirse. Luego, como para darle una explicación, añadió—: ya ve usted, la desesperación de un padre asustado hace extraños compañeros de viaje.

Cuando salió a la calle, el médico no podía parar de reír; necesitaba liberarse de todos los nervios acumulados durante las últimas veinticuatro horas. Algunos transeúntes lo miraban sorprendidos. Cuando se dio cuenta, tragó saliva, recompuso su aspecto y aceleró el paso hacia la

estación.

Cuando el doctor se marchó, dejé precipitadamente el molino. Si había batidas, no quería quedarme inmovilizado en el escondite del pajar. Cuando amaneció, ya estaba en el Pas dels Frares. Desde allí podía ver el pueblo dormido al pie de la montaña. A aquella hora, el médico ya habría llegado a casa y debía de estar rememorando los sobresaltos de una noche ajetreada. Podía imaginármelo sentado en el sillón de orejas de la sala atemperada por el calor de los

radiadores y, detrás de él, la bola de cristal en cuyo interior nevaba, entre los libros de la biblioteca.

Reemprendí la marcha decidido a no detenerme, y caminé durante todo el día, hasta que a última hora de la tarde los riscos me ofrecieron una cueva segura, lejos de las rutas de los guardias.

Me dejé caer sobre un lecho de hojas secas. Fuera comenzaba a nevar.

Una pesadilla me persiguió toda la noche: los soldados me acosaban siguiendo las huellas que dejaba sobre la nieve. Para escapar de mis perseguidores me descolgaba por riscos impracticables; corría por hoyas,

desfiladeros y canales y, finalmente, escalaba las cumbres de las montañas más altas, siempre más arriba, hasta que me daba cuenta de que el cielo era de cristal y ya no podía seguir subiendo. Llamaba a mis hombres y los hacía formar en una columna que vagaba de montaña en montaña, pero al final siempre topábamos con el techo y teníamos que volver a empezar. Estábamos atrapados en una bola de cristal y no teníamos escapatoria. Al otro lado veía a los Sabater, padre e hijo, que daban órdenes a sus esbirros y se reían de nosotros; también estaba el hombre de la gabardina y el tuerto, que

caminaban al frente de un regimiento de guardias. Me pareció ver también a Raquel, que daba la vuelta a la bola y hacía que nevara sobre nosotros; y al Bombilla, que esperaba escondido con la escopeta para rematarnos si lográbamos salir de aquella trampa de cristal.

Me desperté en la cueva, empapado en sudor. Afuera había dejado de nevar. Debían de ser más de las diez, porque el sol de invierno estaba más alto que las montañas. La nieve cubría todas las matas; me llegaba hasta las rodillas. Me puse de nuevo en marcha, y esta vez no paré hasta que me sentí a salvo, al otro



lado de la frontera.

Cuarta parte

1965, el  
regreso al  
pueblo

El notario y el abogado nos esperaban en la puerta de la masía. Les estreché la mano y pasé de largo ante el administrador de Ros; era el hombre que había echado al Xapo y quería que se fuese enterando de que, a partir de aquel momento, tendría que buscarse otro trabajo. Subimos directamente a la sala.

Cuando nos acomodamos, olía a muerto reciente y le di a entender al notario que podíamos terminar rápido y sin cumplidos. Él también parecía incómodo y enseguida fue al grano. Leyó la carta de la viuda de Ros, que pedía perdón a Dios por haber escondido durante aquellos veintidós años el testamento; también imploraba nuestro perdón: «Cuando asesinaron a mi marido, el silencio y la discreción me parecieron el mejor consuelo para el dolor; ahora yo también estoy muriendo y los remordimientos me reconcomen». Luego leyó de un tirón el testamento de Ros: la casa del pueblo, los pisos de la

capital y las inversiones en acciones de empresas nacionales y extranjeras eran para su mujer y pasarían a sus herederos. La casa de la carretera de los árboles era para la señora Stendhal, que escuchaba con ojos vidriosos, pero que apenas pestañeaba; mantenía las manos sobre el regazo y la espalda erguida contra el respaldo de la silla. El resto de las tierras, las arboledas, los bosques y las masías, incluidas la masía de Ros y Can Xapo, eran para mí.

—Desde hoy, eres el mayor propietario del pueblo —sentenció el notario mientras recogía ordenadamente los papeles y nos daba una copia.

No le contesté. Cogí el testamento y lo guardé en una cartera de mano que me entregó. El abogado miró de reojo al notario. Parecía inquieto. Finalmente, se atrevió a hablar:

—¿Puedo preguntarte si es cierto que os instalaréis en el pueblo?

—Sí. Hemos decidido arreglar la casita de la carretera de los árboles.

—¿No os instalaréis en la masía de Ros? Es la mejor de la comarca... Si es un problema de dinero para hacer las obras necesarias, ahora todo el mundo te lo dejará. Todo el que quieras. Ya te ha dicho el notario que desde hoy eres un gran terrateniente. Seguramente el

hombre más rico del pueblo después de los Ribot.

—No es un problema de dinero — contesté irritado—. Podría comprar el pueblo entero con lo que he ganado durante los últimos veinte años.

Enseguida me arrepentí del comentario, pero ni el abogado ni el notario parecieron incomodarse.

—¿Así que es verdad lo que se dice?

—¿Y qué es lo que se dice?

—Que tú y el hijo del médico os habéis hecho ricos en Francia.

—Él tenía el talento y yo los contactos a ambos lados de la frontera.

Se gana más en un día con el comercio de productos farmacéuticos que durante un año talando álamos en las arboledas.

Seguía arrepintiéndome del tono presuntuoso de mis palabras, pero no pude resistirme. Me levanté de la silla, estreché la mano del notario y miré al abogado directamente a los ojos para darle las primeras instrucciones:

—Quiero fuera de Can Xapo a la gente que la ha ocupado durante estos últimos años, y que vuelva a poner de masoveros a la familia del Xapo. Si Siset y sus padres no pueden solos, ayúdeles contratando a un mozo. Y quiero que las arboledas de todo el



pueblo puedan regarse con mi cuota del canal. De momento, llevará las cuentas con el administrador en mi nombre, prefiero no tener que tratar con él. Lo haré directamente con usted hasta que me proponga a alguien nuevo. ¿Podrá ocuparse de todo esto, por favor?

En la era, la tía Montserrat esperaba a la señora Stendhal. Cuando les di la mano al abogado y al notario, el administrador de los Ros aprovechó para acercarse, pero le di la espalda. Al norte, nubes de tormenta amenazaban tras las montañas, pero el sol de poniente iluminaba las arboledas. La tarde era tibia, magnífica, y me

encaminé hacia la poza.

Encontré a Raquel en la carretera de los árboles, más arriba del desvío del pueblo. Estaba erguida, apoyada contra un nogal, a la entrada del sendero de las amapolas. Había peinado su cabellera pelirroja con una trenza muy elegante, igual de preciosa que las dos trenzas que llevaba cuando era una muchacha.

—¡Madre mía! Ya me habían dicho que te habías vuelto todo un señor, y guapísimo —dijo riendo cuando me acercaba a ella.

—Tú no has cambiado. Estás radiante como aquel día que abrías botones de amapolas con Dani.

También era el día en que me había besado en la mejilla, pero me daba vergüenza confesarle que, después de tantos años, todavía me acordaba. Cerró los ojos y me pareció que ella también intentaba revivir aquella última tarde en la que habíamos ido los tres a bañarnos. Pero los abrió enseguida. Me cogió de la mano y me llevó hacia el camino de la

poza. Cuando llegamos, nos sentamos en la orilla, debajo de un roble gigante, con los pies colgando sobre el agua, y le pregunté:

—¿No te importa que alguien te haya podido ver llegar a las arboledas?

—Ya hace tiempo que en el pueblo todos saben que Sabater y yo dormimos en camas separadas. Él quería un trofeo de caza y yo necesitaba su posición social. No quiero hablar de ello.

Vi las nubes que intentaban descolgarse hacia nuestro lado, desde la cima del Pas dels Frares, pero, en la llanura, el aire era transparente y la tarde aún era muy clara. Los árboles se

encaramaban verdísimos montaña arriba. Recordé el día del incendio. Viendo aquellas encinas majestuosas, nadie hubiera dicho que sólo habían pasado quince años.

—Hace una tarde clara como la del incendio —dije para provocarla—. Desde arriba, las llamas eran magníficas.

—¿Lo viste?

—Era mi espectáculo, no podía perdérmelo.

—No te sigo...

—¿Quién crees tú que provocó el fuego?

—Al principio me acercaba a menudo al pueblo —empecé a recordar—. Era como un imán y no podía evitarlo. No sabía estar en las montañas, escondido como un animal. Bajaba al alba, cuando la Guardia Civil aún no patrullaba, o a última hora de la tarde, cuando caía el sol y podía correr de un lado a otro, sin peligro de encuentros incómodos. Veía de lejos las luces que se encendían y se apagaban. Veía las ventanas que se abrían y se cerraban. Oía las voces que gritaban en los establos a la hora de ordeñar a las vacas. A veces me reía observando de lejos a los hombres que

corrían hacia sus casas para escapar de la lluvia que los dejaba empapados antes de que pudiesen llegar, o las maniobras arriesgadas de los chavales de la colonia, que robaban fruta en las narices de los payeses, que los perseguían a pedradas. En aquella época, el pueblo era mi teatro y lo hubiera podido dirigir a distancia: desde la montaña, yo era invisible y hubiera podido ser el amo de todas las cosas que pasaban en él. Solía acabar en el camino de la poza, para recordar las tardes en que tú y Dani abríais botones de amapolas, y alguna vez me acerqué a la casita de la carretera de los árboles.



Una tarde, cuando oscurecía, había unos chavales que cogían cerezas en el huerto del abuelo, y cuando se fueron yo también cogí algunas y me las llevé a la montaña. Pero me dolía ver la casa abandonada, y después de aquel día ya no volví más. Los intervalos entre visita y visita al llano también fueron espaciándose. Los años vividos en el pueblo comenzaron a parecerme una fantasía inalcanzable, y un día dejé de bajar. Sólo me acercaba si teníamos que preparar alguna incursión: en dos ocasiones saqué la masía de Ros, porque escaseaban nuestras provisiones y era la mejor casa para entrar a toda

velocidad y huir de nuevo al bosque. ¿Te das cuenta? ¡Hace sólo unos años la saqueaba, y ahora es mía! Fue en una de esas incursiones cuando me enteré de que os casabais, y se me ocurrió aprovechar la fiesta para ajustar cuentas con los Sabater y castigar tu traición.

No le gustaron mis palabras, pero no dijo nada y proseguí con el relato del incendio, como una venganza aplazada.

—Había bajado con algunos hombres hasta el Pas dels Frares. Teníamos la masía de Sabater a los pies, casi podíamos tocarla. La tramontana llevaba soplando tres días y el aire era tan limpio que todo el valle parecía

estar más cerca. Me separé de los otros y me acerqué al encinar, detrás de la casa. Desde mi escondite vi a las mujeres que desplumaban pollos y desollaban conejos y luego los metían en grandes cazuelas untadas de manteca de cerdo, con tomates, zanahorias y cabezas enteras de ajo, como un día se lo había visto hacer a la señora Stendhal en la cocina de los Ribot. Algunos hombres trasladaban mesas en la sala de arriba y otros echaban vino de las botas en los porrones y en las botellas preparadas para animar el banquete. A mediodía llegó la comitiva que venía de la iglesia y te vi bajar del coche negro que

conducía el administrador de Sabater. Tú ibas detrás, con Tomàs y tu padre. Cuando bajaste estabas radiante, toda vestida de blanco, y me escabullí detrás del pajar grande para espiaros. Sabater padre os esperaba, riendo en la era. Entonces os maldije y decidí pegar fuego a todo.

Raquel no reaccionó y no pude adivinar qué pensaba. Miraba hacia abajo, hacia el agua de la poza, pero no movió ni un músculo de la cara.

—Incendié los pajares y también esparcí paja ardiendo en los cobertizos donde guardaban los bidones del combustible para los motores y las

máquinas. Cuando me escabullía, el hijo del administrador había salido a mear contra un árbol y estuvo a punto de descubrirme, pero tuve tiempo de correr hasta el encinar y, cuando oí los primeros gritos de alerta, ya corría como un jabalí entre los árboles. Atravesé el bosque, siguiendo a distancia el trazado de la acequia, hasta el otro lado de las tierras, y salí a las arboledas y a los campos de maíz. Agosto había sido seco y toda el agua del canal no había podido evitar que los álamos amarilleasen antes de tiempo. Incendié los árboles y también pegué fuego al maíz, que ardió con gran

virulencia. Después corrí montaña arriba y no paré hasta llegar a la cima del Pas dels Frares. Busqué un buen mirador entre las rocas de los riscos y me dispuse a contemplar mi obra. Desde arriba, el espectáculo era inefable. Las llamas quemaban todos los cobertizos, y vi cómo alcanzaban un ala de la casa. Las llamaradas de los campos de maíz y de las arboledas iluminaban todo el trazado de la acequia. De vez en cuando, las lenguas de fuego encendían el aire y parecía que las llamas quisieran alzarse por encima de las montañas. El humo se extendió por todo el llano y el olor a quemado llegaba hasta mi escondite

entre las rocas. Te imaginé allí abajo, desolada, rodeada de hombres y mujeres que gritaban y echaban agua con desesperación. Cuando el sol se escondía tras las montañas, el valle seguía más iluminado que en el día más claro del año. Y entonces me sentí en paz.

—Te equivocas, para mí aquel incendio fue un regalo. Me ahorré toda la fiesta, y al día siguiente nos trasladamos a la capital, lejos del pueblo y de los recuerdos que me atormentaban.

Lo había dicho ella misma: en el pueblo todo el mundo sabía que era una esposa para ser exhibida como un trofeo de caza. Pero aquello no era una excusa, no podía perdonarla. Cuando la miré, me di cuenta de que el sudor resaltaba sus pechos bajo la ropa empapada, como el último día que se había bañado con Dani. Metí la mano bajo su blusa, la dejé resbalar hacia su pecho y le mordí los labios. Nos dejamos caer hacia atrás, sobre la orilla, y la coloqué sobre mí, aferrada con fuerza por la espalda y por las nalgas. Después nos revolcamos y nos olvidamos del pasado.

La tarde pasó deprisa. Nos



mirábamos, nos besábamos y volvíamos a abalanzarnos el uno sobre el otro. Pero no hablábamos. Hasta que el sol se escondió tras las montañas.

Le tendí mi brazo y la ayudé a levantarse.

—Se ha hecho tarde. ¿Dormirás en la masía o volverás a la ciudad?

—Depende... —empezó a decir. Pero no continuó.

No volvimos a hablar durante todo el camino. Cogió un botón de amapola y lo abrió. La miré de reojo y vi cómo se abría una flor de un rojo oscuro, como la sangre derramada todos los años pasados en aquel magnífico llano,

poblado de demasiada gente envilecida por el odio y la envidia.

Recordé uno de aquellos poemas de Dani que me sabía de memoria, y que parecía escrito aquel último día, cuando volvíamos de la poza.

Uno a uno recogeré los pétalos,  
rotas las cadenas y ebrio  
de los nuevos colores que busco.  
El amarillo, el rojo y el malva  
contemplaré  
y sabré que me amas.

El recuerdo de Dani se hizo más doloroso y recordé cómo me gustaba este otro, que quizá también era fruto de

aquel último día:

Cada domingo en punto  
beso tu cuerpo.

Aceleré el paso. Cuando salimos a los campos de Sabater, nos detuvimos. Nos besamos en la boca, pero sintió mis labios helados, y mudó su semblante.

—¿Y ahora qué? —preguntó como en un suspiro.

Pero yo ya me había dado media vuelta, sin despedirme, y caminaba en dirección a las arboledas. No volví la vista atrás. No podía perdonarla, pero había visto el dolor en sus ojos, junto a aquella trenza larga, enrojecida por la

luz del sol de la tarde, y sabía que, si me volvía para mirarla, no podría separarme de ella nunca más.

Las nubes de tormenta se habían quedado colgadas en la entrada del valle, en los riscos del Pas dels Frares, y ocultaban la luna. La noche era muy oscura. Oí un ruido que venía del interior de la masía y vi que se encendía la luz de la entrada. Una figura delgaducha bajó la escalera, salió y

metió algo en el maletero del coche. Volvió a entrar y, cuando se puso de puntillas, para alcanzar la escopeta, brilló su cabeza rapada y supe que aquél era el hombre que estaba buscando.

Me había escondido detrás del pajar, al otro lado de la era. Apoyado en el muro del cobertizo, lo vi entrar y salir un par de veces; estaba cargando en el coche los útiles para la batida del jabalí que había oído comentar al notario y al abogado. Repasé detenidamente el escenario con la mirada. Me entretenía sacando punta a un palo, deslizado el cuchillo de abajo arriba con movimientos enérgicos, pero muy

acompañados. Cuando tuve a punto aquella especie de lanza, la cogí con la mano derecha y la arrojé con tanta fuerza que se clavó junto a los rosales de la entrada, justo a los pies del hombre que estaba cargando el coche. El Bombilla dio un brinco hacia atrás y gritó asustado:

—¿Quién anda ahí? ¿Quién es?

Reculó vacilante hacia la puerta y volvió a gritar:

—¿Qué hay? ¿Qué quieres?

Dejé que se consumiese de pánico un poco más. Finalmente, salí de mi escondite, di un par de pasos hacia el centro de la era y me dejé ver.

—Un fantasma que viene de lejos para ajustar cuentas.

Me apuntó con su arma y movió de un lado a otro la cabeza rapada para intentar aprovechar la poca luz que llegaba hasta la era. Debía de distinguir mi figura, pero no veía mi cara.

—¿Lluc? —preguntó. Y noté que agarraba el arma con más fuerza.

Preferí mantener el suspense. Di otro paso adelante, pero aún sin exponerme.

—Veo que has prosperado —dije por fin—. Te han pagado muy bien todos estos años de traiciones. Cuando el hijo de Sabater te hizo administrador y te instaló en su masía ya nos dimos cuenta



de que no te habías vendido por poca cosa.

Retrocedió hasta la entrada, sin ofrecerme la espalda. Sostenía el arma en las manos, siempre apuntando hacia la sombra. Palpó detrás de la puerta y encendió la luz de fuera. Entonces me vio, plantado en medio de la era, con el cuchillo en la mano, sacando punta a otro palo, solamente para tener las manos ocupadas. Vio que no llevaba fusil y se tranquilizó.

—No querrás buscarte problemas ahora que eres propietario, ¿no?

—Sólo busco justicia.

Se puso tenso y reculó un par de

pasos.

—¿Justicia? Aquí no ha habido nunca justicia. Aquí sólo se lucha por sobrevivir. La justicia se la hace cada uno a su medida.

—De eso se trata. ¡Vengo a hacer justicia en mi nombre y en el de Dani!

—Dani no era más que un pobre muchacho cargado de falsas esperanzas. Nunca entendió que habíamos perdido la guerra y que ahora el juego era otro: ya no se trataba de tener razón, sino de procurar lo mejor para nosotros.

Había elevado el tono de voz, como si intentase defenderse ante un tribunal.

—Teníamos que ser fuertes y él se

había vuelto blando —continuó—. El día que atacamos a Ros, no se acababa de decidir y pensé que lo iba a dejar escapar; entonces tuve que gritarle: «¡No seas cobarde, Dani, dispara! ¡Hazlo por el abuelo Dídac y por Stendhal!». Teníamos que demostrar a todo el pueblo que estábamos dispuestos a todo, que tenían que tenernos miedo...

El Bombilla hablaba por hablar, para ganar tiempo, y a mí la cabeza me daba vueltas a cien por hora. ¿Era justo lo que había ido a hacer? ¿No estaba a punto de ponerme a su mismo nivel? ¿Qué diría el abuelo de aquello?

—... necesitábamos una ejecución

sonada, y qué mejor que matar a Ros — seguía diciendo—. El viejo propietario era un hijo de puta como los demás, pero aún más rico y caprichoso. Durante la guerra, el muy cabronazo se tiraba a una puta de la plaza de Sant Pere que a mí también me gustaba.

Las palabras del Bombilla activaron un resorte oculto en algún rincón de mi cerebro. Tensé todo mi cuerpo y lancé mi brazo hacia delante con furia. Fue un gesto rapidísimo. El cuchillo voló y le dio en el cuello, justo por debajo de la oreja. El Bombilla puso cara de sorpresa, soltó un grito ahogado y dio un paso atrás. Intentaba no perder el

equilibrio. Con el movimiento, el cuchillo cayó al suelo. La escopeta se le había caído de las manos. Se palpó el cuello con los dedos y lo sintió caliente y pegajoso, y el pánico se dibujó en su rostro: acababa de darse cuenta de que le había seccionado la yugular y de que estaba desangrándose. De repente, se le doblaron las piernas y cayó tendido al suelo.

Me acerqué a él. Tenía la boca y los ojos abiertos. Un charco de sangre oscura y espesa se esparcía sobre las baldosas. La camisa también estaba empapada en sangre. Me estremecí: ¿desde cuándo necesitaba aquella sangre

para sentirme saciado? ¿No era ésa la locura que habíamos combatido durante todos aquellos años? ¿Me había vuelto como los otros? Una cosa era matar enemigos y otra ajusticiar a sangre fría al hijo de puta del Bombilla. Pero justo en aquel momento, en la otra punta del pueblo, las campanas de la iglesia tocaron las siete y me pareció que era una hora tan buena como cualquier otra para ajustar cuentas. Escupí en el suelo, metí la mano en el bolsillo de mi cazadora y saqué un objeto envuelto en un pañuelo. Al desplegarlo, una figura plateada brilló de forma intermitente bajo la luz de la era. La estampé junto al

cuerpo tendido en el suelo. El jaguar sin cabeza del coche de Dani quedó clavado sobre su base, proyectado hacia delante, a un palmo de la cabeza rapada y de los ojos desorbitados del traidor. En aquel instante preciso supe que el Bombilla no tendría descanso en toda la eternidad y me sentí bien.

Rodeé el pueblo por detrás de la hidroeléctrica y tomé el camino del lavadero, siempre junto a la acequia. Era una noche muy oscura, pero me sabía el camino de memoria y no tardé en llegar al sendero de Can Xapo. Dejé atrás los campos de maíz, atravesé la arboleda del abuelo, que la señora



Stendhal había repoblado de álamos, y salí a la carretera. Al final de la recta de los plátanos, más allá de la poza, los bosques de robles y encinas que me habían servido de casa durante cerca de veinte años eran una masa espesa, negra, que invitaba a esconderse en ella.

De pronto, las nubes se abrieron y la luna llena iluminó la carretera. El calor había deshojado los plátanos y los álamos de las arboledas.

Me di la vuelta, dando la espalda a las montañas, y vi que había luz en la casa. La señora Stendhal debía de estar trasteando en la cocina, pero había dejado encendida la luz de la entrada,

para iluminar el camino de guijarros. Era una noche cálida. La calma era tan absoluta que parecía que toda la vida se hubiera detenido. Aquella sensación me era familiar. Respiré profundamente, decidido a reemprender la marcha por encima de una alfombra de hojas secas, entre las dos hileras de árboles altísimos que se alzaban a ambos lados de la carretera. Volvía a estar en el lado correcto y sentía un enorme deseo de quedarme allí. Cuando me di cuenta, aceleré el paso camino de la casa.

La señora Stendhal estaba en la cocina.

Había hecho limpieza y había abierto las ventanas para ventilar la casa. Me dejé caer en el banco, delante de la mesa de madera, y sentí la nostalgia de los días en que ella me corregía los deberes mientras cocinaba. Me sentía cansado por vez primera desde que, al despuntar el alba, había pisado el pueblo; hacía veinte años que no volvía sin necesidad de esconderme. Ella debió de notar mi abatimiento y me interrogó con una mirada de preocupación. También parecía cansada.

Me acerqué a la pila, a limpiar la sangre del cuchillo, y se alarmó.

—Se ha hecho justicia —dije, por

toda explicación.

—¿Ahora la dictas tú, la justicia? — contestó cuando vio confirmados sus temores.

Alargó el brazo y se sirvió un vaso de agua. Dejamos pasar un rato sin decir palabra. Yo sabía que ella tenía razón, y ella también sabía que yo no habría podido evitar lo que acababa de hacer. Me miraba y callaba. Finalmente le respondí:

—Tenía que hacerlo. He matado a un traidor que nos vendió mil veces, y me he beneficiado a la chica que profanó el recuerdo de Dani casándose con el hijo del hombre que había hecho matar a su

padre...

Me daba cuenta de que no tendría que haberlo dicho; no de aquella manera. Pero la señora Stendhal no me dio tiempo de arrepentirme. Su expresión había cambiado por completo y me exigía una explicación.

—¿Has visto a Raquel? ¿Qué le has hecho? —Sus ojos enormes se habían transformado en puñales que me atravesaban con rabia.

—La he visto. Estaba guapísima. Risueña. Se había hecho una trenza preciosa. Hemos paseado hasta la poza y nos hemos revolcado en la orilla. Le debía esos cuernos al hijo de puta de

Sabater. Pero ya está. Todo se ha acabado.

Se levantó de golpe y me dio una bofetada. Después abrió la boca, pero no pudo articular palabra. Salió fuera y cerró la puerta golpeándola con toda la desesperación acumulada durante todos aquellos años de humillaciones y sufrimientos. Por la ventana abierta de la cocina, vi que se dejaba caer contra la pared del pozo. Cerraba los puños con fuerza, como había hecho el abuelo el día en que el administrador de Sabater le había dado una paliza a su hija y no había podido hacer nada para protegerla.

Girona, 1990

La señora Stendhal me encontró apoyado sobre la mesa con los ojos cerrados, ausente, a muchos días y a unos cuantos kilómetros de distancia de allí. Mantuvo la penumbra de la sala y se acercó a la lámpara de la mesilla. Cuando abrí los ojos vi que repasaba con atención la postal de la carretera de



los árboles. Se ayudaba de una lupa y supuse que se había quedado conmocionada. Se dio cuenta de que la miraba y me sonrió.

—Con este tiempo no tendrías que haber salido sola —la reprendí—. ¿Cómo está Maria?

—Desde la muerte de Sixte se encuentra perdida en aquel piso de la plaza de Sant Pere... ¿De dónde la has sacado? —me interrogó mientras me mostraba la postal.

—De un librero de viejo.

No mostró emoción alguna ni hizo ningún comentario. Se hizo el silencio en la sala y me di cuenta de que la calma

también se había apoderado de la ciudad. Miré por la ventana, por encima de las casas del río, y comprobé que había dejado de llover. Las nubes se debían de haber retirado por el lado de poniente porque la luz del sol rebotaba en la fachada de la catedral e iluminaba el barrio antiguo. De repente, había vuelto la luz a la sala. Miré a la señora Stendhal y no pude resistirme. Había estado toda la tarde esperando para poder preguntarle.

—¿Por qué te enfadaste tanto el día que volvimos al pueblo y te conté que me había tirado a Raquel en la poza? Desde entonces siempre he lamentado

haberte causado aquella tristeza. Han pasado veinticinco años y todavía me pregunto qué te hizo tanto daño.

—Te creías mejor que los demás, pero aquel día no fuiste mejor que ellos, ni tan sólo mejor que el Bombilla. Todos aquellos años, ella no dejaba de preguntar por ti. Se casó para salvar a su padre y al herrero, que iban con Dani el día que mataron a Ros; habían bajado del coche a la entrada del pueblo, antes de que se iniciase la persecución, pero alguien los vio y corrió a contárselo al hijo de Sabater. Raquel se casó con él a cambio de que el chico mirase para otro lado y no los denunciase a la Guardia

Civil.

La sorpresa que aquella revelación me produjo fue como una puñalada en el corazón, pero disimulé. No quería dar mi brazo a torcer.

—Quizá no tuvo elección, pero yo no podía perdonarla. Al final, más allá de las causas, los hechos son los que son y tienen consecuencias. Y hay que asumirlas.

—Sigues sin comprender nada. Raquel avisaba a la gente del pueblo cuando los militares preparaban alguna batida... No lo supiste nunca, pero quizá alguno de los avisos que te llegaban a las montañas venían de su parte. Las

cosas no son nunca lo que parecen; para comprenderlas tienes que acercarte muy despacio, con desconfianza, y tienes que mirarlas desde todos los puntos de vista imaginables.

Un silencio denso se volvió a apoderar de la sala. Parecía poco predispuesta a continuar con la conversación; era evidente que el recuerdo de aquellos años la entristecía.

—A veces, Raquel dejaba comida tras los cobertizos de Can Sabater para que Siset pudiese cogerla y los de Can Xapo no se muriesen de hambre —dijo con un hilo de voz.

Me agarré a los brazos de la butaca.

Volvía a sentir aquel maldito dolor y esta vez además me faltaba el aire. No sabía qué decir. Buscaba respuestas a mi desconcierto, pero no las había. Para ganar tiempo, cogí la postal y la estudié con la lupa que ella había dejado.

Una mirada atenta me descubrió detalles que antes me habían pasado desapercibidos: tres figuras minúsculas, imposibles de identificar, caminaban entre los rosales, por el camino de gujarros; quizá eran la señora Stendhal y sus padres, antes de la guerra... Entonces me fijé en la arboleda del abuelo: los chopos eran pequeñísimos y las tierras recién plantadas eran como

una cuña clavada entre las choperas de Sabater y las de Ros ¡y llegaban hasta el canal!

—¡Madre mía, el abuelo tenía razón! —grité muy excitado—. ¡Sus árboles llegaban hasta el canal y le daban derecho al agua! Ya lo decían Dani y el herrero que aquel par de ladrones iban a medias en el robo: Sabater le quitó los árboles que llegaban hasta el agua y Ros le obligó a venderle a bajo precio las tierras que le quedaron.

La miré directamente a los ojos, buscando en ellos alguna señal de aprobación, pero su mirada seguía siendo triste, desesperanzada. Las

palabras me salieron como una súplica:

—Tienes que comprenderlo, no tuvimos elección. Era una lucha a muerte, o ellos o nosotros. Sabater hizo matar a tu marido, y Ros arruinó al abuelo: eran culpables. Dani no tuvo más remedio que matar a mi padre y, años más tarde, yo tuve que completar la venganza. No querrás que crea que tú no querías también hacerles pagar el daño que os habían hecho.

—¡No, no quería venganza! Y el abuelo tampoco la hubiera querido. ¡Por el amor de Dios, ya se había derramado bastante sangre en aquel maldito pueblo! Dani estaba equivocado y tú también.



Aún lo estás ahora. Un día te dije que si seguías sus pasos me matarías de pena; aquellos años han quedado atrás, pero para encontrar la paz necesito que tú lo entiendas.

Las palabras de la señora Stendhal volvían a estar cargadas de rabia como aquella noche en la casita de la carretera de los árboles; pero ahora las pronunciaba más despacio, como si nacieran cansadas, como si fueran hijas de una gran desesperación. Se había levantado y se había acercado al aparador de la sala. Revolvió un cajón y vino hacia mí con una cajita metálica que sostenía con mucha delicadeza entre

las manos. Sacó de ella un sobre y me lo entregó. Estaba dirigido a ella misma, Annie Stendhal, y se lo habían enviado desde Francia. Dentro del sobre, amarillento por el paso del tiempo, había una postal, y cuando la saqué me quedé estupefacto: era la misma postal de la casa de la carretera de los árboles que unas horas antes acababa de descubrir en la librería de viejo de Cortés.

Miré desconcertado a la señora Stendhal, esperando una explicación, pero ella no se alteró. Mantenía una expresión grave.

—Léela —dijo.

El tono era imperativo, e hice lo que me ordenaba, sin preguntar.

Cuando di la vuelta a la postal, no podía creérmelo: era del abuelo y estaba escrita desde Céret, el 25 de septiembre de 1940. La caligrafía era minúscula pero perfectamente legible, y ocupaba toda la superficie de la postal, incluida la parte reservada a la dirección del destinatario:

Querida Annie:

No te imaginas cuánto te echo de menos y cómo añoro el pueblo. No sé cuánto tardaremos en volver a vernos, porque hemos tenido que cruzar al otro lado de la frontera para recuperarnos de las batidas del ejército. ¿Qué te parece la postal? ¡Ésta

no te la esperabas! Las vendía en Céret un impresor que huyó de Barcelona justo cuando terminaba de estampar una serie sobre pueblos pintorescos. Cuando menos lo esperaba, encuentro una prueba que me permitiría reclamar las tierras que me robó el cabrón de Sabater. Pero he decidido no hacer nada al respecto. Los tribunales fascistas se inventarían cualquier excusa para no darme la razón. Es más, creo que Can Xapo y la casa de la carretera estarán mejor y más seguras en manos de Ros. Por esta razón, le he vendido todo lo que nos quedaba menos la arboleda, que he querido conservar para el día que pueda volver a casa. Firmé un documento privado de venta la semana anterior, aquí en Céret, ante el abogado de Perpiñán que le acogió durante la guerra. Ros simulará que le pagas un alquiler y así podrás vivir en la casita; también permitirá que se queden los Xapo

como masoveros. Más tarde, encontrará la forma de que todo vuelva a nuestra familia. Me lo ha jurado y yo me fío de él. Espero que te parezca bien. ¡Salud y libertad! ¡Y un millón de besos para ti, Dani y el pequeño Lluc!

Tu padre, Dídac

Leí la carta un par de veces. Después releí por separado las frases que hablaban de mi padre: «Ros es un buen hombre, reza por él», me había dicho la señora Stendhal la noche que me dejó en el internado. Ahora sabía que tenía razón: Dani y el herrero estaban equivocados. La postal era la prueba de que Sabater era un ladrón,

pero también demostraba que Ros se llevaba bien con el abuelo y era una buena persona.

—Siempre supiste que el abuelo tenía razón y que podías demostrarlo...  
—le dije al cabo de un rato.

—Sí, claro. Pero siempre he estado de acuerdo en que las cosas estaban mejor tal como las habían dejado atadas él y Ros.

—No lo entiendo. Ros era su enemigo, ¿por qué quería ayudarle?

—Ya te he dicho antes que siempre te precipitas; deberías desconfiar de tus propios sentimientos. Algunas veces, las cosas terminan siendo tal como crees

que son, pero otras veces vives encerrado en un mundo que no tiene nada que ver con la realidad. Todos estos años has pensado que eras hijo de Ros, y para ti ha sido así, pero...

Volví a sentir una punzada en el pecho y tuve que agarrarme con fuerza a los brazos de la butaca. Las palabras de la señora Stendhal me sorprendieron tanto que no sabía si bromeaba o si tenía que ponerme en guardia.

—Y no... ¿No lo soy? —la interrumpí desconcertado.

La miré fijamente, buscando leer su alma y ella me sostuvo la mirada. Le brillaba el blanco de los ojos, pero vi en

ellos una gran tristeza. No había nada que me ayudase a interpretar sus palabras.

Unas gotas de lluvia enormes golpearon contra los cristales de la galería y enseguida se abrieron los cielos y comenzó a caer otro diluvio sobre el barrio antiguo de Girona. La lámpara de la mesa enfocaba el rostro de la señora Stendhal, y vi que una lágrima enorme, muy triste, resbalaba por su mejilla y caía sobre la foto de la carretera de los árboles.

—¿No soy hijo de Ros? —volví a preguntar.

—No, no lo eres. Ros era el padre



de Dani. Él y yo estábamos juntos mucho antes de la guerra. Cuando me quedé embarazada, le dejé: no quería ser una matenida. Stendhal me cortejaba y se ofreció a ser el padre de Dani; yo quería darle a mi hijo una familia como Dios manda, y acepté casarme con él. A partir de aquel día, dejé de ser Anna del piso de la plaza de Sant Pere y pasé a ser la señora Stendhal. Incluso mi padre empezó a llamarme Annie.

Se le escapó otra lágrima que también fue a caer sobre la postal de la carretera de los árboles. Parecía que las fuerzas la abandonaran, pero se sobrepuso y reemprendió el hilo que la

ligaba a aquellos años que había querido ocultarme:

—Poco después, Ros conoció a tu madre, que acababa de tenerte a ti. Su mujer no le podía dar hijos y os convirtió en su familia.

—No entiendo nada. Todo este tiempo he dado por hecho que él era mi padre y tú no has hecho nada para desmentirlo. Y también está lo del testamento...

—El por qué te hizo a ti su heredero y no a su hijo, no lo he entendido nunca; para mí también fue una sorpresa. Quizá por ser Dani tan arisco con él. Cuando le puso el piso a la Rossa y te conoció,

imaginó en ti todo aquello que Dani, como hijo suyo, no le daba.

No sabía si tenía que llorar de rabia o reír por aquella broma macabra. Me habían hecho heredero de uno de los hombres más ricos de la comarca y no tenía nada que ver con él. En cambio, Dani...

Sólo entonces fui consciente de todo. Me levanté de golpe y grité horrorizado:

—¡Dani! ¿Dani mató a su padre?

—Quería hacer justicia y cometió el acto más injusto que pueda imaginarse...

Solté un grito desesperado: ¡Dani! Y me dejé caer en la butaca llorando.

Cuando levanté la vista, ella se

había cubierto la cara con las manos y también lloraba desconsoladamente. Todo el dinero de la industria farmacéutica no había conseguido retirarla de los fogones. Aquellos últimos años, en la cocina del restaurante, había trabajado como si tuviese veinte años, pero se había vuelto pequeña, se había ido apagando. Me levanté, tiré de ella y la abracé muy fuerte. Se secó las lágrimas con la manga del vestido e intentó sonreír.

—No me arrepiento de haberte soltado aquella bofetada. Desde aquel día, nunca más he tenido que avergonzarme de ti —dijo articulando

con dificultad—. Todos estos años te he mirado con orgullo de madre y cuando te observaba, pensaba que, si no lo hubiesen matado, también habría estado orgullosa de Dani.

Le rodeé la cintura menuda y recliné la cabeza sobre su pecho. Volvíamos a estar en el camino de guijarros de la casita blanca, justo antes de subir a la moto de Dani, uno de aquellos días en los que el viento bajaba con furia por la falda de las montañas. Y deseé que el tiempo se detuviera para quedarme abrazado para siempre a la señora Stendhal y a aquel perfume suyo tan dulce. Cerré los ojos y vi la carretera

que atravesaba el llano hasta más allá del desvío del pueblo, allí donde los plátanos abandonaban la carretera, que se encaramaba entre bosques de robles y encinas y se perdía camino de la montaña. Yo había subido hasta allí un día lejano, cuarenta y cinco años atrás. Ahora, por fin, había vuelto a casa.

# Nota del autor

A pesar de que algunos episodios de *La señora Stendhal* están inspirados en hechos y personajes reales, la historia es responsabilidad exclusiva de la imaginación del autor. El capítulo que trata de la guerra concentra, en unos pocos días de julio y agosto, hechos

ocurridos en las comarcas de Girona entre el 18 de julio y el 31 de octubre de 1936.



# Notas

[1]. *Rossa*, en catalán, significa «rubia», y *ros*, «rubio». (*N. de la t.*)

[2]. Se refiere a la leyenda atribuida a Guzmán el Bueno durante el asedio de Tarifa en 1294.  
*(N. de la t.)*

[3]. Se refiere a la tradición ancestral catalana del *tió*, semejante al tronco o al árbol de Navidad de otras culturas. Se trata de un ritual de origen rural, que celebra el solsticio de invierno, y significa la llegada de la abundancia, y es el augurio del renacer de la naturaleza después de la época de frío. El tronco, alimentado por los niños durante el adviento, ofrece regalos el día de Nochebuena. (*N. de la t.*)

[4]. Del catalán *vessana*, medida agraria usada en Cataluña, equivalente a 2.187 metros cuadrados. (*N. de la t.*)

[5]. Se refiere al *Virolai*, himno dedicado a la Virgen de Montserrat, que data de 1880, con música de Josep Rodoreda y letra de Jacint Verdaguer. (*N. de la t.*)

[6]. El apodo de *Fonoll* que tiene este personaje hace referencia a que solía mascar ramas de hinojo. (*N. de la t.*)

## *La señora Stendhal*

Rafel Nadal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Rafel Nadal i Farreras, 2017

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2017)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de la traducción del catalán, Victoria Pradilla, 2017



La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.



© de la imagen de la cubierta: masgrafica

Primera edición en libro electrónico (epub):  
juny de 2017

ISBN: 978-84-233-5247-0 (epub)

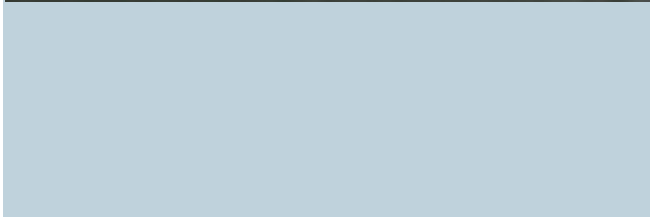
Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor  
Igual, S. L.



**¡Encuentra  
aquí tu  
próxima  
lectura!**

# NARRATIVA CONTEMPORÂNEA

---



¡Síguenos en  
redes sociales!

